



BIBLIOTECA

AMENA

IX

2
10

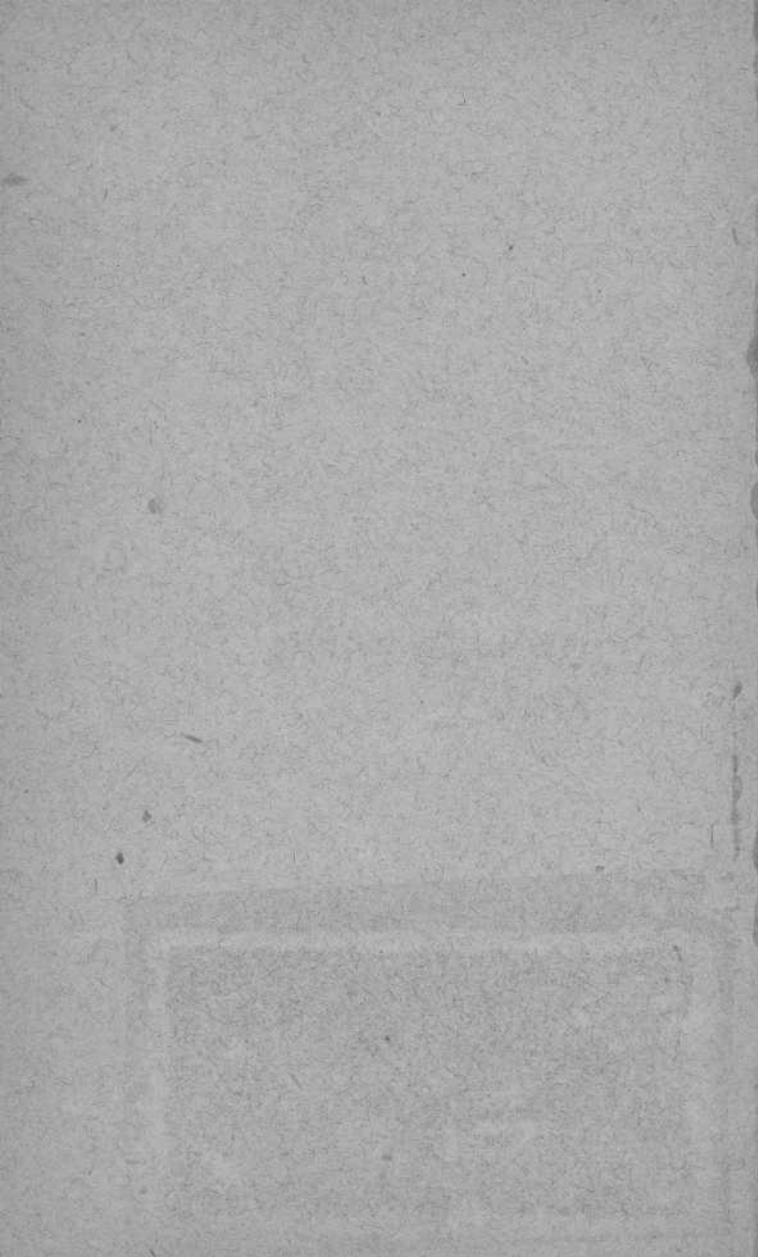
B.P. de Soria



61120501

D-2 23610

2
10



ENTUSIASMO

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

ENTUSIASMO

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



68011

BILBAO

IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

—
ES PROPIEDAD
—



Monseñor (1)

SEÑORAS, SEÑORES:



AY palabras predestinadas por el uso y las convenciones para juzgar de un golpe á un hombre; se las enuncia en un instante, dispensan de la prueba, y no admiten apelación.

Se dice: «¡Es un entusiasta!... ¡Es un exaltado!...»

Y con menos delicadeza: «¡Es una cabeza de chorlito!... ¡Es un alocado!...»

Y con más piedad: «¡Es un soñador!...»

Y el pobre diablo sobre quien caen como

(1) Mons. Decrolière, Obispo de Namur.

maza de Fraga esos juicios aplastantes, camina por el mundo marcado con ese hierro candente, llevando ese estigma de ignominia.

La turbamulta de los calmosos, de los fríos, de los que todo lo sujetan á número, peso y medida, de los que podríamos llamar contadores y pesadores, calculadores y vividores, hombres del negocio y del tanto por ciento, que se dan á sí mismos el título de prácticos y positivos, deja pasar á esos desdeñosos de la vida práctica y real, apartándose de ellos, por temor de tocarles ó de rozar su vestido. ¡Se creerían manchados!

En verdad son dos mundos que viven uno junto á otro sobre la tierra; de un lado los entusiastas, del otro los calculadores; dos mundos distintos, cuyos lenguajes son tan diversos que no se comprenden mutuamente y cuyas almas son todavía más diversas; siendo un misterio profundo las almas de la derecha para las almas de la izquierda, y no menos profundo misterio las almas de la izquierda para las almas de la derecha.

Imaginaos aquí delante de vosotros á un artista y á un comerciante... El artista no sería artista si no fuera entusiasta, y el comerciante no sería comerciante si no fuera calculador.

Mirad bien esas dos caras, y entre las dos lanzad la palabra fatídica: «Dinero...» Observad la transformación repentina de las dos fisonomías. Manifiestamente esos dos hombres no han comprendido la misma cosa; pues el uno hace un gesto desdeñoso, y el otro abre de par en par sus ojos inflamados de concupiscencia.

Pronunciad la palabra: «Gloria...» Cambia la decoración; el artista se inflama, el comerciante, impasible, frunce el ceño con displicencia:— ¿Qué es lo que vale la gloria? ¿Produce algo eso?

Mostrad al comerciante el alma del artista sin velo alguno, y abrirá desmesuradamente sus ojos desvanecidos, no comprende allí nada, y moviendo la cabeza, exclamará:— ¡Pero esta es el alma de un loco, no hay duda, es el alma de un loco!

Mostrad al artista el alma del comerciante, tampoco comprenderá allí nada, y con una compasión irónica y desdeñosa, dirá:— ¡Oh, este es un hombre vulgar, pero muy vulgar!

¿Quién de los dos tiene razón, el entusiasta ó el calculador, el vividor ó el exaltado?

He ahí el problema que quisiera dilucidar con vosotros esta noche.

Los que todo lo miden y pesan, los calculadores y vividores, tienen á su favor el que están

en mayoría, son los más, y gracias al dinero ocupan elevada posición.

Los entusiastas y exaltados tienen en contra suya el estar en minoría, en ínfima minoría, y por la falta de dinero, en posición baja, y generalmente casi en la miseria.

Pero esto es una preocupación y nosotros buscamos razones.

¡Y qué visión me embarga en el momento de acometer esta empresa! ¡Visión solemne y grandiosa!

Contemplad, Señores, desde sus fuentes misteriosas, ese inmenso río del tiempo empujando sobre las generaciones humanas sus olas niveladoras... avanza, implacable, ahogando bajo sus pesadas aguas las razas y los pueblos, las naciones y los imperios, las barbaries y las civilizaciones, se acerca corriendo á nosotros, nos va á alcanzar, nos envolverá y arrastrará y ahogará á la humanidad de hoy, como ahogó á la humanidad de ayer, como ha ahogado á todas las humanidades anteriores.

Y observad, sobre esa ola, que cubre cual lienzo mortuorio toda la historia, sobrenadan algunas sombras, sobreviven algunos nombres

y recuerdos que el olvido no ha podido destruir. Brillan en esa noche universal, y toda la profundidad de los siglos acumulados no extingue su gloriosa luz. Contadlos... ¡son tan pocos!... Escuchad sus nombres... ¡entusiastas y exaltados! ¡todos son nombres de exaltados y entusiastas!

¿Y los calculadores y los vividores? Desconocidos, olvidados, muertos con eterna muerte... su polvo rueda por el fondo de las olas, limo sin nombre, barro amorfo, ceniza equívoca, de la que no se sabe si ha servido á un alma inteligente y libre, ó á un instinto, ó yo no sé á qué fuerza ciega y fatal. Paréceme que estoy escuchando aquel grito evangélico lanzado sobre su muerte: «Vete y váyase contigo tu dinero para tu perdición.» *Pecunia tua tecum sit in perditionem.*

Abro el Diccionario:

Entusiasmo «*Ενθεος*, en Dios.» Inspiración divina... Dios inspirando al hombre su pensamiento y su querer.

Litré, seco y frío, escribe fría y secamente: «Movimiento apasionado, transporte que un poeta, que un artista experimenta en el momento de la composición, y que consiste en

que preocupado únicamente en el asunto que le interesa, desaparece para él casi por completo el mundo exterior.»

Y más adelante: «Todo transporte que elevando el alma sobre sí misma la mueve á acciones extraordinarias.»

Vednos ya desde luego en una región nobilísima. Mas prosigamos. La exaltación no nos hará traspasar sus límites.

Exaltar: elevar, alzar, transportar á lo alto.

Exaltación: estado del espíritu elevado sobre su estado ordinario.

Si esto no es el entusiasmo que llega á tocar las alturas divinas, es al menos una pasión que nos desprende de acá abajo y nos hace remontar sobre la tierra.

Exaltado: cabeza descabellada, sin seso, sin prudencia.

«¿Quién?... ¿Ese descabellado que redujo á cenizas el Asia?» pregunta Boileau en una de sus sátiras.

Conviene notar que ese descabellado no es otro que Alejandro Magno.

Tener vena de loco ó la cabeza á pájaros, estar algo ido, chiflado, soñador, alienado, son frases usuales al hablar de algunos.

Me acuerdo que el incomparable Apóstol San Pablo escribía que á los ojos de los gen-

tiles los seguidores del Crucificado son unos locos. *Gentibus stultitiam.*

Cerremos el Diccionario.

Así como así, no es el sentido propio, ni el sentido académico de las palabras, el que nos importa saber ahora, sino el sentido que les han dado, por afectada modestia ó por ironía, el uso y el convencionalismo del mundo.

Y para facilitar nuestro análisis, descartemos, si os parece bien, esas alusiones al cerebro y al cráneo, que huelen demasiado á carnicería, para atenernos á las exaltaciones y á los entusiasmos, que son buenos compañeros.

¡Un entusiasta, un exaltado! ¿qué es un exaltado, qué es un entusiasta á los ojos de la multitud?...

No es otra cosa en suma que un simple que se paga de ideas tenidas generalmente por vacías, tales como la Justicia, el Derecho, la Verdad, la Patria... que se lanza á empresas improductivas; en otro tiempo hubiera tomado parte en las Cruzadas, hoy sueña con civilizar á los negros, asistir á los leprosos, desterrar el alcoholismo; por otros caminos, gasta su vida en descubrir estrellas y planetas, en hacer sondeos en lo profundo de los mares, ó en explorar el polo.

Por ideas y empresas tan vanas como estas, sacrificará no sólo su fortuna y su porvenir, sino también su sangre y su vida. ¡Ahí le tenéis, es un pobre loco!...

El hombre de negocios, el calculador es mucho más cuerdo... no avanza más que por caminos trillados y seguros. Y aun por esos caminos no avanza un solo paso sin que antes se le demuestre ó tenga certeza de que ese paso tendrá su recompensa en oro ó en bienestar. Si se bifurca el camino, antes de decidirse por la derecha ó por la izquierda, se informa porqué lado encontrará el mayor tanto por ciento, y hacia ese lado se dirige. Nada en esa vida queda reservado al acaso, ni á lo incierto... Si no ve ninguna ventaja en marchar adelante, no pensará en moverse, sino que con los pies junto á la lumbre, recostado en su mecedora, con los ojos medio cerrados, las manos juntas y dando vueltas á los pulgares, mastica y espera. ¡Ahí le tenéis, es un hombre que lo entiende!

Cervantes parece que quiso ridiculizar al entusiasta, y escribió el *Quijote*. Mas para mover á risa en el caballero de la Mancha, tuvo que forzar los colores y alargar hasta proporciones absurdas las grandes líneas de su personaje.

También describió al hombre positivo, al Sancho Panza de todos los siglos. Para hacerle

despreciable y risible le bastó pintarle al natural, al vivo, y juzgarle según sus obras.

No exageremos nada. El hombre no quiere ni obra sin razón determinante, y para proceder con prudencia y cordura este querer y esta acción deben tener razones proporcionadas.

La diferencia consiste en el modo de apreciar esas razones y esas leyes de conducta. Nada hay más variable, no sólo de hombre á hombre, sino también en un mismo hombre de edad á edad, y aun me atrevería á decir, de día á día y de hora á hora.

Esa división del género humano en entusiastas y en calculadores carece de medida: es absoluta y, por consiguiente, inaplicable. Todos llevamos en nosotros mismos un entusiasta y un calculador... Solamente á la larga, por experiencia ó por carácter, refrenamos al uno y damos rienda suelta al otro; sujetamos al uno á ración tan mesurada y exigua, que acaba por languidecer de anemia, mientras que alimentamos tan opíparamente al otro que bien presto llena con su obesidad poderosa todo el vacío de nuestra alma.

Y así sucede que en unos se desborda el entusiasmo y en otros el calculo. Pero ni el calcu-

lador está muerto en los primeros, ni el entusiasta en los segundos, y á ciertas horas reviven, con vida efímera, que al poco tiempo vuelven á decaer y dormirse.

No es que el calculador tenga repugnancia á las grandes empresas... ¡Oh! no; pero exige que sean lucrativas y de buen producto.

Sancho Panza va con D. Quijote; pero no va por la gloria, va por su ínsula barataria. Al primer combate de su señor, ya se la pide, y se siente con talla para gobernarla; y después no cesa de pedirla. En vez de ella recibe golpes y manteamientos; mas él espera siempre y la ve en su magín al término de su camino. Estad seguros, el día en que ya no pueda contar con ella, volverá grupas á su rucio y se dirigirá á buscar á su mujer y sus hijos.

Sancho es calculador; ha calculado que una ínsula bien valía todos aquellos trabajos; lo cual es verdad. Desgraciadamente no hay tal ínsula.

Molière, que conocía admirablemente el corazón del hombre, aun en el seco y frío corazón de Harpagón, hace nacer un rayo de amor, rayo pálido, porque el avaro no está todavía bien seguro de que Mariana tenga tantos bienes como se dice... Rayo tímido, pues á la primera entrevista, temblando al pensar en la colación que se va á servir en el jardín, exclama:

«Convendrí poner cosas de las que apenas se come y que hartan en seguida; un buen plato de patatas con aceite y algún postre de membrillo con unas cuantas castañas.

»Valeria, ojo á todo eso, á fin de apartar lo más que puedas para devolverlo al tendero.»

Y rayo fugitivo, pues por conservar su tesoro, su querida cajita, sin el menor pesar, deja en seguida á Mariana y á Elisa. Y aun presenciará el matrimonio de Mariana con tal que se le haga de balde un traje para asistir á la boda.

Todo lo ha calculado muy bien; trueca aquella Mariana, sin la cual se había pasado perfectamente hasta entonces, y que después de todo hubiera podido introducir en la casa algunos ligeros desórdenes, á los que él no hubiera podido acomodarse fácilmente... Su cajita, que vuelve á su poder, la dote de su hijo, á la cual renuncia Anselmo, la dote de su hija, que ya no le exige Valeria, el comisario á quien se paga, un traje que le regalan.

Todo es provecho.

Le pagan á Mariana con usura.

¡Y jura tranquilamente que no la volverá á amar!

Molière me ha separado de mi camino.

Decía que entre los hombres era muy variable la manera de apreciar las razones y las leyes de conducta. Sin embargo, de la relación de influencia entre la acción y sus motivos es de donde va á surgir la moralidad, la generosidad y aun el heroísmo de las almas.

Un hombre da 200.000 francos á un asilo de huérfanos pobres; otro regala 200.000 á una bailarina.

Les supongo igualmente ricos; ahí tenéis un donativo igual; ambos donativos provienen del entusiasmo... el uno es noble y grandioso, el otro es insensato; el uno es de un corazón generoso, el otro de un corazón viciado.

No se debe alabar todo entusiasmo; tampoco se debe condenar todo cálculo.

En resumen, el verdadero entusiasta será aquel que sin ilusiones locas, por motivos superiores á los terrenos, concibe empresas superiores á las ordinarias y naturales, y á ellas consagra su actividad, su sangre y su vida.

En los campos de Vaucouleurs, junto á un gran bosque de encinas, «El Encinal,» como dirían aquellos paisanos, cuidaba de su ganado una pastorcita. Silenciosas pacían las ovejas, y entre las verdes ramas cantaban los jilgueros, y cantaban también los grillos y las chicha-

rras, y todo el contorno se hallaba plenamente bañado de luz, de paz y de dulzura.

Era lastimosa por entonces la situación del reino de Francia, y la humilde doncella pensaba en la sangre derramada por la espada de los ingleses, y que corría enrojeciendo el suelo francés.

—Juana, Juana—oyó que le decía una voz venida de lo alto—es necesario que hagas consagrar al Rey en Reims y que arrojes del reino al extranjero.

—¡Oh! ¡yo, yo!—respondió la joven temblando—yo no soy más que una aldeana, la más insignificante aldeana, ¿y me iba á meter yo en medio de la gente de guerra?

—Vete, es necesario, Dios te ayudará.

Y la doncellita partió, y allá se encaminó directamente, con su burdo traje de pastora, la cabeza descubierta, y flotando sobre sus espaldas las trenzas de sus negros cabellos... y se introdujo en el campamento por entre la soldadesca, y dirigiéndose al jefe le dice con resolución:

—Señor de Baudricourt, dadme una escolta, es preciso que yo conduzca al Delfín á Reims para que allí sea consagrado; así lo quiere mi Señor.

—¿Quién es tu Señor?—preguntó el capitán.

—El Dios del cielo.

—Está loca, que la castiguen bien y que la devuelvan á su padre.

Y Juana recibió los golpes, y en medio de la risa general fué conducida á su casa.

Pero la voz se dejó oír de nuevo y no cesaba de clamar... Parte otra vez la joven... Vedla, esta vez lleva ya su escolta y cabalga al frente de ella, en traje corto y negro, á lo militar. Llega á Chinón después de 150 leguas de marcha. También allí se la tiene por visionaria, no la permiten acercarse al Rey, y necesita tres semanas de largas tergiversaciones para conseguir que le den entrada en la regia cámara.

—¡Ah! gentil Delfín, yo me llamo Juana, la Doncella, y por mi medio os manda el Rey de los cielos que seais consagrado y coronado en Reims.

No se le da crédito, y se la tiene por sospechosa de herejía. Los inquisidores la preguntan.

—Yo no sé ni el abecé—responde la doncella—pero soy enviada por Dios para hacer levantar el sitio de Orleans y conducir al Rey á Reims.

Se le objeta:—Si así lo quiere Dios, no hay necesidad de socorros de tropas.

Y ella responde:

—En nombre de Dios las tropas pelearán y él les dará la victoria.

—¿Quién os inspira?—pregunta un Lemosín malhumorado.

—Las voces celestes.

—¿Qué lengua hablan esas voces?

—Una mejor que la vuestra.

Y la pastorcita se mantiene firme y serena ante aquellos reyes y príncipes, ante aquellos soldados y sabios. Las voces del cielo resuenan en su alma; adonde ellas le dicen que vaya, va; lo que ellas le dicen que proclame, proclama.

—Hay más en el libro de Dios que en el vuestro—decía á los doctores, y en ese libro era donde ella leía.

Al fin se la escucha, se le entrega el mando de un cuerpo de ejército, y parte para Orleans con su tropa.

Y entonces empieza para la pobre Juana esa vida de batallas y de campaña, esas marchas y contramarchas, esas cargas al enemigo á través de las espadas y de las lanzas, por encima de los cuerpos heridos y moribundos, esas horribles cabalgadas por medio de tierras empapadas en lágrimas y sangre.

Y lo que es más doloroso aún, se urde en derredor suyo aquella trama tenebrosa de contradicciones y de intrigas, de tergiversaciones

insidiosas y de vacilaciones cobardes; se ponen trabas á sus empresas, se contradicen sus órdenes, se murmura, se tienen celos y envidia de ella...—¡Ah! ¿creéis que si no fuera esta la voluntad de Dios, no preferiría yo guardar mis ovejas?...

¡Ah! no eran aquellos los campos de Vaucouleurs, sino una tierra desolada, ensangrentada por las batallas, ennegrecida por los incendios, devastada por el pillaje... No gorjeaban y cantaban allí los pajaritos, sino que desde lo alto de las nubes, cerniéndose en negro vuelo, los cuervos y los buitres espiaban los cadáveres sembrados por los caminos... No reinaba allí la paz bañándolo todo de dulzura, sino la guerra desgredada y blandiendo sus haces entrelazados de víboras y serpientes.

Marcha no obstante, porque sus voces le gritan:—Anda, anda, anda, Dios te ayudará..., y los prudentes calculan.

Al Duque de Alenzón le grita:—¡Adelante! ¡al asalto!

Y el Duque responde:—¿Urge tanto?

—¡Ah! valiente Duque, ¿tendríais vos miedo?

El Rey, su Rey, siempre mudo, siempre inerte, quiere que ella descansa, ella que está llena de entusiasmo.

Y el mundo contempla «ese milagro de una

pobre aldeana reanimando á un Rey cobarde y que quiere huir... de una doncella conduciendo como dóciles ovejas á los La Hire y los Xaintrilles, los Beaumanoir y los Chabannes, los Dunois y los Gancourt, á todos aquellos lobos viejos que á su voz balan... escuchan atentos la predicación divina, pacen la blanca yerba de los sermones y comulgan por la mañana en los días de batalla.» (J. K. Huysmans.)

Es libertada Orleans... la victoria vuela con Juana á lo largo de las riberas del Loira. En ocho días toma tres ciudades y derrota en campo raso á aquellas tropas de veteranos ingleses, que por entonces no conocían rival en los campos de batalla... ¡Y esta joven tiene dieciocho años!

En fin, delante de Reims, exclama:—Gentil Rey de Francia, esta ciudad es vuestra—y sin más combate, se abren las puertas: la doncella entra en la ciudad con el Rey á su derecha.

Durante la consagración del Rey permaneció ella de pie junto á él estrechando su bandera blanca contra su corazón... «Justo es que tuviese parte principal en el honor, pues le había tenido en los trabajos.» Y cuando vió sobre la frente del gentil Rey la corona real, se prosternó ante él, le besó la rodilla y le dijo derramando ardientes lágrimas:—¡Gentil Rey, ahora queda ya

ejecutada la voluntad de Dios! ¡Permitidme volver á mi aldea!

Mas los calculadores veían entonces que aquella joven valía mucho, y no la dejaron ir.

¡Ay! desde entonces es cuando la infeliz iba á empezar la subida del calvario!... Aquellos combates á los que no la llamaban sus voces, pero á los cuales se la empujaba, y que se terminaban por derrotas... Aquel cobarde retroceso delante de París, y aquella retirada del Loira, cuando ella gritaba: «Callaos; cargad sobre ellos, y serán deshechos;» y por remate, delante de Compiègne, Juana, la pobre Juana, ¡prisionera de los ingleses!...

De Compiègne es trasladada á Beaurevoir, de Beaurevoir á Arras y de Arras á Rouen, ¡donde va á morir!

Entonces comienza aquel proceso, á cuya lectura se erizan los cabellos; en el que la pastorcita ignorante, sola, sin defensa, se halla á merced de una cuadrilla de ergotistas, que pérfidos tejen en derredor suyo aquella tela de argucias en la que intentan envolverla... Hombres sabios que se esfuerzan en aguzar toda su dialéctica subterránea contra aquella humilde aldeana... ¡Oh! ¡cómo se revuelve el alma!... ¡Y cómo aplaude cuando con una sola palabra, como con un tajo de espada, deshace

Juana toda aquella trama de iniquidad y de infamia!

—¿Estáis en estado de gracia?—le preguntan... Y ante pregunta semejante, lleno de indignación, un asesor exclama:—No tenéis derecho alguno á preguntar eso; la acusada no tiene obligación de responderos.

—Callaos—le replica Cauchón, y renueva su pregunta:

—¿Estáis en estado de gracia?

Y Juana responde:—Si no lo estoy, que Dios me ponga en él; si lo estoy, que en él me conserve. Sería yo la más desgraciada del mundo, si no estuviera en gracia de Dios.

—¿No decíais á vuestras tropas que vuestro estandarte llevaba consigo el triunfo?

—Yo les decía: «Entrad osadamente por medio de los ingleses;» y por entre ellos entraba yo misma.

—¿No os han predicho vuestras voces lo que á vos misma os había de suceder?

—Esas voces me han dicho: «Recíbelo todo de buen grado; no te preocupe el martirio; por él llegarás al reino del Paraíso.»

—¿Luego tú te has de salvar?

—¡Así lo espero en Dios Nuestro Señor!

Pero ante jueces vendidos, ¿qué podía la inocencia de aquella joven?

Tuvo la intrépida doncella una frase acerada y penetrante como una espada: — ¡Malvados! — exclamó — muero por vosotros!

Y el Rey, el gentil Rey, ¿qué hacía mientras así era perseguida y agonizaba la doncella, aquella pobre Juana que le había conducido á Reims, la Juana que le había hecho consagrar?

El gentil Rey se divertía y descansaba, dejando que gobernaran á la Francia un puñado de ambiciosos, que juzgándose humillados por la gloria y autoridad de Juana, se regocijaban viéndola desaparecer.

El gentil Rey se divertía y descansaba, y á la vista de aquel abandono y de aquella ingratitude suprema, la doncella no exhaló la más mínima queja... guardó un elocuente y sublime silencio.

Lo esperaba todo del Rey divino que la había enviado, y á quien luego iba á ver en el reino del Paraíso.

Se dirigió al lugar del suplicio con serenidad, rectitud y noble altivez, desafiando aún con la mirada á los ingleses... Delante de ella se llevaba un cartelón escrito que decía: «Juana, que se hace llamar la Doncella, mentirosa, dañina, seductora del pueblo, agorera, blasfema contra Dios, incrédula en los misterios de la fe, jactanciosa, idólatra, cruel, disoluta, apóstata, hereje y cismática.»

Ella sonreía.

La levantaron y colocaron sobre el cadalso y la ataron fuertemente al palo.

Y entonces, delante de aquella muchedumbre de gente, ¿pensó la joven en la vida?... ¿hubo algún sobresalto en aquella pobre alma, algún doloroso recuerdo de aquel Vaucouleurs, donde había sido tan feliz pastoreando sus ovejitas, escuchando los dulces trinos de los pajarillos, recibiendo los confortantes rayos de aquel sol hermoso... á quien ella tanto amaba, y al que ya no volvería á ver más?... ¡Pobre jovencita, morir... á los veinte años!... de aquella suerte!... Sintió que su corazón desfallecía... Se le escaparon las lágrimas, bajó la cabeza y se puso á sollozar.

—¡Oh Jesús! ¡oh María! ¡oh bienaventurados santos y santas del cielo, protegedme, ayudadme!

—Ten valor, Juana—le dijo su confesor—ten valor... muy pronto estarás con Jesús en el reino de los cielos.

Levantaron la cruz delante de ella, y ella con energía irguió su cabeza, fijó en el crucifijo sus negros ojos, y se secaron sus lágrimas.

—¡Maestro Martín—exclamó ella—bajad! ¡bajad en seguida! ¡el fuego! ¡el fuego!

La llama, chisporroteando, subía con bocanadas sofocantes... de pronto estalló, y envolvió

á la virgen entre sus rojizas llamaradas, como en un manto real de púrpura...—¡Jesús! ¡Jesús!— exclamó Juana—¡mis voces no me han engañado! ¡Jesús!... ¡Jesús!...

Me perdonaréis, Señores, el haberme extendido tanto sobre estos recuerdos de Juana de Arco. No conozco en la historia figura más conmovedora y que más se apodere de los corazones.

Es verdaderamente la virgen inspirada y la entusiasta... Se la ha llamado y se la seguirá llamando mucho tiempo... ¡una visionaria!

¡Visionaria! ¿por qué? Lo que sí es ciertamente es una de las más puras y de las más grandes glorias de la Francia.

Bien necia fué, en resumidas cuentas, la tal pastorcita Juana... Se lanza, bajo la fe de no sé qué sueño, á la más peligrosa de las aventuras... Se condena á esa vida dura de la guerra y del campamento... se expone veinte veces al riesgo de ser matada, por tres veces es herida y riega con su sangre el campo de batalla. ¿Por qué? por la patria... ¡por una palabra! ¿Es cosa la patria que se vea, que se sienta, que se guste? ¿y por un

afeminado Rey que la abandona, que cobarde la deja á merced de sus enemigos .. ella muere abrasada en una hoguera?! ¡Tanto peor para ella! ¿Quién la metía en semejantes aventuras?

¿Por qué no se quedó en su aldea guardando su rebaño y remendando sus medias?... así hubiera heredado la hacienda de su padre; Simón ó Silvestre la hubieran pedido en matrimonio; habría acrecentado sus bienes; hubiera tenido muchas ovejas y vacas; y en fin, habría muerto dulcemente en paz, viendo en derredor de su lecho multitud de hijos! ¡Su vecina, la Maritornes, tomó ese partido, y en verdad que se puso bien gorda!

Aquí tenéis, Señores, planteada la cuestión.

Toda ella se encierra entre Juana de Arco y la Maritornes; ahí la tenéis con su extensión á todos los entusiasmos que en todo tiempo han inflamado al alma humana.

Juana siente su vocación, oye sus voces.

El artista tiene su vocación y siente sus voces, y lo mismo el poeta y el guerrero.

Y el marino que va á través de los mares en busca de nuevos mundos y de mares nuevos.

Y el filósofo que reconcentrado en sí mismo penetra los misterios del pensamiento.

Y el sabio que inclinado sobre su compás, sus balanzas y sus proyectos, sondea con infa-

tigable paciencia el seno profundo de la naturaleza para arrancarle sus secretos.

Y tiene su vocación y atiende á sus voces el apóstol que afronta los horrores de la barbarie para plantar en medio de ella la civilización y la cruz.

Y la tiene y atiende á ellas la Hermanita de los Pobres, que oye cómo le dicen: «Ven, ven, hija mía, deja tu familia y tus amigas, deja tu porvenir y tus ilusiones juveniles, déjalo todo al mundo, y ven á dar tu corazón á estos viejos y á estas viejas, que la sociedad arroja de sí, porque ya no sirven para nada, y su inútil decrepitud le sirve de carga... Ven, tú les reunirás, tú les alimentarás, tú les amarás, porque esos ancianos desamparados que no tienen quien los ame, esos despojos de la sociedad necesitan amor. Ven, querida...» y ella va; y se hace sirva y mendiga por ellos.

Maritornes no tiene necesidad de vocación ni de voces: va adonde la empuja su instinto, á la diversa clase y forma de manjares que responden á los diversos apetitos humanos; sin esfuerzo rueda hacia abajo como una bola.

Ahora resolvamos el problema.

La solución, Señores, es muy sencilla; no cabe vacilación.

Si toda la vida humana se encierra única y

exclusivamente entre la cuna y la tumba, si la última palada de tierra que se arroja sobre el ataúd pone término á toda la comedia, si no hay un más allá, si el hombre no es inmortal, si no hay esperanza ni otra vida y otros cielos, siendo este mundo lo que es, y la sociedad lo que vemos que es y nada más, ¡ah! entonces Maritornes es quien obra cuerdamente... Juana de Arco es una loca! Los verdaderos sabios y prudentes son los hombres prácticos, los calculadores, y Sancho Panza montado en su rucio.

¿Cómo? ¿con que no tengo más que esta vida, y en esta vida mis sensaciones?... Pues entonces comamos, bebamos, coronémonos de rosas, y apresurémonos á gozar, porque el tiempo vuela y la vida es corta.

Comamos mucho y aprisa, bebamos mucho y aprisa, cojamos las rosas á brazadas, ¡más, todavía más! ¡á mí! ¡á mí! ¡á mí!

Este es el consejo de Mefistófeles á Fausto: «No hagas caso de tonterías, desecha tus quimeras: eres dueño de tus sensaciones, conténtate con ellas.»

Me diréis que este es un consejo embrutecedor... No, en las condiciones que he dicho es un consejo muy puesto en razón.

Después de todo, ¿por qué me he de privar de un gusto? ¿por qué me he de abstener de un goce?

¿Por deber?... ¿Qué es el deber sin un Dios que me le imponga, que me castigue si le quebranto, que me premie si le cumplo?

¿Por honor?... El honor no es más que el sustituto mundano del deber, y si el deber no es nada, ¿qué viene á ser el honor sino una máscara de que nos desembarazamos tan pronto como nos hallamos solos?

¿Por amor?... ¡Amor! palabra sublime, pero que se convertirá pronto en odio, si no saco fruto de ella.

Patria... ¿Qué es eso de patria?... Yo tengo mi casa y mi cama, ¡he ahí mi patria!

Posteridad... ¿Qué ha hecho por mí la posteridad? ¿y qué me importa después lo que haya de hacer?

La gloria... humo vano, ¿qué peso tiene?

La virtud... una engañifa, ¿á qué sabe eso?

Queda un recurso para moderar el desenfreno de la bestia humana... No penséis que es la ley, no, es la guardia civil.

Y queda un medio de agujonearla y espolearla... El dinero...

Os repugna admitir tan horribles consecuencias.

Lo comprendo y voy á deciros por qué.

Diecinueve siglos de vida cristiana, y pudiera añadir todos los siglos de espiritualismo precedentes, han infiltrado hasta la médula de nuestros huesos los pensamientos de edades pasadas cuya herencia conservamos todavía.

De esta vieja savia de fe no llegamos á desembarazarnos, ni aun cuando la creemos desaparecida por completo.

Cuando nos parece que ya no corre por nuestras venas ni una sola gota de esa sangre bautizada, reaparece de improviso; atavismo singular, de que no sabemos librar á nuestras orgullosas generaciones.

Honor, patria, deber, virtud, amor, justicia... ¡Ah! ¡qué significación tan profunda y divina encerraban esas palabras! ¡con qué esplendor brillaban ante el alma que creía en Dios y en nuestro destino inmortal!

Y nosotros las hemos guardado, han permanecido en nuestro lenguaje, bajo la fe de los recuerdos, las miramos todavía con veneración y respeto, son como un precioso manto, resto de nuestra antigua nobleza con que adornamos aún nuestras almas despojadas.

Pero discurramos prácticamente. Si no hay Dios, si no hay un más allá, si la verdad está en yo no sé qué positivismo ateo, del que se dice que es la teoría definitiva de los tiempos

modernos, esas palabras carecen de sentido, son palabras vacías, no son más que momias, menos que momias, son una piel disecada, hinchada de paja por nuestro convencionalismo y que sólo se sostiene en pie merced á una disimulada armazón de alambres.

¿Y creéis vosotros que el rumor de esas hinchadas palabras bastará para obligar al hombre á refrenar sus indómitos apetitos y á encadenar sus pasiones salvajes?

En verdad, conocéis muy poco el corazón humano.

¿Con qué derecho, por otra parte, queréis imponerle una ley que le tiene aherrojado?

Esto nos lleva como por la mano á la segunda reflexión que intentaba haceros.

Conforme á ese positivismo que en adelante, según se pretende, ha de reemplazar para siempre á las creencias, á los dogmas y á los filósofos, el hombre es un animal, cuyo puesto se halla de antemano completamente determinado en las clasificaciones zoológicas.

Pertenece á la rama de los vertebrados, á la clase de los mamíferos monodelfos, al orden de los monos antropomorfos. Los caracteres específicos propios son: en el cráneo, un huesecito, la espina nasal anterior; en la mandíbula, la carencia de un hueco propio del mono, del

hueco que éste tiene detrás del segundo incisivo superior y delante del primer premolar inferior, el cual hueco no se encuentra en el hombre, en cuya mandíbula todos los dientes están contiguos.

À esto queda reducido todo. En cuanto á lo que llamamos inteligencia, no es más que una forma un poco más perfecta del instinto; hay entre ella y el instinto una simple diferencia, no de naturaleza, sino tan sólo de grado, y se insiste en afirmar que la distancia de un mono á un negro es menor que la distancia entre ese mismo negro y un blanco.

El hombre no es, pues, más que una bestia.
¡Muy bien!...

Mas entonces decidme, ¿qué es el deber, el honor, la virtud, la justicia, para una bestia?

¿Os cuidáis de hablar de esas cosas á vuestro perro?

No, sino que le mostráis el palo.

Es lo que yo decía poco antes... Para el hombre así concebido es preciso el palo, y el palo, en nuestro caso, es el guardia civil.

No ya la razón, sino la fuerza.

Ya no es al alma á la que hay que hablar, sino á la piel y á las costillas.

¿Queréis ver entusiasmo en esa bestia ladra-dora, en vuestro perro? Mostradle un hueso de

la carne que estéis comiendo, veréis cómo salta de contento.

¿Queréis ver entusiasmo en esa otra bestia parlanchina, en el hombre? Mostradle dinero... Es su hueso predilecto... Os juro que saltará de gozo.

Ya veis, pues, que en tal caso quien obra cuerdamente es Pepona la Maritornes.

Pero si el hombre tiene destinos más elevados, si es inmortal y está destinado á vivir en la eterna comunión de la verdad, de la belleza y de la bondad suprema; si Dios, en una palabra, es su bien y debe llegar á ser un día su herencia; si somos, no hijos de la tierra pequeña y miserable, sino hijos del cielo inmenso, infinito, ¡ah! ¡cómo cambia todo! ¿Quién no comprende entonces los vuelos sublimes del entusiasmo? ¿Quién no comprende en las almas, aun en las almas de las mujeres y de las jóvenes, esos arranques grandiosos? ¿Quién no comprende esas aspiraciones á lo alto, esos inflamados anhelos?... Nos sentimos atraídos hacia el cielo, nos sentimos atraídos hacia Dios, y aun inconscientemente nuestras almas vuelan á lo eterno.

¿Qué vienen á ser entonces, os pregunto, esos mezquinos intereses de la tierra y ese oro que es preciso dejar tan pronto y tan de prisa, y esos vanos goces de los sentidos rastreros, y toda esa cadena de sentimientos y afectos pueriles, inquietantes y enervantes, cuyos eslabones vamos pasando uno en pos de otro durante nuestra vida?... ¿Qué viene á ser la vida misma, esa vida de un día, y qué es lo que todo eso puede pesar en una balanza en presencia de nuestros destinos celestiales?

Ahora lo comprendo todo: deber, honor, ideal, verdad, ciencia, heroísmo, gloria, virtud: lo comprendo todo, y comprendo que por esas cosas divinas dé uno, como una gota de agua, toda su vida y toda su sangre...

Comprendo que el hombre rompa uno á uno todos los lazos que le ligan á esta tierra, donde no tiene morada permanente; comprendo que ahogue los deseos y dome las pasiones brutales que á ciertas horas se revelan y rugen en su corazón; comprendo al inspirado sublime que hiende los mares en busca de nuevos mundos y de tierras nuevas; comprendo al militar que gozoso y con la sonrisa en los labios se lanza entre los enemigos á ser despedazado por su bandera; te comprendo, ¡oh Juana! siguiendo tus voces á través de las batallas y muriendo

en la hoguera invocando á Jesús... Comprendo á todos esos grandes locos—es frase del Apóstol—á quienes llamamos santos y mártires.

Sentiría mucho, Señores, que tomara esta conferencia el giro de un sermón dominical. Por eso no quiero insistir demasiado sobre estos pensamientos. Los dejo á vuestra consideración.

Por otra parte, en los hechos encuentran una confirmación plenísima. Recorred la historia: los siglos de fe son los grandes siglos del entusiasmo; los siglos sin fe son de un rebajamiento y vulgaridad que provoca náuseas. Siempre Juana de Arco y la Maritornes.

Nuestro siglo, á despecho de un renacimiento aparente, ha sido un siglo en que la fe se ha debilitado y á veces y en ciertos puntos se ha extinguido. Puede, por tanto, servir de término de comparación.

Pues bien, mirad, mirad bien, buscad, ¿dónde están en nuestros días los Rolandos y los Carlomagnos?

Rolando hendiendo las rocas por romper su noble espada, Durandal, antes que entregarla al enemigo.

¿Y Carlomagno? Ya conocéis la narración del monje de San Gal.

—¿Es aquel Carlomagno?—preguntaba Didier—¿el que va allí con aquella multitud?

—No—respondió Oger.

—¡Ah! héle allí en medio de aquel grupo numeroso, ¿no es cierto?

—No, todavía no.

Y según iban avanzando los guardias—¿es aquel?—preguntó de nuevo.

—Tampoco.

Y llegaron los obispos, los abades y los condes.—¡Oh! ahora sí que está aquí; hé ahí á Carlos. Ocultémonos, descendamos á las entrañas de la tierra...

—No, aún no...

—Mírale allí...

Entonces apareció Carlos, todo forrado de hierro, con casco de hierro, brazaes de hierro, coraza de hierro sobre su ancho pecho y sus fornidas espaldas, y en su diestra su invencible espada, la Jovial.

Al verle, Didier cayó en tierra como herido de muerte.

¿Dónde están aquellas fieras legiones de caballeros sin tacha y sin miedo, blandiendo ante el altar su espada y jurando combatir sin tregua ni reposo en defensa de Dios y de los débiles, de las viudas y de los huérfanos?

Vedlos, revistiéndose la túnica de lino blanco

para mostrar que eran sin tacha, la veste encarnada para mostrar que no se asustaban de la sangre, y la seda negra para mostrar que no tenían miedo á la muerte.

«¿Quién te ha hecho Conde?» preguntaba irri-
tado Hugo Capeto al Conde de Perigord, Adal-
berto... Y éste, con la frente erguida, le pregunta
á su vez: «¿Quién te ha hecho Rey?»

¡Oh! ¡aquellos eran los tiempos de las almas
grandes!

¿Y las Cruzadas? ¡Los Pedro el Ermitaño y
Juan Sintierra, los Robertos de Flandes, los Go-
dofredos de Bouillón, los Tancredos, los Fede-
ricos Barbaroja, los Ricardos corazón de León!

¡Las Cruzadas de hoy! ¡Ah, Señores! ¡Callaos!
¡callaos!... ¿No veis levantarse ante vosotros,
chorreando sangre, el espectro de Armenia?...
Esa madre infeliz ha gritado pidiendo socorro,
ha mostrado á la Europa sus hijos degollados,
sus ancianos estrangulados, sus doncellas vio-
ladas, sus pequeñuelos estrellados contra las
piedras; ha clamado gritando que el número de
las víctimas iba en aumento, que ya eran ciento,
mil, cien mil... que la sangre corría á torrentes
enrojeciendo sus ciudades y sus campos... ¡Y
la Europa ha oído, ha pesado, ha calculado y ha
encontrado que sería demasiado costoso y de-
masiado peligroso no dejar al gran asesino

continuar su obra y bañarse en toda esa cristiana sangre!

¡No, no! ¡no habléis de las Cruzadas!

De 1432 á 1492 una fiebre de entusiasmo se apodera de Portugal y de España... Sus navegantes, uno en pos de otro, se lanzan á través de los mares en busca de nuevas tierras, á los descubrimientos. Gilianez pasa el Cabo de Bojador; González avanza hasta el Cabo Blanco; el Senegal, las Azores, las islas de Cabo Verde son reconocidas y registradas. Viene luego Vasco de Gama y dobla el Cabo de las Tormentas y remonta las costas orientales de África. Se ve arrestado en Calcuta, en el Malabar. Marcha Cabral en su auxilio. Después los Alburquerque; Ceylán, Goa, Malaca, los Molucas ven levantarse sobre sus tierras primeramente la cruz, y luego la bandera portuguesa.

Por fin, ¡parece Cristóbal Colón!

Bien conocéis la historia del célebre genovés... y como trazando sobre el mapamundi entonces conocido los viajes de su suegro, presiente, en una adivinación sublime, un nuevo mundo. Se le entregan tres naves y unos cien hombres apenas, y parte... Tempestades, rebeliones á bordo, decepciones angustiosas, el hambre, la muerte, todo lo afronta y todo lo supera, y sigue adelante, adelante por aquel mar intermi-

nable, silencioso, tétrico, imponente, adelante á lo desconocido, por entre las tinieblas... ¡Tierra! ¡Tierra! clama el vigía, y temblando de emoción sus almas, trepan por el cordaje, y desde las gavias miran con ansiedad aquellos bravos marinos, y se les llenan los ojos de lágrimas... Sí, en efecto, es un nuevo mundo, el mundo del porvenir.

Colón vuelve á España, pero sin detenerse prepara un nuevo viaje; se le dan diecisiete navíos y vuelve á partir. Regresa otra vez, y otra vez parte, y así prosigue hasta que suena la hora de morir.

Pero ¿qué esperaban esos héroes para luchar de esa suerte sin descanso, combatir, trabajar, y en ese trabajo gigantesco consumir toda su sangre y su vida?...

¿Qué esperan? De los hombres... ¡nada!

Cristóbal Colón murió de pesar y de miseria.

Cortés, el conquistador de Méjico y de California, ni siquiera es admitido á la audiencia de su Rey... y era este Carlos V.... Un día, exasperado, viendo pasar la carroza real, se precipita á ella, se agarra á la portezuela... Y ante aquella figura lívida, descarnada, surcada de arrugas y cicatrices, espantado el monarca:— ¿Quién es este hombre?— exclama— ¿quién es este hombre?

—¡Este hombre—respondió el infeliz dando un suspiro—este hombre os ha conquistado más provincias que ciudades os dejaron en herencia vuestros antepasados!

No, no esperaban nada del mundo.

Tenían su ideal, tenían su fe, tenían su Dios, y les bastaba.

Me diréis que este género de entusiasmo no ha muerto en nuestros días, y me citaréis con un orgullo de que yo participo, nuestras expediciones polares, los recientes entusiasmos suscitados por Nausen, y hasta en nuestro país, en nuestra pequeña y querida Bélgica, la organización de un viaje de descubrimiento al polo Sur, bajo el mando de un joven y valiente oficial, M. de Gerlache.

No es mi ánimo disminuir estas glorias; me inclino ante ellas y las saludo con respeto.

Mas si en derredor de esos emprendedores gloriosos, perdidos como islotes en el vasto mar del mundo, busco la multitud entusiasta que les aplauda, no la encuentro.

¡Esos bravos son hoy día seres incomprensibles! ¿Dónde están los diecisiete navíos entregados á Colón? ¿dónde está la España estremecida de entusiasmo?

¡Nausen! ¡Gerlache! ¡Vaya una idea! ¡qué capricho tan extravagante! ¡ir de este modo á recorrer los mares y las regiones heladas, exponerse veinte veces á morir, cuando les sería tan fácil vivir aquí dulcemente, en una buena casita, con una solícita esposa que les mirara, que velara junto á ellos y los caldeara la habitación y les preparara la mesa, y desde por la mañana no pensara en otra cosa que en proporcionarles gustos y comodidades! ¡Qué idea! ¡qué idea!

Nosotros tenemos además otras glorias, Señores: sobre esa tierra de África nuestros soldados, nuestros oficiales, nuestros ingenieros han derramado á manos llenas tesoros de incomparable heroísmo; intrépidos en la exploración y en el combate han organizado en veinte años un estado, que en otros tiempos y en otras manos hubiera costado un siglo. Sin cuidarse de su vida han plantado su bandera en todos los puntos de un país tan vasto como los más grandes imperios. Con un puñado de hombres y espada al cinto, han arrojado de allí á esas hordas salvajes, cazadoras y traficantes de carne humana, compradores de mujeres y niños, eterna vergüenza de la civilización contemporánea; eso han hecho aquellos bravos, recogiendo en aquellas tierras abrasadoras y homicidas

más gloria que la que se necesita para inmortalizar á un pueblo; ¡eso han hecho aquellos valientes!... eso han hecho así los que sobreviven y retornan siempre ávidos de altas empresas, como los que han muerto allá y cuyos huesos blanquean entre la arena esperando la justicia eterna.

¡Eso han hecho ellos!... ¿Y nosotros?

¡Ah, Señores, acordémonos, acordémonos!

Un día Cristóbal Colón, acusado por sus émulos, fué traído del Nuevo Mundo á España, cargado de cadenas, con esposas en las manos y grilletes en los pies. Cuando tocó en tierra y el noble pueblo español le vió de aquella suerte conducido como criminal, resonó un inmenso grito de protesta y furor á través de toda la península. Rompiéronse aquellas cadenas, y llevado el héroe en hombros de la multitud, como triunfador, se presentó ante los jueces que temblaban.

Se ha dicho que España ha infiltrado sangre suya en nuestras venas... ¿Qué ha sido de esa noble sangre del Cid Campeador?... ¿Quién la ha sentido hervir? ¿Dónde se oye el inmenso grito de protesta y furor que haya resonado en nuestra patria en estos tiempos?... ¿Y no hemos tenido nosotros héroes repatriados cargados de cadenas?

Me callo.

¡La España, la España!... ¡Sí! aquí os esperaba. Se ha dicho que ese viejo pueblo creyente, ese pueblo de los santuarios y de las imágenes de la Virgen y de Jesucristo crucificado, adormecido en sus símbolos y desdeñoso de nuestras conquistas intelectuales, se moría de letargo entre los envoltorios de su credo!

¡Muerta, muerta la España!... ¿Pero acaso no la veis, por el honor de su bandera, lanzar á través de los mares ejércitos de 200.000 hombres?... ¿Y quién de ellos se lamenta entre esos bravos que parten? Y entre los que quedan ¿hay uno siquiera que ose gritar á esos héroes: «¡Andad con cuidado! ¡andad con cuidado! ¡mirad que allí mueren muchísimos!?»

¡Muerta, muerta la España!... Pues mirad; los calculadores habían contado por los dedos que sus acciones estaban en baja... que era preciso no fiarse de ella y cerrarle la llave de las arcas del dinero... y el pueblo, en un día, desde el pobre hasta el rico, desde el labrador hasta el magnate, desde el pequeño que no tenía más que un óbolo hasta el grande que vendió su vajilla, todos, á manos llenas en un solo día, entregaron á la patria 600.000.000 de pesetas, es decir, 200.000.000 más de los que ella demandaba.

¡Muerta, muerta la España!... Aquí os esperaba, ahí la tenéis, Señores, viva (1).

Réstame un último argumento para apoyar mi tesis, un argumento que tendrá además la ventaja de prevenir esta invectiva que me sería muy sensible: ¡Calumniáis á vuestro siglo! ¡Rebajáis á vuestro tiempo!

Seré muy breve.

Reconoceréis que bien se necesita cierto entusiasmo para abandonar á los veinte años su patria, su familia, todos los bienes de una vida tranquila y dulce y trasladarse más allá de los mares, á vivir entre los salvajes y bárbaros y enseñar el catecismo á los niños. En general la vida por allá tiene pocos atractivos, se duerme sobre el duro suelo, bajo un simple cobertizo de paja ó de junco, ó á la intemperie bajo la bóveda estrellada, en los bosques por donde se deslizan terribles serpientes y donde acecha silencioso el tigre con mirada de fuego y agu-

(1) Téngase en cuenta que el autor pronunció é imprimió esta conferencia antes de los múltiples desastres que luego llovieron sobre nuestra infortunada patria, y en la creencia de que sus gobernantes corresponderían cual exigían las circunstancias á lo que la tradición de nuestro católico pueblo y el concepto que de él se tenía en todo el mundo estaban reclamando. (N. del T.)

zando sus dientes y sangrientas garras para lanzarse sobre la presa. Allí muere uno muy joven, arrebatado por fiebres perniciosas, ó traspasado por venenosas flechas de fanáticos, ó degollado y empalado como en China, ó aplastado bajo las ruedas de los carros sagrados como en la India, con toda la variedad de los tormentos reservados á los mártires.

Fuera de esta muerte, llamada por ellos muerte envidiable, allí no se gana otra cosa más que almas!

Pues bien, desde hace dieciocho siglos, del seno de la Iglesia salen por legiones esos entusiastas, nuestros misioneros. Y no se ha agotado el seno divino. Á la hora en que os hablo, no hay un rincón de la tierra que no haya sido recorrido por sus pies y enrojecido con su sangre.

En Roma guardamos en nuestros archivos una carta manchada de sangre. Un jesuíta misionero había sido apresado en el Canadá por los Hurones... Con furia salvaje le habían cortado á hachazos uno tras otro los diez dedos de las manos, y luego le habían dejado diciéndole: «¡Anda, vete ahora á celebrar tu Misa!» Uno de sus hermanos, derramando lágrimas, le vendó á toda prisa aquellas manos palpitantes y chorreando sangre, para que no se desangrara... el

paciente sonreía, y cuando se terminó esta operación, cogiendo como pudo una pluma con los muñones de sus manos... «¡Oh Padre! ¡oh Padre! escribió al P. General, mi corazón se desborda de júbilo; acabo de tener la dicha de padecer por Nuestro Señor Jesucristo...» y mientras la pluma trazaba aquellos caracteres deformes, á través de las vendas demasiado delgadas había corrido la sangre por el papel.

¿De qué son, pues, esos corazones y esas almas? ¿Quién ha hecho á esos héroes?

¿Quién engendra á esos misioneros? ¿Quién inflama á esas pobres y débiles religiosas, que parten para el continente africano con la sonrisa en los labios, como vais vosotros á vuestras diversiones y festines? Y para no concretarme á las vocaciones excepcionales, ¿quién infunde en el corazón de tantos cristianos y de tantas cristianas, el cotidiano valor del deber oscuro valientemente cumplido, cuando la carga de la vida pesa á veces abrumadoramente sobre sus abatidos hombros?

La fe, el amor y la esperanza de lo alto.

Señores, mi conclusión se impone.

Si creéis que el interés, la dicha, la grandeza de la sociedad exigen que se multiplique entre

nosotros la raza de los prudentes, que mide, pesa, cuenta y calcula... Cuidad de tener al pueblo y tened á vuestros hijos bien pegados á la tierra; no les habléis ni de ideal, ni de esperanza, ni de fe, ni de Dios, ni de inmortalidad... Fijad bien su atención sobre la hora presente y sobre los cuidados inmediatos; decidles que después de todo, no hay otra cosa más que esto de sólido, que lo demás es humo y sueño vano.

Lograréis vuestro intento. Fuera de ciertos casos de atavismo cristiano, que de tiempo en tiempo, entre la masa degradada, suscitará algún rebelde, vuestro trabajo será fácil.

Mas si pensáis que el honor y la gloria, que la ciencia y el arte, que la justicia, la virtud, el heroísmo, el sacrificio, todas esas virtudes nobles y varoniles hacen á las sociedades grandes y generosas, ¡ah! ¡por Dios! elevad el alma del pueblo, elevad el alma de vuestros hijos, tan alto, tan alto que el pegajoso lodo de la tierra no llegue nunca á tocarlos.

Enseñadles á vencerse á si mismos, enseñadles á domar esas pasiones que embrutecen, á sujetar esos sentidos que arrastran á lo terreno y afeminan, ese egoísmo que roe las entrañas, formadles un corazón grande, abierto á todas las generosidades y á todos los heroísmos. No les digáis: «Sed ricos, sed fuertes, sed hábiles...»

No les digáis más que una palabra, palabra sublime: «Sed justos.» Decidles que el oro no es nada, que el éxito no es nada, que nada es el goce, nada la fortuna, nada los placeres, nada el sufrimiento, nada la misma muerte; que una sola cosa tiene valor: el honor, el cumplimiento del deber. Que si la vida pasa, la inmortalidad queda, y que después de este mundo de un día está la eternidad de Dios.

Pudiera suceder, Señores, que después de todo este discurso algún calculador me preguntara todavía: «¿Pero, para qué sirven á la humanidad todo ese honor, esa gloria, esa virtud, esas artes, esas ciencias, ese ideal?...»

Tentado me sentiría en este caso á responderle que en efecto, todas esas cosas no tienen interés ninguno... para él. Evidentemente, por nada de eso bajará el precio de la paja ni de la cebada.

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotsmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdones.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*

Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*



DEBERES DE LOS RICOS EN LA ACTUALIDAD

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

DEBERES DE LOS RICOS EN LA ACTUALIDAD

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

ES PROPIEDAD



Eminentísimo Señor, ⁽¹⁾ Monseñor, ⁽²⁾

SEÑORAS, SEÑORES:

EL verano pasado iba yo á tener una conferencia á beneficio de los pobres en una de nuestras más renombradas playas; viajaba solo en un coche llevado por nuestras vertiginosas máquinas á través de las extensas llanuras de Flandes, que parecían desgarrarse y dividirse en dos ante el rayo que las atravesaba. No lejos de mi asiento habían quedado abandonados algunos periódicos enteramente arrugados; tomé uno por curiosidad... y le recorrí. Era uno de esos periodicuchos popu-

(1) Mons. el Cardenal Goossens, Arzobispo de Malinas.

(2) Mons. Du Rouseaux, Obispo de Tournai.

lares tabernarios, ignobles, que excitan todas las codicias desenfundadas de los pobres obreros contra los capitales de los ricos presentándoseles como buena presa. Sin teoría, sin idea, sin programa, pero de esos que soplan á boca llena para atizar el fuego de todos los instintos perversos.

Hice pedazos aquel papelucho y lo arrojé por la ventanilla.

Y me puse á pensar en ese pobre pueblo que leía aquello y se nutría de aquel manjar. Evidentemente á sus apetitos desordenados sentaba mejor que la lectura del Evangelio.

Entonces ¿cómo luchar?... ¿cómo llegar nunca á contrabalancear esa fascinación del mal siempre tan sonriente, cuando el bien es siempre tan austero?...

Y me pareció que toda nuestra acción cristiana se reducía á lo que yo había hecho con aquel miserable periódico... Le había hecho añicos, y sus pedazos, después de revolotear un poco, habían caído formando pequeñas manchas blancas sobre los verdes linderos que bordeaban la vía férrea.

«Ya no hará mal á nadie, me había dicho á mí mismo.» Era cierto, aquel único que yo había destruído, ya no volvería á hacer daño; pero ¿y los mil otros?...

¡Ah! ¡los mil otros!...

¡Oh! ¡Qué de almas á quienes no alcanza nuestra influencia, con quienes no tenemos roce ninguno y en las que se enseñorean esas doctrinas y hierve la rebelión de todas las malas pasiones!

El desaliento se apoderaba de mí... ¿En qué va á parar todo esto?... Y veía yo en el porvenir ese horrible fuego de las guerras intestinas, una subida al asalto de los pueblos contra los ricos, una nueva *Jacquerie*, entrando á saco no ya solamente á la Francia, sino al viejo y al nuevo mundo, y después el caos... y esa eterna repetición de la historia, ese volver á empezar, pasando de un trastorno á otro trastorno por intervalos de equilibrio, de orden y de libertad, un poco más largos ayer, un poco más cortos hoy. Como un hombre beodo, que después de un gran traspies y reverencia al suelo, se endereza, da dos ó tres pasos derecho, se inclina, vacila, se tambalea y vuelve á tambalearse hasta que cae y ya no vuelve á levantarse más.

Pensando en esto llegué á mi estación de término; sacudí mis pensamientos, y marchando á buen paso, estuve á poco tiempo en la playa, La playa estaba encantadora.

El mar, sobre el que caía de plano un sol hermoso y brillando en un cielo completamente azul, ostentaba reflejos dorados en sus ondas, se balanceaba con languidez y con su espuma empujaba muellemente y hacía saltar chispas de perlas finísimas.

En la orilla, riendo estrepitosamente, algunos niños ahondaban en la movible arena los fosos de sus ciudadelas, levantando torres en el centro y colocando sobre ellas banderitas de papel azul y rojo que ondeaban con el viento. ¡Oh! ¡qué alegres y puras son las risas de los niños!

Más lejos, los mayores, estudiantillos y colegiales, con su raqueta en la mano se lanzaban mutuamente las hinchadas pelotas de goma. Y allí también risas alegres, más conscientes, más discretas, calculadas á veces y á veces también no exentas ya de picardía, pero siempre francas.

En el muelle un hormiguero de señoras y caballeros paseando y cruzándose sin cesar; muchedumbre singular y encantadora que lleva tras sí la atención por los colores claros de sus trajes, por el estudiado abandono de sus tocados; desconocidos y desconocidas que se miran y se examinan de pies á cabeza. Y allí también se ofrecen á la vista caras risueñas, caras en las que se ven dibujadas—y no se ve más que esto—la alegría y las sonrisas.

En las terrazas, en los balcones de las *villas* y de los hoteles, lectores y lectoras, reclinados perezosamente en sus butacas ó mecedoras, leen el periódico ó la novela, ó ante un diminuto caballete esbozan una acuarela ó un cuadro.

Y de este espectáculo se desprendía tal sensación de bienestar, de vida sin cuidados y hasta de felicidad, que exclamé dentro de mi alma: «¿Pero, estoy yo loco? No hay crisis, no hay cuestión social... Este mundo es dichoso, muy dichoso, rebosa de oro, y lo derrama... ¿Á qué sueño en catástrofes y en abismos?... ¿Por ventura se anda con la sonrisa en los labios en vísperas de una catástrofe? ¿Se juega de ese modo, se ríe de esa manera al borde horrible de un abismo?»

»Sí, sí, soy un loco en temer y en temblar y en gritar: «¡ay de tí! ¡ay de tí, Jerusalén!» cuando Jerusalén se divierte tan á su gusto y placer!»

Todo á lo largo del muelle, apoyando sus codos sobre la barandilla del pretil, hombres, mujeres, jóvenes y doncellas con los niños al pie, se inclinaban sobre el canal donde estaba aparejándose para partir una pequeña flotilla de pescadores. Hubiérase dicho que era una larga cinta extendida sobre las gruesas vigas roídas

por la mar y formada de todos los vestidos que, mezclándose más que rozándose unos con otros, fundían sus vivos colores, destacándose en su borde, como variado y caprichoso encaje, los sombreros de paja, los tules, los prendidos, las flores de adorno y las sombrillas.

¡Oh!... ¡era bellísima aquella cinta!

¿Y abajo?

¡Oh! abajo, Señores, en aquellas groseras y pesadas barcas que todos vosotros conocéis, estaban los pobres pescadores de tez bronceada por el sol y la mar, con su jubón de jerga azul y pantalón burdo remendado y zapatos clave-teados de tachuelas. Procuraban guardar el equilibrio, balanceados por las olas. Desplegaban parcialmente sus velas y embarcaban algunos víveres y un poco de agua dulce para alta mar. Un remolcador vino á coger estas barcas una en pos de otra, las puso cara al viento y las dejó.

Y una en pos de otra fueron pasando ante aquella cinta de arriba... Y mientras pasaban, los pobres infelices que en ellas iban... levantaban sus ojos á lo alto y contemplaban aquella cinta de pulcros caballeros fumando sus cigarrillos y de elegantes damas abanicándose suavemente con sus preciosos abanicos.

¡Ah! ¡dirán que no hay cuestión social!... Allí estaba toda entera... ¡Allí arriba sobre aquella

estacada cubierta de tan hermosa cinta, y allá abajo en aquellas pesadas barcas de madera negra!... Y estaba allí con su rasgo más característico... la indiferencia del que goza arriba para con el trabajador de abajo.

«¡Oh! ¡hemos de volver otra vez á ver esto! ¡Es muy bonito ver á esas monas trepando por las cuerdas!» Yo mismo recogí en el muelle esta perla, caída de los labios de una señora que yo no conocía, pero que al mostrar tanto desdén á las monas, me pareció que debía tener parentesco muy próximo con los micos.

Aquel día resolví hablar una vez más sobre la cuestión social, y hoy voy á hacerlo desde un punto de vista muy particular, tratando delante de vosotros, muy especialmente, de los deberes de los ricos en la actualidad. Seré franco y sincero. Así es como vosotros queréis que os hable, ¿no es verdad? Mas por duro que pueda pareceros mi discurso, creedme, sale de un alma respetuosa, amante y ansiosa de vuestro bien.

Los deberes de los ricos en la actualidad, he dicho.

«Deber,» esta es una palabra muy solemne. Indica una obligación á la cual ninguno puede

sustraerse sin deshonra, una especie de compromiso moral de que no puede nadie escapar sin felonía. «He cumplido mi deber,» es el más hermoso testimonio que puede tributarse á sí misma una conciencia recta. Por el contrario, «ha hecho traición á su deber,» es una de esas sentencias irreparables cuya mancha nadie es capaz de borrar del nombre sobre el que ha caído deshonrándole.

¿Está aquí bien empleada la gran palabra «Deber?» Tened la bondad de juzgarlo por vosotros mismos.

No reproduciré ahora, pues demasiadas veces lo he hecho ya, el cuadro de la situación de los espíritus en nuestra sociedad contemporánea; esos dos grandes ejércitos en presencia uno de otro y prestos á venir á las manos: de una parte los ricos, de otra parte los desarrapados; de una parte los hartos, de otra los hambrientos. Es necesario cerrar los ojos para no verlos. En el ejército de los ricos está el reposo, la seguridad y yo no sé qué contento beatífico que engendra la dulce convicción de que todo va á las mil maravillas en el mejor de los mundos, en que tenemos la suerte de hallarnos, y que se pueden dejar los negocios serios para mañana!...

Y detrás del ejército de los pobres se ve toda una caterva de criminales soplándoles muy por

lo bajo al oído cuanto puede encender y avivar sus odios, excitando y aguzando todas las codicias, excitando y aguijoneando todas las pasiones ya exaltadas, rugientes y prestos á abalanzarse sobre la presa. Malhechores cobardes que se parapetan tras de todos esos pechos del pueblo, como tras de un muro de carne humana, y que esperan que en los campos de batalla en que se dejarán despedazar esos pobres, no han de faltar despojos con que puedan engordar los astutos jefes ocultos del movimiento.

Muy pronto hará diez años que por vez primera os presentaba ese cuadro. Desde entónces las cosas han avanzado mucho.

¿Qué eran aquellas insignificantes huelgas de antes con unas cuantas pedradas á los cristales y alguno que otro tiro al aire, al lado de la huelga americana de Carnegie, en que los obreros, regimentados en forma de ejército, reciben á la policía y á las tropas á tiros de Winchester, quedan victoriosos durante semanas enteras y no deponen las armas sino ante siete regimientos del ejército federal, decididos, si era preciso, á pasarlos á cuchillo á todos, sin dejar ninguno?

La victoria ha quedado por el derecho, me diréis. Ciertamente: el derecho ha quedado en pie, sobre 300 ó 400 cadáveres amontonados.

Pero observad otro procedimiento nuevo prac-

ticado más cerca de nosotros. Nada de tiros ahora. Algunas fracturas de puertas y prisiones, algunas amenazas de muerte, una tentativa de asesinato, y después la huelga simplemente pasiva, inerte, obstinada. ¿Y qué vemos?... Uno de los más fuertes gobiernos de Europa, y sin duda, uno de los más poderosos y decididos, entrar en arreglos y componendas, escuchar las proposiciones presentadas por los huelguistas y concederles casi todas, hasta el indulto de los condenados por la justicia. ¿Y no veis á dónde vamos?

¿Y no veis cómo el ejército de vuestros enemigos aumenta cada día, se organiza, se somete á la obediencia y á la disciplina y se enlaza y pone de acuerdo á través de las fronteras? ¿No veis ese círculo de hierro, que poco á poco se extiende en derredor de vosotros, se estrecha y se cierra?

Poco hace leía yo un libro en que se contaba la última guerra entre Francia y Alemania. No conozco nada más imponente como el ver los dos grandes brazos del ejército alemán extenderse estratégicamente, avanzar cautelosos y luego, con la horrible precisión de las máquinas, estrecharse lentamente sobre el desconcertado ejército francés y destrozarlo y ahogarle entre las roscas de aquel inmenso tornillo viviente.

Y en el ejército así aplastado, nada se veía, nada se sabía, nada se comprendía, hasta el momento demasiado tardío en que el ahogo retorció los pechos.

¡Oh! ¡cuál será el destrozo, la inmensa catástrofe de los grandes y de los ricos en las próximas batallas!... ¡qué libro se escribirá sobre ello y cómo chorreará sangre el corazón leyendo sus páginas! Porque, si ellos hubieran escuchado, si ellos hubieran comprendido, si ellos lo hubieran querido!... Pero no han querido, porque no han comprendido... y no han comprendido, porque no han escuchado.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡cuántas veces he querido congrega y cobijar tus hijos bajo mi amparo, como bajo sus alas cobija la gallina á sus polluelos... y no has querido! Pues ahora he aquí que van á llegar los días de la devastación. Y no os quedarán para refugio más que los muros arruinados de vuestras casas desiertas.

Me diréis que he recargado de sombras el cuadro á mi gusto; que desde hace algunos años se ha efectuado un gran trabajo de pacificación; que los hombres de fe y de orden se han hecho á su vez cargo de lo que urgía, y se han dirigido al pueblo y también ellos le han regimentado; y

ya os veo mostrándome con un gesto de plena complacencia la inmensa procesión de los obreros cristianos marchando á banderas desplegadas, llenos de valor, de honradez y de calma... ¿á dónde?... ¿podríais decírmelo?... ¿A la conquista del cielo?... Sin duda; pero también, y están en su derecho, á la conquista de una suerte mejor sobre la tierra. Esas grandes asociaciones cristianas son incontestablemente sociedades de resignación; mas no sólo eso, son también sociedades de defensa y de resistencia, y en caso de necesidad, sociedades de ataque. Hay entre ellos y el ejército que os amenaza esta diferencia, que ellos respetan el derecho, que su arma es la ley, y... ¡nada más!

Luego volveré sobre este punto, si me lo permitís. Pero desde ahora os confesaré que no he podido menos de sonreirme al ver, hace algún tiempo, la pueril extrañeza y admiración de no pocas personas ante una gran asamblea de esas sociedades cristianas, en que franca y lealmente expusieron los asociados con toda claridad lo que pretendían. Aquello fué un asombro, un estupor general. «¡Oh! ¡oh! ¡aún éstos hablan de derechos, y de reivindicaciones, y de justicia!... ¡Pues entonces, ¡qué demonios! no valen más éstos que los otros!»

Esperabais que éstos al menos os dejarían

tranquilos, y convengo que en ese caso vuestra suerte hubiera sido más grata. ¡Héos ahí bien desengañados!

Sea de esto lo que quiera, Señores, ya veis que la situación no ha mejorado, que la sociedad continúa siempre en peligro.

Por lo tanto, el deber de todo hombre, si tiene corazón, es volar en su auxilio y socorrer á los tripulantes que naufragan.

He admirado siempre el valor y entusiasmo con que muchas gentes, que nunca se han cuidado de llevar armas, exclaman: «Cuando la patria está en peligro, todo ciudadano es soldado.» Bellísimo discurso en tiempo de paz. Me complazco en creer que en tiempo de guerra, todos esos bravos serían fieles á sus principios y cargarían con su fusil.

Pero ahora no es cuestión de discursos, y no es solamente la patria quien está en peligro, es la sociedad toda entera. Y ahí se os presenta el deber, haciendo resonar en vuestros oídos el toque de zafarrancho, invitándoos á desplegar todas las fuerzas y todas las energías, todo el valor y todas las virtudes. Ahora bien; ¿acudiréis á su llamada?... He ahí la cuestión.

¿Ó bien desde lo alto de vuestros castillos de almenadas torres, contemplaréis indolentes y sonriendo cual desde lo alto de su estacada los

bañistas de que os hablé al empezar, cómo por vosotros se pelea en la llanura á sangre y fuego?

He dicho que es deber de todo hombre acudir al socorro de la sociedad amenazada.

Añadiré que es deber especialísimo del rico, y esto por tres potísimas razones.

Primeramente, porque no tiene otra cosa que hacer.

¡Ah! Señores, Dios os ha concedido una suerte envidiable en este mundo. Ni un solo cuidado ha venido á perturbar vuestra infancia; al pensar en el porvenir delante de vuestras cunas, vuestras madres no han temblado ni llorado jamás... todo en derredor vuestro concurría á allanaros y aseguraros los caminos por donde tenéis que marchar; no había gasto que no se hiciera por vosotros, ni goce que no estuviera presto á acudir á vuestro llamamiento. Y cuando á nosotros se nos regañaba por nuestra pereza juvenil, por nuestros descuidos y aturdimientos, cuando nosotros, derramando lágrimas, prometíamos sinceramente la enmienda, á vosotros no había nadie que os hiciera llorar; vuestros padres levantaban el hombro, y apartando un poco la cabeza, con desdeñosa sonrisa decían á vuestros sorprendidos ayos y maes-

tros: «¡Bah! ¡nuestro niño jamás tendrá necesidad de *eso!*» Y *eso* era el trabajo, el trabajo duro y pesado, el trabajo necesario para vivir, el trabajo ejecutado, porque la necesidad urge y aguijonea y tira de las bridas y el freno.

¡Y como vuestra infancia fué vuestra juventud!... ¿Cuándo habéis sufrido vosotros? ¿Y cómo habíais de sentir la necesidad del trabajo? Me acuerdo que un padre, hombre honradísimo, me suplicó un día que me encargara de su hijo, que era un elegante joven, de buen talento por cierto, pero que en cuanto á cumplir su deber se cuidaba tanto de sus exámenes como de las coplas de Calainos, así es que regresaba todos los años á su casa con sendas calabazas. Me propuse ayudar á aquel padre, que comprendía, á mi parecer, si no ya la necesidad del trabajo, al menos su nobleza. Algunos días después encontré al joven, iba en coche, delante de su cochero, conduciendo con una elegancia perfecta dos magníficos caballos enjaezados según la última moda. Me saludó con gran distinción, con un movimiento elegantísimo de su fusta, y dió riendas á los nobles animales que se lanzaron á la carrera.

Jamás pude convenientemente hablar de trabajo á este feliz joven, tan bien y tan prematuramente adiestrado en conducir sus carruajes.

Y después de la juventud ha llegado vuestra entrada en el gran mundo. Todas las puertas se han abierto ante vosotros. ¡Siempre se abren ante la riqueza!

Y tal vez Dios no os ha dado más que eso, quizá os ha dado solamente la aureola de un gran nombre y la sangre de las antiguas razas. Sé perfectamente que vivimos en un siglo muy democrático, en que nos complacemos en decir muy alto que la nobleza no es nada. Sé muy bien que desde hace unos cien años se ha hecho tabla rasa de los privilegios y que ni uno solo ha quedado en pie ante la ley; bien sé que toda pretensión contraria es silbada por todo lo alto, y que cualquier burgués de Landernau se cree con el valor de un Rohan ó de un Montmorency. Pero las costumbres no van tan de prisa como las leyes, y por despojados que estéis, vuestro nombre y vuestra sangre hallan en las profundidades del alma popular respetos inolvidables.

El más convencido propagandista de la igualdad humana tiene una manera de saludar al señor Conde ó al señor Marqués muy diferente de la manera con que saluda al ciudadano tal ó cual, aunque éste sea Alcalde ó Gobernador.

Se cita un grito lanzado un día al rostro del Emperador de Rusia: «¡Viva la Polonia, ciudadano!» No carece tal acto de valor ni de carác-

ter. Pero yo creo que si el Emperador y ese ardiente amigo de Polonia se hubiesen encontrado, no ante la muchedumbre reunida, sino en algún salón retirado, creo, repito, que el «ciudadano» se hubiera transformado muy suavemente en ¡Señor! ó en ¡Majestad!

Ciego prejuicio, se dirá, atavismo intelectual, viejos residuos mal apagados de tradiciones muertas... Sea todo como os plazca, pero al fin es un hecho, un hecho innegable.

¡Ah! Señores, si quisiérais—pues en realidad os bastaría querer—si quisierais, en todas partes, sí, en todas partes estaríais aun á la cabeza. No se llevarían ya vuestras libreas, no, pero se marcharía á vuestras órdenes.

Y si á la riqueza y á la sangre Dios os añade todavía ese don superior y fino, esa aristocracia del alma, una inteligencia privilegiada y un gran corazón, ¿no podríamos entonces decir con verdad que os ha colmado de sus dones?...

Mas ¿para qué todo eso? ¿á qué fin? ¿con qué objeto?...

Dejadme que os repita una vez más mi pregunta... es grave y solemne... ¿Con qué objeto? Tantos bienes, ¿para qué?...

¿Pensáis que Dios os los haya arrojado al azar, como arrojan los árboles sus hojas, cuando en otoño sacude el viento sus grandes ramas?

¿Creéis que os ha hecho ricos sin designio alguno, y que sin designio os ha dado la nobleza de la sangre, del corazón y de la inteligencia?... No, ¿no es verdad?

Entonces, ¿para qué?... ¡Ah! Señores, ¡este «¿para qué?» es terrible!

¿Creéis que ha sido para vuestro engrandecimiento, para enaltecer vuestro insignificante destino personal?... ¡Ah! Señores, Dios no se detiene en miras tan mezquinas... por grandes que seáis, no sois nada delante de Él; sois un grano de arena ante el lecho de los mares; cada uno de vosotros es un hombre, un pobre hombre ante todo el inmenso género humano; un hombre que muere y pasa ante todo el género humano que sobrevive y permanece.

Pero si Dios no os ha concedido esos grandes dones para vosotros, luego es para la gran sociedad humana para quien os los ha entregado, para que le ayudéis en su trabajo, para que la dirijáis en su marcha y para que no teniendo que preocuparos de las cosas materiales, viendo á vuestros hijos bien acomodados y á vuestras hijas bien dotadas, y no teniendo que pedir nada al presente, ni temer nada del porvenir, pudierais consagraros enteramente, en cuerpo y alma, á servir á vuestros hermanos.

Ved ahí para qué. Ved ahí el objeto de vues-

tra vida; ved ahí el plan divino y la medida según la cual os ha de juzgar Dios.

Eso es lo que tenéis que hacer, y no tenéis que hacer más que eso.

Mi segunda razón, que en parte acabo de tocar, es que vosotros estáis admirablemente provistos para esta obra. Tenéis las tres cosas indispensables: tiempo, dinero é influencia. Y las tenéis sin esfuerzo, sin haber tenido que molestaros para conseguirlas.

La mayor parte de los hombres, antes de ocuparse en atender á otros, se ven, por la necesidad de la suerte, obligados á atenderse á sí mismos. Deben seguir trabajosamente una carrera, crearse una fortuna, obtener una colocación, pensar en el porvenir de sus hijos, y ¡cuántos hay que no pueden mirar tan adelante, que tienen que vivir al día, encorvados bajo su trabajo, y sin pensar en el día de mañana, ganar con que vivir al presente!

Pues bien, ¡cosa singular! entre éstos es entre quienes se encuentran los más generosos y los más decididos para todas las grandes obras... Ellos se arreglan para encontrar la hora más á propósito para ir á casa del obrero y del pobre;

y si es preciso, se la quitarán del sueño y del honesto recreo. Ellos saben hallar el dinero necesario para aliviar su miseria... se privarán de diversiones, y ¿quién sabe? tal vez acortarán su propia ración; pero darán. Las grandes creaciones de la caridad en los últimos siglos son obra de un hombre que no tenía un céntimo, de un hijo de un pobre aldeano y porquero en su juventud, son obra de San Vicente de Paúl.

Y en nuestros días, la admirable, la incomparable institución de las Hermanitas de los Pobres, que recoge y abriga, mantiene y consuela actualmente á más de 50.000 ancianos abandonados, ha salido del corazón de una criada de un pueblo, que no tenía por toda fortuna más que su rosario y su devocionario.

¡Qué ejemplos!... ¡Oh ricos! ¡oh ricos! si quisierais, ¿qué cosas no haríais?

La mejor parte de mi vida, Señores, he estado consagrado á la educación de los jóvenes, y siempre me acuerdo con emoción del tiempo que he pasado en servirles. Al verles crecer ante mis ojos, ¡cuántas veces he pensado en el papel que más tarde habrían de desempeñar en el mundo! Como nos gusta siempre desco-

rrer el velo que oculta el porvenir, yo me figuraba contemplar en lontananza cómo se desarrollaban sus destinos... ¡Cuántas veces esperé grandes cosas!... y después... ¡qué triste desencanto! Gracia, talento, salud, fortuna, carácter: todo lo tenían; y todo ello iba luego á perderse y abismarse en el vacío de las frivolidades mundanas.

Diez años después, al encontrar alguno de sus compañeros de clase ó de estudio, lleno de interés me apresuraba á preguntarle:

«Y fulano, ¿qué hace?» Y fúnebre como toque de muerto, escuchaba la respuesta: «Nada.»

Ó bien: «Acaba de batirse en duelo. ¡Cuestión de faldas!»

Y á veces: «Hace dos días perdió al juego en una sola noche 70.000 francos.»

Y también: «Se ha ido de expedición á la India á caza de tigres.»

¡Oh! ¡cuán profundamente lacerada se siente entonces el alma!

¿Les ha hecho Dios ricos para eso?

¿Y qué queréis que haga de semejantes hombres la sociedad?

Entre aquellos jóvenes hay uno cuyo triste recuerdo me conmueve cada vez más. ¡Le quería yo tanto! Era bueno, cariñoso, de una franqueza encantadora, muy aplicado y de un talento

extraordinario. Apenas salido del colegio, se dejó llevar de la fatal seducción del mundo; en la Universidad llegó á contraer deudas por valor de 20.000 francos. Su padre pagó; pero prevenido por este golpe indicador de lo que iba á ser de su raza, el pobre anciano, herido en el corazón, murió de pena... El hijo se apresuró á salir de la patria potestad: á despecho de su madre, se casó. Al poco tiempo Dios le llevó su esposa, compadecido sin duda de la pobre criatura. Él continuó su vida. Un día le volví á ver cuando el infeliz acababa de pasar la noche en el baile y después del baile en el juego. En sus labios se dibujaba una sonrisa triste: ¡supe en el mismo día que aquella noche había pedido prestados cinco luises al cafetero del círculo!... y así continuó, hasta que llegó al extremo, ¡y hoy día, ocultando su nombre, pues era uno de los más nobles de nuestras provincias, está limpiando vasos en una cervecería de París!...

Otra vez os pregunto: ¿qué queréis que haga la sociedad de ese pobre mozo?

Bien sé que estos son casos excepcionales, y que generalmente se evita el llegar á tales extremos. Pero decidme con toda franqueza:

Arreglar los gastos de casa de modo que no excedan á las rentas, y aun enriquecerse constantemente gastando algo menos, y por lo de-

más, montar con maestría sus caballos, dirigir con destreza sus coches, frecuentar con aplauso los salones, el club, los teatros y los circos, tener abiertas en verano sus *villas* ó casas de campo y en invierno sus hoteles, veranear todo el tiempo que plazca en los establecimientos balnearios ó en las playas del mar, saber llevar adelante una intriga con toda la cautela necesaria para que no sufra menoscabo la buena reputación, ni pueda nadie convertirla en materia explotable, firmar sus cuentas ó autorizar para ello á sus administradores, hacer por sí mismo la elección de los mejores puros habanos y de los vinos más exquisitos... cazar, comer, beber y divertirse; decidme, repito, ¿creéis que eso basta para el debido empleo de la vida... que eso sea suficiente para conservar el honor?...

¿Y por quién habéis tomado á Dios si creéis que os va á dejar vivir á vuestro capricho sin responsabilidad ninguna? ¿No veis que á cada paso él desmenuza esas potencias, derriba esas grandezas, hace que se derrumben en el polvo esas antiguas casas que habían desafiado á los siglos, y arranca y barre con un soplo de viento esas nobles razas que parecían arraigadas en la historia?

¿Y por qué, por qué?

¡Ah! El por qué se halla escrito manifiesta-

mente en la Sagrada Escritura: *Factio lascivientium auferetur.*

Dejadme que os lo diga, porque esta verdad llena mi mente y se desborda de mi corazón.

El trabajo es vuestra ley, como es la ley de toda criatura humana. Nadie ha venido á este mundo para gozar. Á todos y á cada uno se nos ha dicho: «¡Comerás el pan con el sudor de tu rostro!» *In sudore vultus tui vesceris pane!*... Y ya que á vosotros se os da ese pan sin que tengáis que adquirirlo con el trabajo material que otros, emplead vuestra energía en favor de los demás, trabajad para vuestros hermanos, trabajad para la sociedad, trabajad para el porvenir de los pueblos. Por lo demás, tenéis á la vista magníficos ejemplos; podría citaros nombres ilustres que el pueblo acogería con hurras y bendiciones.

Imitadles, Señores; sobre todo vosotros, jóvenes, que tenéis delante toda vuestra vida ofreciéndoo ancho campo á vuestras empresas, trabajad, trabajad, no os dejéis invadir por la lepra de la holgazanería; tened cuidado de vuestro honor... no arrojéis á los vientos frívolos del mundo todas las energías y todas las generosidades de vuestros corazones, trabajad, trabajad para que de vosotros quede algo más que un poco de polvo despreciado, y sobre vuestras

tumbas, encima del escudo de vuestros antepasados, se puedan grabar estas hermosas palabras: «¡Cumplió en vida con su deber!»

Resta la tercera razón, la razón más interesante, que os impone el deber de trabajar en la reforma social. Y es que, después de todo, os va en ello vuestra suerte. *Tua res agitur.*

El gran nudo de la cuestión, lo que se juega y arriesga en la batalla son vuestras riquezas...

Es en efecto evidente, Señores, que el blanco hacia el cual dirige sus miradas el pueblo, el término adonde quiere llegar, su sueño, si queréis, pero un sueño que sale de sus entrañas y que ha impregnado hasta la médula de sus huesos, su sueño es una nueva repartición de la riqueza.

Ahora bien; de cualquier modo que á eso se llegue, ya sea por procedimientos pacíficos, ya por violencias revolucionarias, es manifiesto que los paganos habéis de ser vosotros.

Á quien no tiene nada, claro es que nada le podrán quitar, y la multitud de los que viven de su trabajo podría en rigor desentenderse de la contienda; siempre les quedará ese trabajo que constituye su medio de subsistencia. No tendrán que emprender vida nueva... una vez

pasada la crisis, se entregarán otra vez á su labor material ó mental, y podrán vivir como antes. Pero vosotros cuya vida no se apoya en el trabajo, vosotros que tenéis vuestra subsistencia en vuestras fortunas... ¿no veis que es vuestra vida misma la que se halla amenazada?... ¿Qué haríais si sobreviniera el socialismo ó el comunismo triunfante?... ¿Qué haríais si vuestras heredades fueran, como en el siglo pasado, vendidas en pública subasta, ó lo que es más probable, porque las ideas han avanzado, repartidas entre los revolucionarios vencedores?

Muchos ganarían en el cambio, vosotros por precisión tendríais que perder en él. No, no es al que tiene poco, ni al trabajador, á quien los descontentos, los necesitados y los hambrientos tienen odio, es al rico; y es sumamente instructivo el ver cómo lo entienden.

¿Os acordáis de una serie de atentados que, cometidos casi en el mismo día y á la misma hora en una de las grandes ciudades de nuestro país, sembraron el espanto en todo el reino? Parecía que no se oía más que el estruendo de las espantosas explosiones de dinamita, y todo el mundo se preguntaba hasta dónde llegaría aquella repentina efervescencia del crimen.

Uno de los cartuchos de dinamita hizo explosión en un hotel, ¿y por qué? Era un miste-

rio... Nada le señalaba á una venganza. Cuando se preguntó al culpable ¿por qué se había ensañado contra aquel edificio? respondió: «Porque tenía en las ventanas cortinas elegantes.»

Las cortinas, por elegantes que fuesen, no tenían nada que ver con lo de adentro... no eran más que un signo... el signo de la fortuna, y á la fortuna es á la que se odia; contra ella, pues, contra ella sola iba dirigido el tiro.

Hace poco leía yo un libro titulado: *Del problema de la miseria*. ¿y sabéis la solución que allí se daba á tal problema? Vedla aquí: «La miseria procede siempre de la riqueza, en el sentido de que ésta jamás quiere—pudiendo siempre hacerlo—hacer lo que la miseria tiene derecho á exigir de ella: prestarle ayuda para vivir. La existencia de la una tiene su origen—como sus excesos tienen su justificación y sus extravíos su excusa—en la ciega codicia de la otra y en su obstinado egoísmo.»

Vuestro interés y vuestra obligación van, pues, de acuerdo, Señores, para gritaros: ¡Trabajad! ¡trabajad! ¡Obrad! ¡obrad! ¡y obrad pronto! porque los tiempos peligrosos se aproximan aceleradamente. ¡Apresuraos! ¡apresuraos! porque la marea sube y en el cielo sombrío se acumulan negros nubarrones.

Pero ¿qué hacer?

Voy á decíroslo.

Es preciso, en primer lugar, dar algo de vuestra fortuna. Después, y sobre todo, dar algo de vuestras personas. ¡Vuestro oro y vuestro corazón!

Dar algo de vuestra fortuna gratuitamente, impulsados por vuestro corazón y por vuestro amor. Eso, eso es la caridad, eso es la limosna. Es propio de la caridad el que nada os fuerce á hacerlo y el que no esperéis en retorno de ello gracias ni beneficios. Ya lo hizo notar Cicerón, escribiendo acerca de la caridad estas magníficas palabras: *Carum ipsum verbum est amoris ex quo amicitiae nomen est ductum...* La expresión *caro* (de donde se deriva caridad) es una palabra de amor de la cual proviene el nombre de *amistad*... Porque si en la caridad buscamos nuestro provecho y no el bien de aquel á quien amamos, no habrá ya en tal acción más que un préstamo á interés, una manera de comercio, en que cambiaremos mutuamente nuestras ventajas. *Mercatura quaedam utilitatum suarum.*

Hominum caritas et amicitia gratuita est. La caridad y la amistad de los hombres son gratuitas. Entre hombres, la caridad lo mismo que la amistad es un don gratuito.

¡Y qué bien lo comprenden las almas verdaderamente cristianas!

Permitidme citaros un rasgo que á mí me parece el ideal de la caridad así comprendida.

Un honrado obrero, padre de familia, trabajador y animoso, había visto caer una tras otra todas las desgracias sobre su cabeza... hasta llegar á verse obligado por la justicia á dejar su casita, á vender su taller, sus herramientas, sus muebles, todo lo que le servía para ganar el pan, á fin de satisfacer á sus acreedores ¡que andaban en coche! Para salvarle hubieran sido necesarios al menos 1.500 francos... y mejor aún 2.000... con éstos hubiera salido á flote.

Los pidió no en don, sino en préstamo, y en préstamo sincero, pues como he dicho era un hombre honrado y laborioso, y había calculado que, una vez en pie, su trabajo le permitiría devolverlos en tres ó cuatro años.

Un rico, de corazón verdaderamente cristiano, se los adelantó, y el obrero, por toda paga, le firmó un recibo reconociendo su deuda. Con este anticipo pagó su alquiler y todo cuanto debía, y con el resto el pobre hombre compró una partidita de madera para reanudar sus trabajos. Pero ¡ay! no llegaron los encargos, y era preciso vivir. Le cayó enfermo un hijo, y fué preciso pagar al médico y las recetas al boticario...

¡y había que continuar viviendo! Entonces, viendo llorar á su mujer y á sus hijos, vendió su madera inútil, y luego sus herramientas, y después sus muebles, y despojado de todo se fué á casa del rico.

«¡Ah! señor—le dijo—bien sabe Dios que yo quería devolveros los 2.000 francos que me habíais prestado, pero la suerte me es contraria, he luchado en vano; ya no tengo nada, lo he vendido todo, y ahora me veo precisado á ir pidiendo por esos mundos de Dios para dar de comer á mi mujer y á mis hijos.»

El rico, lejos de recibirle mal, «¡pobre amigo mío—le dijo—todo eso es mucho más triste para vos que para mí!...» Y dirigiéndose á su escritorio y cogiendo el recibo de la deuda se lo entregó, dándole encima un billete de 100 francos.

Contaba yo un día este rasgo con admiración delante de otro rico. «¡Bah!—me dijo éste—debiera haberle puesto á flote por segunda vez.»

Quedé sorprendido de tan generoso arranque. Pero algún tiempo después, pidiéndole yo á él mismo una limosna para otro pobre, me dió ¡100... céntimos! «Los tiempos eran malos, los negocios no iban bien...» ¡La muletilla y excusas consabidas!...

Esta caridad es el don gratuito y hecho de buen grado. Pero hay otra manera de repartir la fortuna, que aun cuando todavía no sea hoy de uso corriente, amenaza entrar bien pronto en las costumbres, y á la cual sería conveniente, á mi juicio, que se conformara toda alma cristiana. Voy á explicarme muy claramente, para que no se tergiverse mi pensamiento.

Vuelvo otra vez á mi punto de partida, Señores. La causa inmediata del malestar social en que nos agitamos, es la falta de equilibrio en la repartición de la riqueza pública. El Papa la señala en términos enérgicos, y no hay un solo economista que no vea en ella un peligro inminente para la sociedad contemporánea.

Si se tuvieran en algún punto reservados los tesoros de Golcondo, se podría acudir á ellos y sacar lo necesario, y sin quitar nada de arriba, añadir un poco abajo. La solución en este caso se encontraría hecha y quedaría restablecido el equilibrio. Pero así como no se crea la fuerza, tampoco se crea la riqueza: se transforma y pasa de un lugar á otro, á esto se reduce todo. La única solución posible, por consiguiente, es añadir abajo, claro está, pero tomándolo de arriba. No hay otro recurso.

Y á eso miran cuantos se preocupan del porvenir.

Siento mucho tener que decíroslo, pero las cosas son así. Todos los que se afanan por salvar la sociedad de la crisis que la acongoja, tratan de esquilarnos. Amigos y enemigos están de acuerdo en este punto; sólo que los primeros se contentarían con que por vosotros mismos os desprendierais de algunas gruesas vedijas pendientes, inútiles y que os afean; mientras que los segundos quieren arrancaros, á pesar vuestro, todo el vellón y no rehusarían tomar la piel por añadidura.

Mas ¿cómo quitar de arriba para añadir abajo? ¿Cuál es el medio? He ahí la cuestión.

No es que falten medios; pero ¿dónde está el bueno, el que pueda restablecer el equilibrio sin violencia, sin sacudidas, sin rompimientos, evitando esas oscilaciones dolorosas, esos altos y bajos tan ocasionados á desórdenes y conflictos?

Dejemos á un lado los medios revolucionarios. Esos están al servicio de todas las malas causas que recurren á ellos, reemplazan un desorden por otro desorden, y dejando eternamente en pie y clamando al cielo la protesta del derecho violado, provocan tarde ó temprano el fuego y la sangre de las represalias.

Notemos, sin embargo, que esos medios forman uno de los elementos de la historia huma-

na, que entran permisivamente como instrumentos en los planes de la Providencia divina... y que el tiempo, que no tiene fuerza suficiente para consagrar la iniquidad, á la larga concluye, sin embargo, por echar sobre ella las sombras del olvido y del silencio.

Dejemos, pues, á un lado los medios violentos, el arma de las revoluciones, y ese robo preconizado por las turbas y las naciones poderosas, que por más que se le denomine con los más decorosos nombres, siempre será robo.

Pasemos á los medios legales y pacíficos. Pero exclamaréis: «¿Cómo, ¡medios legales de quitarnos nuestros bienes!? ¡Si no los hay, si no puede haberlos!... ¿Qué hacéis, pues, del derecho de propiedad y del séptimo precepto del Decálogo: «No hurtarás!»

¡Oh! Señores, ciertamente, jamás seré yo quien bata en brecha ese principio ni ese derecho. Pero yo no sé si vosotros lo entendéis bien y si encierra en verdad todas las conclusiones que de él queréis deducir. Conviene no olvidar que los bienes de la tierra han sido para utilidad de todos. Si llegara, pues, á suceder que la propiedad privada los apartase de su fin para hacerles servir á la utilidad y al bien de uno solo ó de un pequeño número, perdería á la vez su título legítimo... Caducaría su derecho.

Cuando se quiere establecer en derecho natural el principio de propiedad, se parte de este hecho, que siendo la riqueza fruto del trabajo personal, se hace propiedad de la persona. Y bajo esta forma el principio es absolutamente inatacable.

De igual modo, es fácil probar que cierta acumulación de riqueza, fruto de un trabajo personal más intenso ó más hábil, es perfectamente legítimo; sirve para dar una seguridad para el porvenir y un desahogo de vida que el hombre puede razonablemente proporcionarse. Esto también me parece inatacable.

Mas cuando esta acumulación traspasa toda medida razonable, cuando llega á ser absolutamente exorbitante, cuando excede los límites no sólo de las exigencias presentes sino de las probables contingencias más desastrosas del más lejano porvenir..., cuando esteriliza en provecho de uno solo ese suelo, esa tierra, esa riqueza dada para bien de todos, cuando cesa de ser un bien para el público y se convierte para él en un peligro, entonces la legitimidad de ese amontonamiento inútil me parece mucho menos evidente, mucho más difícil de sostener, y hasta os diré sin ocultarlo que yo la negaría, si supiera dónde fijar el límite.

Yo puedo evidentemente hacer mi provisión

de trigo, y si soy comerciante llenar mis trojes, graneros y almacenes... Sin embargo, hay un límite en que me detienen todas las leyes y todas las sociedades, en que ya no soy ni comerciante, ni propietario, sino acaparador, en que ya no sirvo á mi país ni á mi pueblo, sino que exploto su hambre.

Ya lo veis, vuestro derecho no carece de límites.

Si en una sociedad determinada, la ley existente permitiera traspasar esos límites é hiciera reinar en la repartición de la riqueza esas desigualdades fatales que hacen zozobrar á la nación, sería preciso... ¿qué, Señores?... ¿Buscar el restablecimiento del roto equilibrio en los grandes trastornos de las revoluciones sangrientas?... ¡Jamás! Las sociedades no se curan con eso; antes bien se destruyen. ¡No! mas entonces debería ser la preocupación urgente de los sabios el buscar leyes nuevas que por medio del empleo pacífico y sin violencias del impuesto y del fisco hiciesen volver lentamente al fiel la desequilibrada balanza; y leyes que, una vez restablecido el equilibrio, le asegurasen y fijasen entre ligeras variaciones, no permitiéndole más que oscilaciones inofensivas.

Á esto se ha llegado ya en muchas sociedades europeas; y de ahí han salido el impuesto pro-

gresivo sobre la fortuna—á veces en razón geométrica muy fuerte—y las nuevas leyes—onerosísimas á veces—acerca de la transmisión de la riqueza entre vivos ó por herencia... Sin negar la propiedad privada, estas leyes la limitan y la vinculan.

¿Qué significa todo esto, Señores?

Una sola cosa, y es que por encima de todos los derechos personales y privados del individuo está dominándolos y regulándolos el derecho superior del pueblo y de la sociedad. Ese derecho es el que hay que asegurar y defender; y si para asegurarle y defenderle es preciso sacrificar vuestros derechos privados, sacrificadlos, tal es vuestro deber.

Se ha dicho del derecho romano esta bella frase: que era «la razón escrita.» La propiedad, según él, era sagrada; pero tenía fijado un límite máximo. Las tierras asignadas en el campo romano, *ager romanus*, tenían sus límites demarcados por los augures, y cada patricio no tenía en él más que un lote solo de dos yugadas (*juge-ra*)—una media hectárea próximamente—en tiempo de Rómulo, y de siete yugadas—cerca de dos hectáreas—después de la expulsión de los Reyes.

Las tierras conquistadas, el *ager publicus*, formaban el dominio nacional; el Estado las vendía ó las arrendaba á ciudadanos pobres ó á soldados; pero no cedía su propiedad, y las entregaba en concesión enfitéutica.

Á la larga, sin embargo, sucedió lo que sucederá fatalmente en todas las sociedades donde no reine la caridad de Cristo, sucedió que, merced á la usura, todas las tierras pasaron á manos de algunos ricos, y que la masa del pueblo se quedó sin nada. *Latifundia perdidere Italiam*.

¿Dónde se encontró el remedio? En las leyes agrarias. No eran éstas, como han dado algunos en decir, la reglamentación de un repartimiento... ¡No! ellas no tocaban á la propiedad sagrada del *ager romanus*; solamente regulaban la posesión de los bienes comunales. Recordad la ley de Licinio Stolón. Disponía ésta en primer lugar que nadie poseyera más de 500 yugadas por cabeza. Después señalaba el número máximo de cabezas de ganado que podían tener en los pastos, y otras cosas semejantes.

Esta ley colocaba la pequeña propiedad al lado de la grande, contenía al rico en sus ambiciones y satisfacía al pobre en sus deseos, y hubiera, en fin, salvado la república.

Mas los ricos no se resignaron con ella. Bajaron la cabeza, porque era preciso, pero para

mejor buscar un resquicio ó alguna rotura en las mallas, por donde escapar.

Y hallaron mil... ¡Oh miseria humana! Uno de los primeros que por allí pasó fué el mismo Licinio Stolon. Hizo inscribir 500 yugadas á su nombre y otras 500 á nombre de su hijo, emancipado para este fin.

¿Qué sucedió entonces?

Lejos de mitigarse el mal, se empeoró. Esto pasaba en 378. En 133 los Gracos trataron de hacer revivir esta ley que había nacido muerta; y mueren con ella ellos mismos. Entonces vienen Mario, Sila y los Triunviros... Los soldados y los pobres se lanzan sobre Italia, 120.000 legionarios se reparten las tierras más fértiles de la península, echando de ellas á los propietarios, patricios y senadores, los degüellan si resisten, y arrojándolos á puntapiés se instalan en sus palacios y soberbias villas, gritando: «¡Atrás, atrás, decrepitos ricos de antaño; ahora vuestros antiguos bienes son nuestros!»

Haec mea sunt, veteres migrate coloni!

Y los ricos huían proscritos, malditos, contentos si podían escapar de la espada.

Nos patriae fines et dulcia linquimus arva

 *en quo discordia cives*
Perduxit miseros.

Aquel magnífico Senado de Roma no había querido escuchar nada; «diríase que tocar aun indirectamente al derecho que los grandes se habían arrogado, de apoderarse de todos los bienes que les convinieran, era una flagrante violación de la propiedad de los *quirites*. Las únicas concesiones que, según ellos, hubieran podido y debido hacerse al pueblo en el *ager publicus*, eran aquellas que ellos mismos juzgaran á propósito hacer.»

A dónde los condujo aquella obstinación, os lo he acabado de decir.

Pero nosotros no nos hallamos en el mismo caso, me diréis.

¡No! y quiero esperar que nos hallemos muy lejos de él. No obstante, Señores, si llegara esa hora sabed resignaros á esos sacrificios que salvan con más prudencia y cordura que la que manifestaron los grandes y nobles de Roma.

¡No! no nos hallamos aún en igual caso; el pueblo, en su mayor parte al menos, no sueña en leyes agrarias. Mas ¡cuántas cuestiones se hallan hoy á la orden del día, exigiendo de vosotros, no ya sólo el don de la caridad, sino también la cesión forzosa, ó poco menos, de una parte del rigor de vuestros mismos derechos: Salario mínimo, elevación del salario, participa-

ción en los beneficios!... ¡He ahí palabras preñadas de tempestades!

Esas palabras se han abierto camino y cada día avanzan más. Y al presente, observadlo bien, ya no es sólo el obrero revolucionario quien se pone frente á vosotros, es también el obrero honrado, leal, laborioso y esforzado; y no apela á la violencia, sino á su derecho; no se os presenta con la amenaza en los labios, sino que os habla con el respeto que os debe y con la noble dignidad que se debe á sí mismo.

Vedlos, á miles, bajo los pliegues de sus banderas bendecidas al pie del altar... vedlos: salen del templo, adonde han ido á suplicar á Jesucristo, ¡el Obrero-Dios! su hermano; pues con verdad pueden llamarle su hermano, teniendo Jesús encallecidas sus manos y fatigados sus brazos por el manejo de los rudos instrumentos del trabajo.

¡Ah! hubiera sido extraño que no los amara con predilección Jesucristo, á ellos, trabajadores como Él.

Esos trabajadores vienen y os piden:

Que mejoréis su suerte elevando su salario; que haya más equidad en la repartición de lo que corresponde al capital y lo que se debe al trabajo; que os pongáis de acuerdo con ellos; que los escuchéis cuando estáis decidiendo de

su suerte y de su vida. Os piden que los protejáis contra los explotadores avaros, fijando en vuestras industrias el *mínimum* del precio que se ha de pagar á su trabajo.

Y aun ha sucedido que algunos han reclamado también, todavía un poco vagamente por ahora, mas no está lejano el día en que precisarán su pensamiento; han reclamado, repito, una participación en vuestros beneficios, participación cuya proporcionalidad habría que discutir. No entra eso en sus derechos, bien lo sé, y por esto lo piden hoy sólo en súplica; ¿quién sabe si algún día no lograrán imponérselo? No ignoro que la cuestión tiene sus dificultades; pero se han resuelto ya tantas veces, y en condiciones tan diversas, y con tan buen resultado, que no dudo que puedan resolverse siempre... cuando se quiera resolverlas bien.

¿Habéis reflexionado alguna vez sobre el alcance moralizador de esa repartición proporcional de los beneficios? Llega hasta el fondo de la cuestión social. Destruye de un golpe el antagonismo entre el patrón y el obrero, entre el capital y el trabajo; de dos enemigos hace dos asociados, confunde sus intereses, y, en vez de la guerra, hace reinar la paz... ¡Ahí quizás se encuentre la salvación!

Para moler el trigo en Roma los ricos se va-

lían de los esclavos, y para que, al dar vueltas á la tahona, no comieran algunos granos, les ponían al cuello una especie de argolla muy saliente que les impedía llevar las manos á la boca.

¡Eso es el hombre! y es probable que el maligno que inventara semejante argolla se fro-tase las manos de gusto, diciéndose: «¡Ahora sí que he hecho mi negocio; ya no comerán mi trigo!»

¿Queréis vosotros ahora escuchar la voz de Dios?

Dios en los Sagrados Libros ha hecho escribir estas palabras: «No atarás la boca al buey que trilla. Déjale que al pasar tome su bocado.»

Pues bien, ante esas nuevas exigencias, por excesivas que os parecieren, sed una vez más generosos; dad, seguid dando, sacrificaos. ¡No hay grandeza sino en el sacrificio de sí mismo por los demás!

¡Sacrificaos... para salvaros!

Porque de otra suerte ved lo que va á suceder, lo que está ya sucediendo.

El obrero ha comprendido que ante todo y sobre todo nada importaba tanto como contar consigo mismo y sólo consigo. «Ayúdate» es la primera mitad del proverbio. Se ha consti-

tuido, pues, para empezar, en sociedades cooperativas de consumo, lo cual ha reducido sus gastos.

Esto, ya os lo he dicho, es la ruina ó poco menos de todo el comercio al por menor; el desastre para toda una clase social importante, trabajadora, generalmente honrada, tal vez demasiado ávida de ganancias, pero con frecuencia obligada á resarcirse de ese modo de todos los créditos aleatorios á los cuales se ve forzada.

¿Qué queríais, sin embargo, que hiciera el obrero?... para él eso era un primer paso para su emancipación.

Á las sociedades cooperativas de consumo ha añadido bien pronto las sociedades de seguros contra la enfermedad y los accidentes del trabajo, contra la huelga ó paralización de labores y demás.

Sociedades ya de resistencia, Señores, por más que os desagrade la palabra.

Hasta tanto que su educación económica y sus recursos le permitan inaugurar con éxito las sociedades cooperativas de producción, ved cómo se extienden, cual un reguero de pólvora, las uniones profesionales, los sindicatos de oficios particulares, los antiguos gremios resucitados bajo formas contemporáneas... Y á dónde le va á conducir esa agrupación de fuerzas espar-

cidas, el obrero lo sabe muy bien, y espera su hora... ¡Y será fuerte!... fuerte ¿contra quién?... ¡Contra vosotros!

Cuando estén organizadas esas grandes familias, esas grandes potencias de los trabajadores, entonces serán ellos, y no vosotros, los que fijen su salario y su parte de los beneficios, y respetuosos, pero intransigentes, os darán á elegir entre aceptarlo ó rechazarlo. Entonces os exigirán lo que hoy día se contentan con pedir, y vosotros estaréis á merced suya.

Y no os irritéis, Señores, por ese movimiento de asociación que se difunde entre las clases obreras. En primer lugar, es enteramente inútil vuestro enojo; no detendrá ese movimiento: y ese movimiento por otra parte es fatal en la presente situación.

Cierto es que tal movimiento puede llegar á ser peligroso, si no es bien dirigido. Mas por eso mismo vuestro deber peculiar es tomar parte en él para poder dirigirle á su tiempo y apartarle de los excesos adonde podría conducir. Ricos, tomadle bajo vuestro patronato, y no llevéis á mal que esa fuerza de asociación que os ha permitido elevar al décuplo la producción y el beneficio de vuestras industrias, favorezca también á los pequeños y al obrero, y aumente un poco su miserable ahorro, que es toda su fortuna.

Finalmente, y con esto concluyo. Dad no sólo el espontáneo tributo de vuestra limosna, no sólo vuestra resignación y grata conformidad á sacrificios un tanto forzosos... ¡dad sobre todo algo de vosotros mismos, dadles á los pobres obreros vuestras personas!

¡Ah! Señores, ¿por qué os aisláis de esa suerte en el mundo?... ¿por qué tenéis tanta repugnancia en descender hasta el pueblo?... ¡Seríais tan fácilmente amados!... ¡y es tan delicioso sentirse amado!

No quiero insistir largamente sobre este punto, reservándome el tratar de él, y por extenso, cuando os hable de la caridad personal. Pero permitidme contaros un rasgo.

Estaba yo en casa de uno de mis amigos, y después de un paseo por el parque, fuimos á ver la aldea. No pasaba un solo paisano, ni un obrero, sin que mi amigo le saludara por su nombre, añadiendo algunas buenas palabras de afecto, una pregunta acerca de la salud de la mujer y los hijos, sobre la esperanza de la cosecha, el estado del ganado y cosas semejantes, terminando frecuentemente con un apretón de manos. Esto no disminuía en nada sus rentas, y en cambio le hacía querido de todos. No había enfermo, aunque fuera en la choza más pobre, á quien no fuera á visitar; cuando no podía él, le reempla-

zaba en estas visitas su esposa ó su madre; tenía en el palacio un botiquín completo y pipas de vino para los convalecientes... Todo el mundo lo sabía, y acudían allá con entera confianza. El palacio no era solamente la casa del señor, era también la casa del pobre, el refugio universal de todos los necesitados. Como prolongábamos el paseo, su señora y su madre, un poco cansadas, tomaron un atajo, dándonos cita para el «castillo de la Viuda.»

Este «castillo de la Viuda» excitaba mi curiosidad, y esperaba con impaciencia llegar á él.

Á la vuelta de un camino: «Vedle allí,» me dijo. Era una pobre choza, en parte de ladrillos y en parte de tapias, con tejado de paja; un cuartito y en el fondo una alcoba, al lado una cocinita y un establo para cabras. Aquello era el «castillo de la Viuda.» «Cuando la viuda perdió á su marido — me dijo — no podía la pobre pagar ya el alquiler y se vió amenazada de ser puesta en la calle. Entonces compré yo la choza y dejé en ella á la pobre mujer. Poseo, sin arruinarme, cinco ó seis castillos de este género.»

Entramos agachándonos, porque la entrada era muy baja, y yo contemplé... un cuadro que quisiera poder pintaros.

Ante el hogar, en que sobre grandes troncos de encina había una marmita negra en la cual

hervían unas patatas, se hallaba sentada la Condesa calentando sus pies húmedos por el rocío de la yerba; junto á ella, su madre había tomado la media que estaba haciendo, y á la vez que hablaba, hacía deslizar entre sus dedos las agujas y el grueso hilo de lana, y delante de las dos señoras la viuda con un niño pequeño en los brazos y otro mayorcito agarrado y medio escondido entre los pliegues de su saya, recordaba su abandono y su miseria.

Al ver esto, sintiendo una emoción que no olvidaré jamás, me pareció que se estaba desarrollando ante mis ojos una página del Evangelio. Porque eso es el Evangelio, Señores, y el que no lo comprenda así, no tiene el sentido de la caridad de Cristo.

¡Ah! ¡Señores Socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl, vosotros le tenéis, vosotros tenéis el sentido de esa caridad divina, porque habéis comprendido que lo que es preciso dar sobre todo al pobre, más que la plata y que el oro, es vuestra mano y vuestro corazón! Vuestra mano, para levantarle de la abyección en que le ha sumido su infortunio; vuestro corazón, para hacerle gustar la única y verdadera dulzura de la vida, el amor.

Á vosotros nada tengo que enseñaros. Mas ¿por qué no se apresuran todos á seguir vues-

tros pasos y á formar en vuestras filas? ¿Por qué no os siguen todos á la miserable morada de esos pobres; por qué no se sientan con vosotros junto á ellos en sus sillas; por qué no derraman todos en ellos el bálsamo del consuelo que cura las heridas, y ese vino del respeto y de la amistad que eleva los ánimos abatidos?

¡Ah! ¡no saben ellos las incomparables delicias que el Dios de los pobres hace gustar á los que los aman!

Jóvenes, queridos jóvenes, á vosotros me dirijo una vez más, á vosotros que sois el porvenir y la esperanza social. Id, id al obrero y al pobre... primeramente porque ese es vuestro deber y que no se falta á un deber sin sufrir menoscabo en la dignidad y sin llevar un estigma ignominioso en la frente; después porque eso es bueno y grato al corazón, y que ni en vuestros salones, ni en vuestros círculos gustaréis alegrías y goces tan dulces y puros; y en fin, porque eso es útil... En el día de las iras y venganzas os será de sumo precio el que el pobre os ame, y que al veros pasar grite: «¡No le toquéis!... ¡ese nos quería!»

Señoras, al parecer no os he hablado absolutamente nada á vosotras esta noche; desengañaos sin embargo; de vosotras no se ha sepa-

rado un punto mi pensamiento. En esta cuestión social vuestro papel es inmenso, y en vosotras es en quienes la sociedad coloca su más sólida esperanza. Sois madres, y espera que comunicaréis á vuestros hijos esos grandes corazones siempre abiertos á las causas generosas. Espera que les haréis amar al obrero y al pobre, que les inspiraréis hacia esos hermanos desgraciados, no solamente la compasión, sino también el respeto y el deseo de aliviarles, que les haréis poner manos á la obra y servirles con amor.

Haced de ellos hombres de trabajo, hombres de acción, hombres de caridad; y no permitáis que arrastren en el mundo la frivolidad de una vida inútil para Dios y para sus semejantes.

Pero hay más, además del cetro de la maternidad vosotras lleváis otros cetros.

En otro tiempo los caballeros de pro, á mandobles y á botes de lanza se disputaban el honor de un premio que venía de vuestras manos. Hoy se hallan relegadas á las panoplias, las espadas y las lanzas; pero sois todavía las reinas de muchos torneos. Por favor, no deis el premio más que á los dignos. Y que únicamente sea digno á vuestros ojos el que trabaje, el que se abnegue, el que se sacrifique, y que en nuestras luchas contemporáneas, firme de pie en la brecha, combata los santos combates del deber.

Acordaos de aquellas mujeres antiguas, que viendo á sus esposos, á sus hijos, á sus hermanos remisos en correr al socorro de la patria, indignadas y valientes, ellas mismas cogían sus armas y escudos y se las ponían en las manos diciéndoles: «Id, volad en seguida, y volved vencedores con ellos, ó que sobre ellos os traigan muertos.»

Pues bien, enviad también vosotras vuestros caballeros al obrero y al pobre. Arrojadlos en medio de los pobres; arrojad á todos esos Hércules desocupados que están hilando á la rueca á los pies de Onfalia; decidles que su puesto no es entre los husos y las agujas, que sean hombres al fin, y que si quieren conquistar vuestro aprecio, procuren al menos que no tengáis que avergonzaros de ellos ante la sociedad.

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotismo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdones.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*

Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*



LA FE

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA FE

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:

SME me ha rogado que os hable esta noche en favor de las misiones católicas de Bengala.

¡No lo hago sin una emoción profunda!

¡Qué de recuerdos se agitan en mi memoria!...

Hace veinte años en esta misma sala, delante de estas mismas paredes, el primer Arzobispo de Bengala, Mons. Van Heule, se despedía de nosotros. Yo estaba ahí, donde estáis vosotros, á su lado. Había él recibido la consagración episcopal en nuestra iglesita de San Ignacio, y el gozo de esta gran fiesta había por un instante borrado de nuestros corazones el sentimiento de su partida. Llegó la hora: en un adiós más

íntimo nos dijo estas palabras, cuyo acento dulce y melancólico resuena todavía en mis oídos: «¡Obedezco y marchó! ¡Tengo vida para seis meses!»

Se engañaba, Señores. No habían pasado cinco meses... cuando como la llama de un reguero de pólvora se esparcía la fatal noticia: ¡Mons. Van Heule ha muerto!

El sol de Asia lo había matado.

¡Cuántos otros han muerto como él, devorados por la inclemencia de aquel cielo arrostrado por su celo apostólico!

Marchaban llenos de valor y sonriendo de esperanza. Los abrazábamos al partir... siniestros presentimientos embargaban nuestro corazón... y bien presto, aun anticipándose la realidad á nuestros temores, se nos decía de ellos como de Mons. Van Heule: ¡Ha muerto!

¡Allá reposan, lejos de nosotros, lejos de todos aquellos á quienes han amado, lejos de todos los recuerdos de la patria!...

Paréceme ver esas queridas sombras levantándose ante mí en este momento; me vienen á la memoria y á la imaginación sus fisonomías, su voz, su sonrisa, los años en que vivíamos juntos, acariciando los mismos sueños; y les oigo decir: «¡Hablad bien, porque vais á hablar por nosotros!...»

¿Y los vivos, Señores?... A todos aquellos hermanos que tengo allá tan lejos, á toda aquella familia ausente y amadísima... los veo en derredor de su Arzobispo...

¡Ah! ¡su Arzobispo, mi venerado maestro!... ¡también fui yo testigo de su despedida! Era en Namur, en el Colegio de la Paz. Los discípulos que dejaba le pedían que no los olvidase.

«¡Oh, hijos míos, les respondió, cómo podría olvidaros! Cuando se me preguntó qué inscripción había de grabarse en mi cruz pectoral, dije: «Nuestra Señora de la Paz;» os llevaré, pues, siempre sobre mi corazón. Cuando me preguntaron qué palabras había que grabar sobre el pie de mi cáliz, dije: «Nuestra Señora de la Paz;» os tendré, por tanto, muy presentes todos los días entre el cuerpo y la sangre de mi Dios.»

También él me parece que con todos los demás me alienta y me dice: «¡Hablad bien, porque vais á hablar por nosotros!»

¡Oh! sí, Señores, yo quisiera hablar bien, sí, yo quisiera conmover vuestras almas; yo quisiera hacer brotar en ellas los generosos entusiasmos que inspiran hasta el sacrificio por las grandes causas y las grandes obras.

¡El sacrificio!... ¿Qué hablo yo de sacrificio?... ¡oh! Señores, me confunde el remordimiento y la vergüenza...

¿Qué es lo que se me ha pedido á mí? Un discurso. ¿Qué es lo que yo os pido á vosotros? Una limosna. Y nada más. Yo voy á dar al viento unas pocas palabras cuyo eco habrá desaparecido bien pronto; vosotros vais á dar un poco de oro.

¿Y qué es lo que han dado ellos á la obra en favor de la cual os estoy hablando?... ¿Qué han dado ellos? ¡Su trabajo, su juventud, su sangre, su vida! Han sacrificado por ella su porvenir, su patria, todos los afectos más arraigados en su corazón!... Han partido, dejando aquí amistades tiernas, rotas para siempre..., hermanos y hermanas á cuyos hijos queridos no verán crecer, acaso á un padre... ¡oh gran Dios! tal vez á una madre que al morir les llamará en vano, cuya última bendición no podrán recibir postrados ante su lecho mortuorio, cuyos ojos no podrán cerrar!...

He ahí, Señores, lo que ellos han dado y lo que dan cada día.

La última expedición de misioneros — apenas hace tres meses que partió — contaba entre los expedicionarios á dos de mis amigos. Uno de ellos ha muerto ya... ¡Dios le tenga en su eterno descanso!... Al otro le vi algunos días antes que se embarcara; volvía de dar el último adiós á su familia, á su padre y á su madre que vivían

aún!... Había pasado tres días con ellos. «¡Oh, me decía, qué duras y acerbadas son estas despedidas! ¡Si hubiera sabido de antemano lo que les iba á costar, no hubiera ido á despedirme!»

Su madre le hacía sentar á su lado, y echando á su cuello su descarnado brazo, le contemplaba con una triste sonrisa y lloraba en silencio. Llegaba su padre al cuarto, y viendo á los dos en aquella escena muda, sentía partírsele el corazón, volvía la cabeza y se iba á llorar solol... Ni el uno ni la otra le hicieron la menor reconvención; eran cristianos y sacrificaban su hijo á su Dios, pero su pobre corazón se desgarraba... Le bendijeron, le abrazaron por última vez, y él sin poder articular palabra, se alejó!... Mas la prueba había sido demasiado fuerte para aquellos ancianos: no había recorrido la mitad de su camino el navío que conducía á su hijo, cuando el padre dejó esta vida mortal; y desde entonces la madre, sola, pide á Dios que la lleve también, pues ya no tiene nada que amar sobre la tierra!...

De nuevo lo repito, Señores; he ahí lo que ellos han dado.

¡Ah! ciertamente, si me hubiera propuesto hablaros de ellos esta noche, pintaros, después de los sufrimientos de la partida, las decepciones

de la llegada, sus trabajos en aquel suelo ingrato, sus peligros en medio de aquellos juncales en que se guarecen el jaguar y el tigre, sus viajes, su casita y su iglesia de techo de paja, las nacientes cristiandades que han fundado, los niños á quienes enseñan la doctrina, hubiera podido sin esfuerzo conmoveiros con estas sencillas descripciones... Pero, Señores, esos magnánimos y esos valientes hubieran llevado á mal que os entretuviera en referiros sus cosas. Ellos buscan el silencio y el olvido, se oscurecen, se ocultan para que aparezca mejor y resplandezca más la causa que les ha costado tantos sacrificios, tantas lágrimas, tanta sangre, la causa por la cual viven y mueren: la Fe.

Por esto quiero yo hablaros esta noche de la Fe.

¡La Fe!

Esta palabra que nosotros los fieles creyentes pronunciamos con respeto y noble orgullo, ¡por cuántos hombres de nuestra sociedad europea es acogida con una sonrisa desdeñosa!

Á la vez que marchan nuestros misioneros á predicarla y difundirla en todos los rincones del mundo, en medio de los pobres salvajes, ¡qué de apóstoles del error entre nosotros pasan su

vida en socavarla, en destruirla y aniquilarla en el corazón del pueblo!

À nuestros ojos una sociedad que abandona la Fe es una sociedad perdida, una sociedad que, á través de todas las decadencias, corre al salvajismo.

À sus ojos el mayor obstáculo á toda civilización, la mayor traba al progreso y al movimiento ascensional de los pueblos es la Fe.

La Fe es entre nosotros el signo de contradicción y la tea de la discordia: *Signum cui contradicetur.*

Hay aquí para el pensador atento un fenómeno extraño, y más extraño aún por la consideración siguiente:

¿Qué cosa más sencilla, para el hombre que cree, que el guardar su Fe en su alma y conservarla allí como un tesoro y no cuidarse de los demás, dejándoles que hagan lo que quieran? Mas no, en el corazón que la posee enciende indefectiblemente la Fe un deseo generoso que le devora: ¡el apostolado!

¿Qué cosa igualmente más sencilla, sobre todo para el hombre que no cree, que el reservarse para sí mismo la libertad de su pensamiento y dejar á los humildes y sencillos la Fe que les sostiene y les consuela? Mas no, también á él le aguijonea el estímulo de predi-

car; siéntese devorado por el proselitismo de la negación.

¡Presentadme una verdad científica afirmada por una parte y negada por otra, que provoque tales disensiones y tales combates!

En medio de esas luchas en que bajo diverso respecto somos á la vez testigos y actores, se llega hasta desconocer la misma noción de la Fe, y los que más la combaten son de ordinario los que menos la conocen. Á darles crédito diríase que entre la Fe y la razón humana existe un antagonismo radical; que en el momento que penetra en un alma la Fe, huye de ella la razón. Se compadecen de nosotros los creyentes, y con una conmiseración á veces sincera se preguntan cómo podemos resignarnos á la abdicación de nuestra inteligencia.

Si lo tenéis á bien, Señores, al estudiar el papel de la Fe en el alma humana, veremos si nuestra suerte es verdaderamente digna de tan grande compasión. No lo haré á la manera de teólogo ni de filósofo; tengo empeño esta noche en hacerme escuchar y comprender.

Hay para una madre una hora dulce entre todas, arrobadora y felicísima: es aquella en que su hijo, con palabras todavía mal formadas y

con frases graciosas por lo imperfectas, empieza á descubrirle el interior de su almita... Ella le comprende en su lenguaje ininteligible; él la pregunta y ella le responde. Este niño, que no sabe nada, siéntese ya ávido de aprender; ya su pequeña inteligencia, curiosa investigadora de la verdad, la busca, y pregunta. La madre, cuidadora de alimentar aquel pequeño espíritu, después de haber alimentado aquel pequeño cuerpo, le responde. Él la interroga sobre todo lo que ve, y sobre todo lo que toca, y sobre todo lo que oye, sobre lo que descubre y sobre lo que imagina... Y ella para todo tiene respuestas, sencillas pero seguras, y á veces profundas y sublimes. Ella no razona, afirma; enseña, no demuestra. Y el niño reposa sobre su palabra... ¡cree!

He ahí, Señores, al primer momento en que se abre el alma, la Fe, que se le presenta como su huésped natural, y entra en ella como en una morada hecha á su medida. El niño la acoge y la acepta; su espíritu se abre naturalmente á la afirmación de su madre, como poco antes se abrían naturalmente sus labios para buscar la leche. Porque en resumidas cuentas, ¿qué viene á ser el creer? Es aceptar la afirmación de otro, tenerla por verdadera y reposar en ella.

En aquella hora y por la Fe penetran en su

alma las primeras lecciones del deber, del honor y de la virtud; en aquella hora y por la Fe siembra la madre en su hijo todos los generosos instintos que puede abrigar la naturaleza humana.

Observad que nuestra lengua tiene una magnífica palabra para definir el trabajo de la madre sobre su hijo: ¡la madre le eleva, le educa!... (1), ella le desprende poco á poco de las bajas llanuras de la sensación y del instinto para llevarle á la región más alta y más pura en que habita la verdad intelectual y moral. Ella en verdad le eleva, y esta primera elevación en la vida le viene al niño por la Fe.

Pasemos adelante, Señores. Ved al niño, no ya entre las manos de su madre ó de su padre, sino entre las manos de su maestro. Ha dejado la familia, y ha ido al colegio, al ateneo, al liceo ó á la universidad en busca de nuevas luces.

Se le dice que todo verbo activo rige acusativo; lo cree y escribe: *Pater amat ac tuetur filium*. Se le dice que la capital de la China tiene 2.000.000 de habitantes; lo cree y repite

(1) Se funda el autor en la palabra francesa *élever*, que significa elevar y educar.

que Pekín tiene 2.000.000 de habitantes. Se le cuenta que el Asuero de la Sagrada Escritura es el Artaxerxes de los profanos: lo cree; que César derrotó á Pompeyo en Farsalia: lo cree; que Luis XIV dictó al Austria los tratados de Westfalia y de los Pirineos: lo cree; que Napoleón murió el 5 de Mayo de 1821 en Santa Elena: lo cree.

Cree, y vuelve á creer y siempre cree. Registrad, Señores, todo el programa de nuestros estudios de humanidades: de todas las ramas que en él se enseñan, una sola no se enseña por la Fe: las matemáticas... las matemáticas no se afirman, se demuestran. Pues bien, es tan natural la Fe al espíritu del niño, que ante esta nueva ciencia que exige un instrumento nuevo, generalmente se muestra rehacio, le cobra aversión y desprecio. Y aun á veces, á despecho de todos los esfuerzos de su maestro, busca un rodeo: aplica á la ciencia nueva el instrumento antiguo, al trabajo de razón sustituye un trabajo de memoria, y cambiando la naturaleza de las cosas, llega á hacer actos de fe sobre las proposiciones del álgebra y los teoremas de la geometría.

Vedle en plena universidad entre los alumnos de física. Su profesor realiza delante de él lo que se ha llamado con razón experimentos de curso, que vienen á ser experimentos hechos *grosso*

modo, en los cuales no hay reparo en sacrificar el rigor, la exactitud y la precisión absolutas; en que todo se reduce á que aparezca el fenómeno, sin buscar en su medida una aproximación ni aun remota... Ve aquello nuestro estudiante... ve de igual modo... por experimentos del mismo género... ¿qué?... ¿qué es lo que ve? En verdad, poco más ó menos, una milésima parte de lo que debe conocer... las otras 999 milésimas las cree por la afirmación de su maestro ó de un tratado clásico.

¿Comprueba él las medidas de Regnault acerca de la dilatación de los gases?... ¿Determina por sí la velocidad de la luz?... ¿Mide las franjas de Fresnel y la amplitud de las ondas?... ¡No! admite, acepta y tiene por verdadero lo que se le afirma: cree.

Si le siguiéramos en su curso de química, como le hemos seguido en el curso de física, y en las lecciones de anatomía ó de histología y en todos los cursos técnicos, cuyo conjunto constituye su carrera y vida universitaria, siempre vendríamos á parar al mismo resultado: ve muchas cosas; pero cree muchísimas otras más.

Y por cierto, Señores, que á esa edad el entendimiento ha adquirido suficiente desarrollo para plegarse al mecanismo del discurso, y sin embargo el joven llega á conseguir la mejor

parte de su ciencia por medio de la afirmación aceptada.

Y lo que digo de la educación del joven, podría con el mismo título decirlo de la educación de la joven: preguntadla sobre la inmensa mayoría de los conocimientos—á veces extensísimos—que ha adquirido en el convento ó en el colegio... y sólo podrá responderos: «Todo eso me lo ha enseñado y asegurado Sor Inés, ó la Madre Clementina ó D.^a Josefa.» Cree pues la joven como el joven cree; como él, ella acoge la afirmación de otro, la tiene por verdadera y en ella descansa.

En fin, Señores, sin entrar en más detalles, yo ruego á todo hombre de buena fe que se reconcentre en sí mismo y examine uno por uno todos los conocimientos que ha adquirido, y hecho este balance intelectual, que se pregunte cuántos de entre esos conocimientos le han venido por su propio discurso, por su propia observación, por su propia experiencia... Y se pasmará, Señores, de ver qué pequeño es el número de ellos... Todos los demás, el resto—y ese resto es inmenso—todo el resto le ha venido por la Fe. La Fe, pues, no cabe duda, es la gran educadora del hombre.

No se ha concluído todo. El joven ha terminado su educación, su elevación intelectual y moral, está ya formado y presto para la vida en adelante; miradle en la posición social que queráis, establecido en el mundo y volando en él con sus propias alas... ¿Romperá con la Fe?... ¡Ah! Señores, ese joven ó esos jóvenes ya establecidos en el mundo, sois vosotros, ¿no es así?... Pues bien, vosotros creéis á los periódicos, creéis á vuestro lacayo ó á vuestra camarera, creéis á las cartas que os escriben y á los telegramas que os dirigen, creéis al mensajero que os envían, creéis á los anuncios pegados en las esquinas de las calles, á las cotizaciones de las bolsas extranjeras, á los avisos de llegada y partida de los buques, al químico que hace vuestros análisis, al médico que visita á vuestros enfermos, al farmacéutico que elabora vuestras píldoras y prepara vuestras pociones; creéis á vuestros hijos, á vuestra mujer, á vuestros amigos; á los rumores que circulan por el público, á los secretos que se transmiten al oído; á esas historias que se cuentan muy por lo bajo con gestos de admiración y sonrisa maligna y que suelen sellarse con el misterioso: «Esto en confianza, ¿eh?... sólo para nuestro gobierno... mucho cuidado... que no lo sepa nadie más!...»

Observadlo bien, os veis forzados á creer...

En las circunstancias más sencillas de la vida, lo mismo que en las más solemnes, no tenéis otro guía que la Fe; tenéis que entregaros confiadamente á ella, ya lo sabéis, y ella os basta.

Cuando os encontráis en una ciudad desconocida, ¿no creéis al primer transeunte á quien preguntáis por una calle determinada?

Esto es fútil, Señores, y de poquísima importancia; mas ¡he aquí lo solemne y lo grave!

Hay en vuestra vida una hora... ¿qué digó? un instante, de una solemnidad sin igual, un instante rápido como el relámpago, que decide de vuestra existencia, de la dicha ó de la desdicha de vuestra vida entera... Ese joven, esa joven, allá, de rodillas, ante el altar, á los pies del sacerdote, va á decir una palabra, una sola, la más corta y más rápida de la lengua, y es negocio concluído... concluído para siempre; ya nada en adelante cambiará la suerte que se han forjado á sí propios; un momento antes eran libres; ahora vedles ya encadenados, y ni los cielos ni la tierra romperán esa cadena. Esa palabra, esa palabra tan corta, brota con frecuencia de un corazón ligero; pero para el pensador serio ¡qué formidable es!... Todo lo que encadena al hombre es formidable, porque el hombre es una pobre criatura variable y tornadiza;

¿qué será lo que le encadene para siempre, sin escape, sin otro remedio que la muerte?

Ved á esa joven... es la víspera, por la noche... allí está, en su cámara, su vestido blanco, su velo de desposada, su corona, todo está preparado en torno suyo... Ella ora, y de repente, distraída en su oración, viene á sobrecogerla una aprensión vaga: «¡Oh Dios mío! ¡si iré á ser desgraciada!...» y como fantasmas en un sueño, se la aparecen aquellas jóvenes que como ella, un día, víspera del más crítico, también oraban, y que ahora, desilusionadas, lloran; la viene el recuerdo de aquellas tristes historias, contadas á medias palabras en su presencia y cuyo secreto llegó á comprender; ve allá en el porvenir, en lontananza, ángeles siniestros que la presagian infelicidad; ese porvenir es negro, es frío, tiene lágrimas y sangre sobre el camino tenebroso por donde ella tiene que transitar. De pronto levanta su frente, sacude su cabeza como para ahuyentar de sí los fatales pensamientos que vuelan en su derredor: «¡Soy una loca!, se dice á sí misma en alto, para asegurarse más, ¡soy una loca! ¡él me ama! ¡seré dichosa!» Y con esta confianza se acuesta en su lecho y duerme en paz...; á la mañana siguiente, radiante de gozo, dirá «sí,» añadiendo secretamente en su corazón «porque me ama.»

Tiene razón la joven; en víspera de tan grande y tan solemne viaje, la mejor, la única garantía no es la belleza, ni la fortuna, ni el título, ni el rango, ¡es el amor! Pero mucho amor, porque se pierde bastante á lo largo del camino.

Os parecerá, Señores, que me he alejado de mi asunto... No, estoy de lleno en medio de él.

En ese instante en que jugáis vuestra vida á una palabra, como quien la jugara á una carta, tenéis por única seguridad y garantía: «Me ama extremadamente.»

¿Qué sabes tú? ¿por dónde te consta?

Que «¿qué sé yo?... ¿de dónde me consta?...»
Me lo afirma con sinceridad.

Luego es un acto de fe lo que hacéis... ¡ahí era adonde yo quería llegar!

No me digáis que tenéis pruebas... ¡no hay tales pruebas! ¡Ah! cuando uno es joven se ven pruebas y demostraciones y evidencias hasta en un ramillete de violetas...; cuando uno es joven, es ingenuo, es sencillo, es crédulo, y por desgracia se deja engañar fácilmente...

Mas cuando uno ha envejecido en la vida, cuando ha tocado con el dedo las comedias y las perfidias humanas, saben lo que valen esas pruebas. Sin duda, muchas de esas protestas, muchos de esos juramentos, y aun esos obsequios de ramilletes de violetas, son sinceros y

fieles. Pero también los hay falsos y engañosos, y ¡se parecen tanto éstos á aquéllos!... ¿Qué valen, pues, vuestras pruebas?

No, Señores, vosotros creéis, no hacéis otra cosa que creer!... Y notadlo bien, no os reprendo por eso, antes bien apruebo el que creáis. Sería una locura, una locura completa el que rehusarais creer... ¿Qué otra cosa podríais hacer?... Hacéis, pues, bien en dejaros llevar de esa fe, y yo os aliento á ello; á lo sumo os aconsejaría que al abandonaros en sus brazos, os reservarais algún pequeño escape por donde pudiera huir vuestra alma en caso de error.

La Fe pues, Señores, la Fe en la cuna, sobre las rodillas de la madre, en la educación pública; la Fe en las circunstancias más pequeñas y en las más solemnes de vuestra vida; la Fe en vuestras relaciones comerciales, industriales, científicas; la Fe en el amor; la Fe en la amistad; la Fe en todos los sentimientos del corazón humano; la Fe siempre, en todas partes; la Fe á cada paso, á cada hora; la Fe en toda la vida... En verdad, el hombre vive de la Fe.

¿Quién se lo vituperará?

¡Nadie!

Basta, en efecto, abrir los ojos para ver que sin esa Fe de cada instante, ni las relaciones sociales, ni el comercio normal de los hombres,

ni progreso alguno en las ciencias, en las artes, en la literatura, ni elevación alguna intelectual y moral serían posibles.

Fatalmente, por necesidad, el hombre debe creer de esa manera, aceptar esa Fe corriente, so pena de colocarse fuera de la humanidad, en algún desierto solitario, en alguna gruta salvaje que se asemejara mucho á los cuchitriles de ciertas casuchas.

Ahora no os parecerá ya que esa Fe sea ridícula, que degrade al hombre, que implique la abdicación de la razón: ¡no! ni aun en los casos en que el hombre que cree y acepta, pudiera en rigor llegar á la misma verdad por otro camino, tal vez más racional.

Cuando un sabio registra cada mäs los boletines y las memorias de las sociedades científicas y de las academias, no se cuida de repetir, para su uso personal, las experiencias, las observaciones, los cálculos ó los razonamientos que esas revistas le ofrecen... Podría hacerlo incontestablemente; pero gastaría en ello inútilmente su vida: cuídase más bien de anotar las conclusiones que se le presentan y de creer en ellas, y nadie tiene derecho á reprenderle por eso.

¿De dónde proviene, Señores, que el hombre que tan natural, y aun añadiré tan razonablemente, cree en tantas cosas, cese de repente de creer cuando se trata de cuestiones religiosas? ¿De dónde proviene que siendo tan inclinado y pronto á los demás géneros de Fe, únicamente la Fe religiosa le halle rehacio y rebelde?

«¡Oh! responde uno de esos espíritus insubordinados, la Fe religiosa, las verdades religiosas... ¡eso no es lo mismo!»

¿Que no es lo mismo?... ¡Vamos á verlo!

Si os preguntara yo por qué creéis en todas las circunstancias de la vida que acabamos de recorrer juntamente, y que forman, como hemos visto, su mayor y mejor parte, me responderíais... tal vez con un largo discurso, pero cuyo fondo reducido á su mínima expresión, sencilla y despojada de sus detalles, vendría en resumidas cuentas á decir poco más ó menos lo siguiente:

«Creo porque me lo han afirmado.

»Y el que me lo ha afirmado es persona que sabe bien lo que se dice y no se engaña.

»Y yo no puedo suponer que tenga intención de engañarme á mí.»

Muy bien dicho, Señores; no podría demostrarse mejor, ni más sencillamente cuán razonable es la Fe humana.

Dejemos esto bien consignado, si os parece. Creéis porque os lo afirman; porque el que os lo afirma sabe lo que afirma, y porque no tiene ningún interés en engañaros.

Está muy bien.

Ved sentado á la puerta de un caserío de los Ardenes un rollizo muchacho jugando con una cabra que le disputa su almuerzo. Le llamo; se pone en pie sobre sus abarcas, abre de par en par sus ojos espantados, y con los brazos colgando, me mira fijamente. Le pregunto:

—La Santísima Trinidad, ¿quién es?

—Es el mismo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

—¿Luego tú crees que hay un solo Dios, y en Dios tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

—Sí, señor.

—¿Y por qué lo crees?

—Porque así me lo ha enseñado mi madre...

Henos aquí enviados á la madre. Notad que en aquellas palabras: «Porque así me lo ha enseñado mi madre,» se hallan incluídas estas otras: «Y mi madre debe saberlo; y mi madre no quiere engañarme.»

Entremos, Señores, en el caserío; allí está la madre, una de esas robustas aldeanas de los

Ardenes acostumbradas al trabajo pesado, sufrida, diestra en lavar su ropa, en ordeñar su vaca y su cabra, en cocer su pan de maíz, en arreglar su puchero, pero completamente ignorante de lo que pasa más allá de su aldea y de las aldeas vecinas. Preguntadla...

—¿Por qué, buena mujer, habéis dicho á vuestro hijo que hay un solo Dios, y en Dios tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

—Porque esa es mi Fe; porque así lo creo.

—¿Y por qué lo creéis?...

—Toma, porque así nos lo enseña nuestro señor cura.

Henos ahora remitidos al párroco. Vayamos á su casa, Señores, y notemos en el camino que en aquellas palabras: «Porque así nos lo enseña nuestro señor cura,» van sobreentendidas estas otras: «Y el cura debe saberlo, y el cura no quiere engañarnos.»

Llamad á la puerta de la casa parroquial, preguntad á vuestra vez á ese venerable anciano, que os la abre, y él os remitirá á la Iglesia: «¡Yo lo creo, porque la Iglesia lo enseña!...»

Preguntad á la Iglesia, y ella os responderá: «Yo lo creo, porque Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, lo ha enseñado á los hombres.»

Y en estas palabras van también comprendi-

das estas otras: «Jesucristo lo sabe, Jesucristo no me engaña.»

De modo, Señores, que remontando la cadena, y desenvolviendo los pensamientos de esas almas... la Iglesia, el párroco, la madre, el niño, creen porque Dios lo afirma, porque Dios sabe lo que afirma y porque Dios no engaña.

Ahora bien; ¿no es esto lo mismo que dejamos consignado?

¿Procede la Fe religiosa de distinto modo que vuestra fe humana?

¿Qué decía vuestra fe humana? «Creo porque me lo afirman, porque el que me lo afirma sabe lo que afirma y porque no tiene ningún interés en engañarme.»

¿Qué dice mi Fe religiosa? «Creo porque Dios lo afirma, porque Dios sabe lo que afirma y porque Dios no me engaña.»

¡Ah! no, ¡no es lo mismo!

—Cierto, no es lo mismo; pero ¿en qué nuevo sentido?

Veámoslo.

¿Quién es el que á vosotros os lo afirma, y que sabe lo que afirma y que no tiene interés ninguno en engañaros? ¿quién es?

Voy á decíroslo: es un hombre, una criatura

finita y limitada; una pobre inteligencia, siempre deficiente en algún punto, débil, variable, envuelta en las espesas sombras de la ignorancia; una pobre voluntad, inclinada al mal y á la mentira y engaño, que desfallece continuamente, amenudo pervertida, voluble; una voluntad que quiere y no quiere, y que á veces ni aun sabe si quiere ó no quiere.

Y mi Dios, que es el que me lo afirma á mí, ¿quién es?

Es la sabiduría infinita, es la infinita bondad, es la luz. Elevaos cuanto queráis á las alturas de los cielos, descended cuanto queráis á las profundidades de la tierra, penetrad en las oscuridades inmensas del pasado, perdeos en las incertidumbres aterradoras del porvenir, no encontraréis ni arriba, ni abajo, ni adelante, ni atrás un solo pliegue, un rincón que no haya sondeado su ojo escudriñador... ¡Él es la ciencia eterna! ¡Él es la eterna verdad!

¡He ahí mi Dios! ¡he ahí en quien yo creo!... Y ¡he ahí vuestro afirmante! ¡he ahí aquel por quien juráis vosotros!...

¡Ah! teníais en efecto muchísima razón: ¡no es lo mismo!

La Fe humana se apoya sobre una afirmación que la expone á todas las contingencias.

¡La Fe religiosa se apoya sobre Dios!

Luego cuanto sobrepuja Dios al hombre, sobrepuja la Fe religiosa á la Fe humana.

La Fe humana no puede engendrar más que una certeza moral, es decir, una certeza que no es, hablando propiamente, certeza, sino una probabilidad muy grande.

La Fe religiosa engendra una certeza absoluta, una seguridad invencible, una especie de certidumbre igual y aun superior á la certeza engendrada por la evidencia. Porque, al fin, en la evidencia creemos á nuestros sentidos, á nuestra razón, y en la Fe creemos á Dios!...

Luego cuanto sobrepuja la luz divina á las lucecitas humanas, sobrepuja á la Fe humana la Fe religiosa.

Y ahora permitidme que os haga la sencilla pregunta siguiente: Si es justo, razonable y aun necesario que en las circunstancias ordinarias de la vida el hombre tenga fe en el hombre, ¿no será justo, razonable y necesario que crea en Dios, que tenga fe en Dios? ¿Quién es el hombre de buen sentido que lo niegue?

¿Es esto abdicar su inteligencia? ¿es esto degradar su razón?... ¿Con qué derecho, pues, intentáis mancillar con vuestra compasión desdeñosa al hombre, que escuchando á su Dios, se inclina, adora y cree?

Esto, Señores, es lo que explica la paz suma y la calma imperturbable del alma que cree... Tiene fe en Dios, que se abre á ella. Esto es lo que explica las santas esperanzas que la consuelan y fortifican... Tiene fe en Dios, que se promete á ella. Esto es lo que explica, en fin, esa fidelidad invencible de los mártires y ese gran valor que vence á la muerte. Tienen fe en Dios, y por Dios es por quien mueren!... Por Dios es por quien tienen sed de morir!...

Acababa Diocleciano de abrir una era de sangre... Como tantos otros que le habían precedido, y como tantos otros que le han seguido y le seguirán, quería matar la Fe matando á los que creen. Una matrona romana había huído á sus posesiones de campo con su hija... Era cristiana, mas era también madre!... La hija menos prudente tal vez, pero más valerosa, sufría con impaciencia y remordimiento lo que á su conciencia le parecía una deserción. Una noche se escapa furtivamente, huyendo de la casa en que se había refugiado su madre... El cielo estaba nublado y oscuro, sin una estrella, pero los ángeles iluminaban el camino ante la joven; marchaba con ligereza, volvía á Mérida... Gozosa y triunfante apresura sus pasos. Por fin llega, el juez se hallaba sentado en su tribunal, cerca de él había un altar erigido á los falsos dioses y

ofrendas preparadas para los que quisieran apostatar... La joven atraviesa por entre la muchedumbre, que le abre paso admirada y pasmada ante aquella niña intrépida, y por fin en pie inmóvil ante el turbado procónsul: «¿Buscáis, le dice, creyentes? ¿buscáis cristianos?... Pues bien, yo creo, yo soy cristiana!» Hubo un momento de estupor y de silencio sepulcral. Todos contemplaban á la joven, y viéndola tan intrépida y valerosa afrontar de aquel modo la muerte, la admiraban. «Retiren de ahí esa niña,» clamó el juez con una piedad desdeñosa. Mas ella, escapándose de las manos que intentan sujetarla, corre al altar, empuja con ambos brazos el ídolo y lo derriba... La apresan, la golpean con cadenas de hierro... Ella junta sus manos sobre el pecho, y levantando sus ojos al cielo á cada golpe de las cadenas exclama: «¡Creo!»

Preparan una hoguera, la encienden y ella ve cómo crece la llama; y cuando los soldados se acercan para arrojarla en ella y le quitan sus vestidos, ella descíñe sus cabellos dejándolos flotar para que le sirvan de velo... Luego levantando las manos entre las llamas, siempre sonriente, por última vez exclama: «¡Dios mío, creo!» y cae muerta.

La llama, semisofocada un instante, surge de

nuevo roja y chisporroteando, y de su seno se ve salir una palomita blanca, y con vuelo reposado y puro remontarse al cielo (1).

Acaso algún incrédulo me dirá: «Presentando la cuestión en esos términos, vuestro juego no es leal, os arrogáis indebidamente el derecho de arrastre. ¿Quién rehusa admitir que el hombre pueda, y aun que deba prestar fe á la afirmación divina, creer en Dios? La cuestión no es esa; la cuestión es esta otra: ¿Ha hablado Dios al hombre? ¿le ha hecho y confiado alguna afirmación? He ahí la cuestión; cuestión enteramente de hecho en que la teoría no tiene nada que ver. Vos lo afirmáis, nosotros lo negamos; he ahí el verdadero nudo que hay que desatar.»

Confieso francamente, Señores, que me he arrogado el derecho de arrastre: precisamente quería yo llegar al punto en que estamos; quería obtener esa confesión: Que es justo creer á Dios, que es racional prestarle fe.

Después de lo cual admito de buen grado que resta la cuestión de hecho: ¿Ha revelado Dios realmente ese conjunto de verdades que constituye el objeto de nuestra Fe religiosa?

(1) *Actas de los Mártires*. Martirio de Santa Eulalia.

Nosotros lo afirmamos; los incrédulos lo niegan.

Sí, nosotros lo afirmamos; pero no nos contentamos sólo con afirmarlo, además ¡lo demostramos!

Hace diecinueve siglos que esta demostración se está repitiendo en el mundo. Desde San Pablo, que lo hacía en pie y con noble orgullo ante el atento y silencioso Areópago de Atenas, hasta el gran dominico de los tiempos modernos que hacía saltar de entusiasmo y emoción las seculares piedras de Nuestra Señora de París, se encuentran en todas las épocas, en todos los siglos y casi en todos los días de la historia ingenios de alto vuelo y labios de oro para repetir en todas las variedades de lenguas, de literaturas y de costumbres esa demostración triunfante. ¡Y qué nombres! entre los de San Pablo y Lacordaire: Orígenes, Tertuliano, Ireneo, Atanasio, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Cirilo, Tomás de Aquino, Buenaventura, Suárez, Belarmino, Bossuet...

¡Qué falange de genios, qué inteligencias y qué corazones!

¡Ah! sí, nosotros afirmamos, ¡pero demostramos también!... Venid pues á escuchar sus discursos, á tantear sus pruebas y el peso de sus argumentos. Esos genios sublimes no han muer-

to por completo: sus obras les han sobrevivido y siguen derramando torrentes de luz.

He ahí sus libros, leedlos. Venid, yo os convidado, os abriremos nuestras bibliotecas; venid á escuchar las lecciones que se nos dan en nuestras universidades seculares.

Ved, en fin, y juzgad.

¿Creéis, Señores, que vengan, que escuchen, que estudien?

Hay en el Evangelio una hermosa parábola contada por Jesucristo á sus apóstoles... Un hombre había preparado una gran cena é hizo para ella numerosas invitaciones. Llegada la hora, envió á sus domésticos para anunciar á los convidados que todo estaba dispuesto y que les esperaba. Pero todos se excusaron. El primero dijo: «He comprado una heredad y tengo que ir á verla; os ruego que me dispenséis.» El segundo dijo: «Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes y tengo que ir á probarlas; os ruego que me dispenséis.» El tercero dijo: «Me he casado poco ha y no puedo dejar á mi mujer, os ruego que me dispenséis.» Y así los demás.

Señores, Jesucristo se ha revelado al mundo; convoca al divino banquete de la Verdad á todos los espíritus hambrientos de luz; les invita, les suplica, les ruega que vean, que abran simplemente los ojos.

El primero dice: «Me es imposible; el placer y la vanidad me absorben.» El segundo dice: «Me es imposible; mis estudios me ocupan todo el tiempo.» El tercero dice: «Me es imposible; tengo que atender á mis negocios.» ¡Ah! ¡cómo se verifica el apólogo del Evangelio!... Con una diferencia sin embargo: los invitados del Evangelio ruegan cortesmente que se les dispense; los invitados de la revelación religiosa, á su negativa añaden la injuria y el insulto; rehusan verla, y la niegan; no quieren conocerla, y la escarnecen, la combaten, la aborrecen, la blasfeman sin conocerla: *Quae ignorant blasphemantes!*

¿No es verdad lo que acabo de decir?

Apelo á vosotros mismos, Señores. Traed á vuestra memoria todos los incrédulos que conocéis, y preguntaos cuánto tiempo de su vida han consagrado esas gentes á estudiar la cuestión religiosa. Acaso ¡ni una hora! Tal vez han estudiado mil otras cosas, pero la cuestión religiosa, ¡no!

Proponedles que emprendan ese interesante estudio... ¡se sonreirán, se encogerán de hombros y se marcharán!...

«Que los que combaten la Religión, dice Pascal, aprendan al menos lo que es, antes de combatirla.» Y en otra parte: «El que duda y no

investiga es á la vez injusto y desgraciado por extremo. Que con esto se halle tan satisfecho y tranquilo, que haga de ello profesión y, en fin, que de ello se vanaglorie y que de ese mismo estado haga el objeto de su gozo y de su vanidad, es cosa que no comprendo, y no hallo términos para calificar á tan extravagante criatura.»

Nada añadido á estas palabras de Pascal: ¡son severas, pero justas!

¿Qué sucede entonces? Viendo el Señor que todos sus invitados rehusan acudir al banquete, hace llamar á los pobres y á los pequeños; y como todavía quedan sitios desocupados, hace llamar por las plazas públicas y encrucijadas y esquinas de las calles á los mendigos y cojos y ciegos, los sienta á su mesa y les regala espléndidamente.

Así obra Dios. Los espíritus fuertes, los razonadores, los sabios han desdeñado sus invitaciones y ofrecimientos, y Él se dirige á los humildes, á los pequeños, á las almas sencillas, á los corazones ingenuos!...

¡Bienaventurados los pequeños, bienaventurados los humildes!

¡Oh! ¡qué bello espectáculo, Señores, el de

la Fe en su corazón! Entra en él esa virtud teológica como una soberana divina en un palacio hecho para ella. Un día, en una hora inesperada, repentinamente, por una palabra, por un gesto, y aun estoy tentado á decir sin saber por qué, aparece una gran luz en esa alma... y abre los ojos, cree... ¡Dios la ha tocado!

¡Qué de ejemplos de esto podría presentaros!

Me contentaré con referiros uno solo, contado por el gran dominico irlandés Tomás Burke. Le llamaron una vez para asistir á un moribundo, y acudió allá. Siete niños estaban acostados revueltamente en la morada de aquel pobre. Su madre, la mujer del enfermo, acababa de morir. Dos años antes el infeliz se había caído de lo alto de un andamio, quedando estropeado; le habían llevado á su casa y acostado en su pobre lecho, y desde entonces una parálisis le tenía enclavado en la inacción y en la miseria. Al presente se moría él también. Burke le habló de la misericordia de Dios. Él dirigió al Religioso una mirada sombría, en que brillaban la desesperación y la ira. «Es la primera vez—le dijo—que habéis venido á verme.» «Amigo mío—le respondió Burke—acabo poco hace de saber que estabais enfermo; si lo hubiera sabido antes, antes hubiera venido.» «Nadie—replicó el moribundo—nadie se

cuida de mí, ¡y venís á hablarme de la bondad de Dios! Ya hace más de dos años que estoy enclavado en esta cama, ya hace más de dos años que estoy viendo morir poco á poco de hambre á mi mujer y á mis hijos, ¡y venís ahora á contarme que hay un Dios en el cielo y que Dios es bueno!» Y en seguida volvió la cabeza hacia la pared para no ver más al sacerdote.

Burke, comprendiendo que no podía nada con aquella alma, se retiró.

No lejos de la pobre morada había un convento de Hermanas de la Merced. Corrió el buen sacerdote allá, y suplicó á la Superiora, en nombre de Dios, que enviara al lecho de aquel desgraciado una de sus Religiosas, y así se hizo.

Á los dos días volvió Burke á ver al enfermo. ¡Oh! ¡qué cambiado estaba todo! Sonrióse éste apenas vió al sacerdote; en su mirada reflejábanse la paz y el amor: «¡Oh Padre mío —le dijo— cuán feliz soy! Ahora creo: sí, hay un Dios, y ese Dios es bueno!... Él me ha enviado un ángel!... ese ángel es una Religiosa que ha venido á mi morada, y por primera vez después de dos años, con ella ha entrado aquí un poco de esperanza. Sí, ¡Dios es bueno! ¡Dios es bueno! Esa caritativa Religiosa me ha dicho que... cuando yo haya bajado al sepulcro, ¡ella será la madre de mis pequeñuelos!...»

Averiguad de dónde le ha venido la Fe á este hombre...

¿Ha sido por un movimiento de la inteligencia?... No, ha sido por un movimiento del corazón... Averiguad el camino racional que le ha conducido á la Fe; no le hallaréis... Dios se ha dado á ese pobre por un don gratuito de su bondad divina.

Después de habernos pedido pruebas, nuestros adversarios rehusan examinarlas; les falta tiempo. Mas para dar al menos una excusa aparente á este proceder de todo punto injustificable, les resta un recurso, y le emplean. Declaran que toda prueba, todo estudio, todo examen es manifiestamente superfluo, no siendo el objeto de nuestra Fe religiosa más que un conjunto de misterios absurdos en sí mismos, de principios cuya evidente falsedad ha sido demostrada y lo es aún todos los días por los progresos de la ciencia contemporánea. Y no pudiendo Dios constituirse revelador de la falsedad y del absurdo, no puede manifiestamente ser el autor de semejantes dogmas.

Reconoceréis en lo dicho, Señores, un argumento que corre por las calles. Á fuerza de

oirle, llega á seducir, y yo confieso que muchas veces me ha costado contenerme ante él.

Es incontestable que Dios no puede revelar ni lo falso ni lo absurdo; si pues se demostrara que algún punto de nuestra Fe religiosa era tal, habría que renunciar á él inmediatamente.

¿Pero dónde están esos puntos? Yo me vuelvo y revuelvo, busco y rebusco... ¿dónde están?

Escudriño nuestros dogmas, las enseñanzas de la Iglesia y sus tradiciones, todo el tesoro de nuestras verdades religiosas... ¿dónde están, dónde están esos misterios absurdos?

Recorro las ciencias, repaso todos los ramos del humano saber: la geología, la astronomía, la zoología, la historia y la prehistoria, la lingüística, la antropología... ¿dónde están esos puntos de mi Fe religiosa, cuya patente falsedad haya demostrado la ciencia?

Veinte años hace ya que lo estoy investigando, Señores, veinte años hace que el objeto de mis estudios y de mi trabajo se ha concentrado enteramente en esos puntos en que confinan la Fe y la ciencia, y no he hallado nada, nada, absolutamente nada, nada en mi Fe que estorbe á la ciencia, nada en la ciencia que contradiga á mi Fe.

¡Y cuántos otros han buscado! ¡y qué genios! Á algunos de ellos he nombrado poco hace. Y

á ellos podría agregar los nombres más célebres de la ciencia contemporánea. Esos grandes genios tan iluminados por las luces de la filosofía y de las ciencias, no han hallado nada.

¡Y esos menguados petimetres lo han hallado! ¡ellos!... ¡Ah! ¡verdaderamente... que son prodigios de visión fina y profunda!... ¡Deben haber sondeado con una mirada de águila nuestros dogmas y nuestros misterios, para descubrir en ellos el absurdo que tantos ilustres creyentes no han podido ver!... ¡Ellos, Señores!... ¡nuestros dogmas, nuestros misterios!... ¡ni siquiera les es conocido su enunciado!... ¿Serán al menos distinguidos filósofos?... ¡Ellos... apenas han aprendido de la filosofía lo preciso para los exámenes de derecho, y no dándoles el bufete para poder vivir, se han lanzado á redactar un periódico en el que blasfeman de lo que ignoran!... ¿Pero las ciencias al menos no tendrán para ellos ningún secreto?... ¡Han llegado á saber de ellas lo preciso para obtener el título de ingeniero, de médico, de farmacéutico ó de veterinario!...

Reunid, si os place, como poco ha lo hacíamos, el gran ejército de los incrédulos; hacedle tan numeroso como queráis, y pasadle revista. Quiero admitir que en esa multitud podáis encontrar veinte ó treinta ingenios que merezcan

verdaderamente el nombre de sabios y de filósofos y á la vez se hayan tomado el trabajo de examinar nuestra Fe desde ese doble punto de vista: el de la filosofía, para descubrir en ella el absurdo; el de la ciencia, para descubrir en ella el error. Esto es lo escogido y como el estado mayor de ese ejército.

Y ved cómo se descompone el resto.

Un pequeño número de filósofos que jamás han estudiado la Fe, y otro pequeño número de sabios que tampoco la han estudiado nunca.

En cuanto al grueso del ejército... ¡eso de sabios! ¡eso de filósofos!... No, Señores, no obtendréis de mí jamás que profane esos dos nombres!

¡Cómo! ¡sabios! ¡filósofos! Fijaos bien: en ese cuerpo de incrédulos, los más ardientes, los más charlatanes, los más pagados de sí mismos, los que hablan con más aplomo son... simples viajeros, horteras, oficinistas, empleadillos...

He aquí, pues, la situación que se dibuja ante nosotros:

De una parte hombres que pasan su vida en estudiar y profundizar la cuestión religiosa. Éstos no encuentran en su Fe ni error ni absurdo.

De otra parte hombres que jamás en su vida han prestado oídos á la cuestión religiosa. Éstos hallan en la Fe absurdos y errores.

¿Á quiénes deberemos creer?

¿Necesito contestar á esa pregunta?

Pero ¿y la parte selecta de los incrédulos?...
¿los veinte ó treinta que contábamos poco hace?
¿Cómo explicar su incredulidad?

He aquí lo que les sucede:

Empiezo por los filósofos.

Éstos tratan de comprender y demostrarse por la razón humana verdades superiores á la humana razón, verdades que exceden su alcance, que la sobrepujan; y no lográndolo, declaran absurdo lo que es simplemente incomprendible. Olvidan que cada verdad debe ser demostrada con el género de pruebas que le conviene: no se determinan las densidades con el termómetro, ni la temperatura con la balanza; el raciocinio admirablemente apto para las verdades de demostración, es absolutamente inepto para las verdades de la Fe, que sólo se pueden establecer por el testimonio... Vosotros no comprendéis tal misterio, tampoco le comprendo yo. Yo le admito sin comprenderle; pero bajo la fe de Dios. Mi razón no me demuestra la verdad; pero me demuestra que, afirmada esa verdad por Dios, es racional que yo la acepte.

Pero así como la razón no demuestra, del

modo que se demuestra un principio de geometría, la verdad de los misterios que creemos, tampoco puede demostrar su contradicción ni absurdo. Primeramente, de hecho, jamás se ha demostrado que alguno de nuestros dogmas implique contradicción ó sea absurdo; pero además yo afirmo, en teoría, que le es absolutamente imposible al espíritu humano el hacerlo; porque no comprendiendo éste en su extensión completa los términos mismos del misterio, ¿cómo ha de poder juzgar de la relación que los une?

Ciertamente, lo repito, la razón sola no conduce á la Fe; pero por el mismo título tampoco aparta de ella.

Hay una máxima muy profunda de Scherlock: *Never a man was reason'd out of his religion*. Es difícil traducirla bien. «Jamás los razonamientos han puesto á un hombre fuera de su religión.»

Cuando uno se aparta de ella, Señores, es por motivos de orden inferior, con frecuencia tales que no se pueden decir.

Esa pretensión de no querer admitir más que las verdades demostradas es muy general, y sin embargo yo no sé que haya cosa menos razonable.

¿Me permitís una comparación muy familiar?

Un periódico refería últimamente en sus «Dichos agudos» que un viejo pasante de notario, estando para casarse, y queriendo asegurarse bien en el paso que iba á dar, preguntaba por vigésima vez en la misma noche á su futura: «¿De modo que de veras me amas?» «¡Sí, hombre, sí, te amo mucho! ¡ya te lo he dicho veinte veces!» Luego, después de un largo silencio, volvió á decir: «¿Es, pues, seguro, segurísimo que de veras me quieres mucho?» «Ya me vas cargando; sí, ¡te amo mucho!... ¡muchísimo!...» Oído lo cual, el viejo pasante, con un movimiento solemne, sacó del bolsillo de su sobre todo un pliego de papel de Estado, del timbre correspondiente, y alargándosele á su novia, le dijo estas palabras estupendas: «¡Pues bien, escríbeme eso mismo en este papel sellado!»

Señores, no es más ridículo ese viejo pasante de notario que el filósofo que, ante la afirmación divina, se vuelve, levanta la cabeza y exclama: «¡Demostradme eso con silogismos, si lo tenéis á bien!» La palma de la necedad no es seguramente para el pasante de notario.

¡Menos propio es el silogismo para probar el dogma que el papel sellado para probar el amor!...

El caso del sabio es diverso.

En el curso de sus estudios llega á conclusiones científicas que á primera vista parecen contradecir las doctrinas religiosas. Le parece imposible conciliar estas afirmaciones contradictorias, y teniendo que elegir entre ellas, en su calidad de sabio, conserva la doctrina científica y sacrifica la religiosa.

Esta es la historia, bien lo sabéis, de esas cuestiones antiguas, renovadas cada día: el Génesis, Josué, Jonás, Galileo *et coetera*. ¿Qué deberá pensarse de la actitud del sabio en esas cuestiones?

Cualquiera cosa daría yo, Señores, al que pudiera formularme una conclusión científica cierta, una sola, no pido más que una, en contradicción palpable con un punto que pertenezca verdaderamente á nuestra Fe religiosa.

En cuanto á mí, yo no conozco ninguna... francamente, no conozco ninguna.

Mas he aquí lo que sucede: en todas las contradicciones que se nos objetan, ó es mal comprendida la Fe, ó no está bien asegurada la ciencia.

Estudiadlas de cerca, y siempre descubriréis en ellas la una ó la otra de esas dos alternativas.

¡Cuántas veces se nos han dado como resultado cierto, demostrado, ineluctable de las cien-

cias, yo no sé qué vanas teorías, qué conclusiones aventuradas que debían morir al día siguiente! Infinidad de gente habla en nuestros días en nombre de la ciencia, ¡y cuán pequeño es el número de los sabios! Tal químico, que halla no pequeña dificultad en dosificar la albúmina y el azúcar, se infla, eleva los ojos y la frente hacia el cielo, se forja un cetro de su pilón, y como rey expide los decretos de la ciencia. ¡Pobre ciencia! ¡cuán mal tratada es!... Ciertamente, no es con tales oráculos con quienes han de concordar por precisión nuestras doctrinas religiosas.

Pero también nuestras doctrinas religiosas son mal tratadas con frecuencia. Solamente la Iglesia tiene autoridad para definir la Fe; ella sola declara nuestras tradiciones é interpreta nuestras santas Escrituras. En la serie de sus actos oficiales es donde debemos buscar la verdad religiosa y su verdadera fórmula.

Todo esto es bien sencillo y bien elemental. Si nos contentáramos con atenernos á ello, ¡cuántas malas inteligencias vendrían á tierra y cómo se haría la luz en las almas! Desgraciadamente también aquí muchas gentes, que no tienen nada que ver en ello, pretenden definir la Fe y redactan dogmas. Son los boticarios de la doctrina religiosa.

No es con sus decretos, por obligatorios que los declaren, con quienes por precisión han de concordar las doctrinas científicas.

Ahora bien; hechas estas reservas, tómense de una parte nuestros verdaderos dogmas y de otra la verdadera ciencia, y yo afirmo que se descubrirán entre ellas armonías maravillosas.

Lo afirmo, porque lo sé.

Y aquí, Señores, permitidme contaros una historia muy reciente y no muy conocida.

En 1876, un grupo de sabios católicos fundó en Bruselas la «Sociedad científica.» El año mismo de su fundación, la Sociedad creó una revista trimestral, que vino á ser su órgano. Á la cabeza de su primera página, como epígrafe, llevaba la revista las siguientes palabras del Concilio Vaticano: «Entre la razón y la Fe no puede haber jamás ninguna verdadera disensión.» ¡Esto era un verdadero desafío á la incredulidad!

Presentábase ocasión propicia para arrojar-nos á la cabeza todas esas incompatibilidades científicas con que se mete tanto ruido. Nosotros avanzábamos con la visera levantada, espada en mano, prestos á defender nuestra Fe,

en campo cerrado, ante la caballerosa ciencia contemporánea.

Se presentó un luchador de elevada talla, arrogante y desdeñoso. Un día, una revista francesa, *La Filosofía Positiva*, fundada y dirigida por Littré, el gran maestro del materialismo en Francia, publicó un artículo en que hacía alusión á la revista creyente, prometía divertirse haciéndola rodar por el suelo, y se reía de antemano por el fácil triunfo que daba ya por contado. No era esto la batalla ni siquiera una escaramuza de vanguardia, era el simple tiro de fusil de un centinela perdido en el espacio, pero anunciaba el combate próximo.

Al instante le fué respondido; la respuesta llevaba un título que sonaba á marcha guerrera de una banda militar: *¡Entrada en campaña!* No vacilo en decirlo, produjo aquello en nosotros un verdadero gozo... ¡Al fin íbamos á ver al enemigo!

¿Sabéis lo que sucedió, Señores?... Cuando el enemigo advirtió que estábamos armados y prestos á batirnos... tumbóse por tierra, entre la maleza, y conteniendo el aliento se hizo el muerto... No hemos vuelto á ver ni su sombra.

El artículo de la revista de M. Littré es de Noviembre de 1877.

La respuesta de la *Revista de la cuestiones científicas* es de Enero de 1878.

Y desde entonces... después de ocho años, fijaos bien... ni una palabra, ni una miserable palabra.

He ahí la verdad, Señores, acerca de toda esa jactancia.

He mostrado, Señores, que la Fe humana es natural al hombre, que le es necesaria, y que creyendo hace un acto de razón. Cuando el hombre cree, acepta un testimonio apoyado sobre el conocimiento y la sinceridad del testigo. En estas condiciones es racional el creer.

He mostrado que en la Fe religiosa no procede el hombre de distinto modo; acepta un testimonio apoyado en el conocimiento y la verdad divina. Su razón le muestra también, y de un modo superior, que en esas condiciones es racional el creer.

Las pretensiones contrarias que hemos examinado han debido haceros ver con qué frivolidad son tratadas esas cuestiones en el mundo de los incrédulos.

Se pone más cuidado, Señores, en estudiar una ley física ó un teorema de geometría, las variaciones de una planta ó las metamorfosis

de una rana!... Pero ésas otras cuestiones—
¡eternas sin embargo!... —se las deja allá!...

Esta locura humana, esta ceguera voluntaria
y pertinaz que conduce á consecuencias tan
espantosas, es lo que ahora debemos ver y
sondear.

Bello y grato es vivir, Señores; lo malo es
que hay que morir. La vida se pasa fácilmente;
pero lo terrible es el tener que pasar por la
muerte. Se puede vivir sin Fe; mas ¿cómo se
muere sin ella?

«Yo no sé quién me ha puesto en el mundo,
dice Pascal en una de sus páginas más auste-
ras, ni lo que es el mundo, ni lo que soy yo
mismo. Me hallo en una lamentable ignorancia
de todas las cosas. No sé lo que es mi cuerpo,
ni lo que son mis sentidos, ni lo que es mi alma,
y esta parte misma de mí que piensa lo que
digo y que reflexiona sobre todo y sobre sí
misma no se conoce á sí propia más que á lo
demás. Veo esos inconmensurables espacios
del universo que me envuelven y encierran, y
me encuentro como atado á un rincón de ese
vasto espacio, sin saber por qué he sido colo-
cado en este sitio más bien que en otro, ni por
qué ese poco tiempo que me es dado vivir me

ha sido asignado á este punto más bien que á otro de toda la eternidad que me ha precedido y de toda la que me sigue. No veo por todas partes más que infinitos que me absorben como un átomo y como una sombra. Todo lo que conozco es que tengo que morir bien pronto, y lo que más desconozco es esa misma muerte.»

¿Y después?

«Como no sé de dónde vengo, tampoco sé á dónde voy; solamente sé que al salir de este mundo caeré para siempre ó en la nada ó en las manos de un Dios.»

Estas cuestiones, que han atormentado siempre, y que siempre atormentarán al hombre, cuyo espíritu se eleva un poco sobre el tiempo y la materia, las resuelve la Fe con una seguridad extrema; y así da al corazón que la acoge una paz soberana.

Pero á la Fe se la rechaza, no está ya de moda, no se hace caso de ella. Y no teniendo nada que colocar en su lugar, y permaneciendo la razón siempre muda, se persevera en la incertidumbre y se va adelante... Ese aire de escepticismo resignado es muy bien recibido en nuestros días; se afecta tomarle y darse tono con él: en cierta clase de mundo se adquiere así reputación de grande hombre.

Todo va muy bien mientras sigue la vida!...

Un día, en ese cuerpo tan seguro de sí mismo y que desafiaba al tiempo, se desgarró una pequeña fibra, vacila... El mal progresa, viene la ruina, el edificio se derrumba: he ahí la hora y el término.

El desgraciado ha perdido la ilusión de la vida... siente que todo se acaba para él; su pecho anhelante lucha en vano contra la opresión que le aplasta. ¡Se siente morir! Es de noche, una de esas noches de insomnios tan sombrías y tan largas!... Todo está oscuro, todo silencioso en derredor, silencioso como una tumba... se ha amortiguado la luz que hay en su cámara y hasta los mismos que le cuidan procuran estar retirados y no hacer ruido para no turbar su sueño, que no llega. Oye en la antecámara el tic-tac monótono del reloj que señala la marcha del tiempo... Cada golpe desgarró y se lleva consigo un pedazo de su vida... ¡y queda ya de ella tan poco!... En su espíritu desalentado... surge de repente un pensamiento espantoso: «¡Voy á morir! ¿Y después?... ¡Oh Dios mío, después!...»

Y con ambas manos se agarra á la ropa de su lecho, como quien se está ahogando y se agarra á los juncos de la ribera... ¡Delirio!... ¡es preciso morir!

Y mientras sus manos pugnan por asirse á las sábanas, su alma querría asirse á alguna

cosa segura; pero no halla más que el vacío, y en el vacío se agita temblorosa, desesperada, loca de angustia.

Y todas las cuestiones eternas invaden su espíritu... Dios, la eternidad, el bien, el mal, la Fe, la Iglesia, el sacerdote, el remordimiento, el infierno... Él no ha creído, no ha querido creer, se ha burlado de esas cuestiones, como se burlaba de los dioses de la mitología antigua, y hélas ahí en pie, tomando cuerpo ante su vista... Sus ojos extraviados van de la una á la otra, siguen azorados aquella procesión de fantasmas... ¡Y el tiempo urge, pues la muerte ya está allí!... ¿Y después?

¿Cómo? ¡se le huye la vida! ¡todo su trabajo, su fortuna, su renombre, su gloria, sus títulos, sus objetos queridos, su esposa, sus hijos, todo desaparece de su vista, todo se le escapa de las manos, todo está perdido!... ¡es preciso dejar allí todas aquellas cosas tan amadas, y marcharse solo á la fría región de los muertos!... La fiebre le abrasa; su duda, su horrible duda le aprieta la garganta; los fantasmas que le preguntan se trasforman en asquerosas y horrendas larvas que despedazan sus miembros... quiere luchar y defenderse de ellas, y sus brazos quedan rígidos... quiere gritar «¡socorro!» y ya no hay voz en su garganta.

¡Ah! si al menos clamara á Dios y volviera hacia él su corazón!... ¡Pero Dios!... ¿Cómo ha tratado él á Dios durante su vida?...

Entonces se apodera de su alma la desesperación, su cuerpo se estremece, chocan, se aprietan y rechinan sus dientes, un frío sudor baña su frente pálida, se presenta la rigidez y muere.

¡Ah! Señores, otra vez lo repito, si no hubiera más que la vida presente, comprendería yo que no se hiciese caso de las verdades religiosas. Trae no pocas ventajas y comodidades para ésta el ignorarlas. Pero tenemos la muerte á dos pasos de nosotros, Señores, y luego ese terrible y espantoso *después!*...

Porque al fin, todas las negaciones humanas no cambiarán en lo más mínimo la verdad intrínseca de las cosas.

Que agrade ó desagrede al incrédulo, la verdad permanece inmutable.

¿Y cuál es la verdad?

La verdad es que nuestra vida presente no es más que de algunas horas y que nuestra vida futura es toda la eternidad.

La verdad es que á la muerte falta el suelo bajo nuestros pies y como pájaro herido por el perdigón, revoloteando en el vacío, caemos en las manos del Dios vivo...

¡En pie ahora! ¡en pie ante el tribunal de ese

Dios! ¡en pie, descreído que acabáis de morir, y responded!...

«¿Qué habéis hecho de las luces de la Fe que hice brillar ante vos?... Yo os las había dado para guiar vuestros pasos, para enseñaros dónde estaba el bien, dónde la verdadera vida, dónde la verdadera muerte... ¿Qué habéis hecho?...

»Habéis cerrado los ojos para no ver... habéis vivido como ciego, buscando el placer y la alegría, las dulzuras y las embriagueces... ¿Dónde están esos bienes?...

»Habéis buscado el oro y la fortuna... ¿Dónde están esos bienes?...

»Habéis conquistado renombre, honores y gloria... ¿Dónde están esos bienes?... ¿Qué os queda de ellos?...

»Habéis escudriñado profundamente los misterios de la razón y de la naturaleza... ¿Qué habéis ganado con eso?...

»Y la Fe, la Fe que os hubiera salvado; la Fe, única cosa que os importaba... la habéis desdeñado!... Habéis creído á todos y en todo, solamente á mí, vuestro Dios, habéis rehusado creer...

»Responded incrédulo, responded ahora que acabáis de morir.»

¿Qué puede responder aquella infeliz alma,

qué puede alegar, qué puede hacer sino exhalar aquel grito desgarrador de una irreparable desesperación: *Ergo erravimus!*... «¡Es verdad, me he engañado!»

¡Qué horrible despertar, Señores, ante aquella eterna felicidad perdida, ante aquella eternidad desgraciada!

¡Pobres almas de mis hermanos extraviados, quién os lo hiciera comprender!

Pero, Señores, aun sin tener en cuenta ese desenlace inevitable y terrible, aun no contemplando esa caída horrenda, á la cual corren descuidados y riendo todos esos espíritus desorientados, como sobre las rápidas aguas de un torrente corren dando vueltas y entrechocándose las algas y juncos hasta el golfo que las engulle en sus negras profundidades..., aun no contando para nada — ¡qué irrisión! — aun no contando para nada con la eternidad, ¿es verdad que sin la Fe sea tan fácil y cómoda la vida presente?

Cuando todo sonríe al hombre y le visita la dicha, tal vez!...

Mas cuando sufre... ¿Y quién no sufre en este mísero mundo?...

À la hora de los tormentos del corazón y del alma; ante una de esas crisis morales que enervan y abaten el más fiero valor; ante esas muertes que, como cuando se arranca la uña de la carne, desgarran nuestros corazones; ante esas ruinas totales que de repente, inexorables y sin piedad, hacen rodar á uno de la elevada cumbre de la fortuna á lo profundo de la pobreza y de la miseria, ante esos padecimientos, ante todos los dolores inseparables del alma humana, ¿qué le resta al hombre sin la Fe? Una cosa, una sola, lo diré sin ambages... ¡el suicidio!

Y así, ved cómo recurre á él... ved, en vuestros periódicos, esos desgraciados: esos ancianos, esos hombres, esos jóvenes... ¡qué! y hasta esas pobres jóvenes, á los veinte años, á los quince, cortarse el cuello con una navaja de afeitar, colgarse de una viga en el desván, levantarse de un tiro la tapa de los sesos, arrojarse de un puente al río!...

¡Así concluyen con la vida! les parece que todo esto no vale la pena de vivir.

Cuando el hombre siente que su mal es irremediable, que todo esfuerzo es inútil, toda esperanza vana; cuando su vida está ya gastada, cuando le es un tormento el vivir, ¿por qué no ha de concluir con la vida?

¡Sí! ¡se puede concluir con esta vida! pero ¿y

con la otra?... Y vedles ahí, como ha poco les contemplábamos, cayendo en las terribles manos del Dios vivo.

La Fe le hubiera consolado; ella le hubiera mostrado las dulzuras de la resignación y los consuelos de la esperanza; ella le hubiera enseñado cuán presto pasa la vida, esta vida triste y desolada, y cómo conduce á la otra... la verdadera vida, la patria de la felicidad... ella le hubiera puesto en los labios estas palabras sencillas y sublimes á la vez: «No sucede sino lo que Dios quiere, y Dios es bueno.»

¡Oh! ¡no! no es preciosa la Fe sólo en la hora de la muerte, lo es también en la vida, porque la vida es dolorosa y la Fe es la única consoladora.

De todos los dolores humanos el más cruel, el más penetrante, el más conmovedor, y yo añadiría el más venerable, es el dolor de una madre que acaba de perder á su hijo!...

Mi corazón se conmueve al pensar en lo que Dios me ha hecho ver, oír y tocar, por decirlo así, con el dedo. Él ha puesto en el camino de mi vida á esa madre en duelo, pálida, desolada, levantando al cielo sin fuerzas sus manos y sus ojos—á pesar de su juventud—anublados por incesantes lágrimas.

Yo he visto á Raquel llorando á su hijo, y

no admitiendo consuelo, porque su hijo ya no existía.

Tal vez algún día me será dado el descubrir lo que pasa en esas almas á quienes ha envuelto en sus pliegues un eterno duelo.

Por ahora os diré que á veces la desgracia se ceba en ellas y las hiere con yo no sé qué refinamiento.

Una joven muy rica contrae matrimonio con un joven muy rico también; entrambos pertenecen á las clases más elevadas de la sociedad; la fortuna, la belleza, el honor del nombre, todo lo reúnen con exceso.—No es una novela lo que ahora os cuento: es una historia; y en estos mismos días acaba de verificarse su último acto y su desenlace.

Después de algunos años, el marido se entrega á reprobables aventuras y abandona á su esposa: marcha al extranjero con una desgraciada. Su pobre mujer queda sola en los grandes salones de su hotel, desamparada, siempre amante de su esposo... y llevando, á pesar de su inocencia, con el aguijón de su herida, la vergüenza del deshonor que la martiriza.

Tenía un hijo, un hijo único y delicadillo, y replegándose sobre él, hallaba un apoyo en la vida... así en los bosques, un árbol que no bien

seguro bambolea, se apoya y reposa dulcemente sobre su retoño brotado á sus pies!

El hijo crecía á la vista de su madre...; se les veía siempre juntos; él sencillo, desconocedor de la desgracia, gozaba de la vida; ella, solícita, le contemplaba con una sonrisa melancólica. Cuando uno encontraba á la madre y al hijo por las calles de la ciudad, lacerábase el corazón como á la vista de un gran infortunio.

Pues bien, ¡el hijo acaba de morir á los diecisiete años!

¿Y la madre ahora?

¡Oh! vosotros que no creéis nada, ¿qué diríais á esa mujer?

¿Qué palabras tendríais para devolver un poco de fuerza á su corazón... y hacerle soportar la vida?

¡Id á exponerle sobre el cadáver de su hijo los bellos descubrimientos de vuestra razón y las teorías de vuestra ciencia!

Escuchad el clamor que resuena en aquel gran palacio, lúgubre como una tumba:

«¡Oh hijo mío, mi querido hijo! ¿qué ha sido de ti? respóndeme. Tus ojos ya no me miran, tus labios no quieren ya sonreirme. ¡Oh! ¡qué inmóvil está mi hijo! ¡qué frío está su cuerpecito!... ¡Ay! ¡ay!... yo no tenía más que á ti sobre la tierra... ¿Dónde estás, hijo mío? res-

póndeme; yo te lo suplico, no dejes así á tu madre.»

Responded á esa madre que no sabéis dónde está su hijo, que no podéis saber nada; que la única cosa cierta es que aquel cuerpecito frío, todo humedecido por sus besos y sus lágrimas, irá á parar bien pronto á una huesa desconocida y menospreciada. Decidla todo eso, si os parece bien.

«¡Oh querido mío! ¿con que es verdad que ya no he de volver á verte jamás, jamás?... ¿Es verdad que ya no he de volver á oírte?... ¡era tu voz tan melodiosa y dulce á mi oído! ¡Ah! dime que te volveré á ver todavía, que te volveré á oír... ¿Por qué te he dado á luz al mundo, si era para perderte así?... ¡Oh! ¡que no haya muerto yo antes que tú, si no he de volver á verte más!»

Decidle, Señores, á esa madre que acerca de todas esas cuestiones vuestra filosofía y vuestras ciencias permanecen mudas; que vuestras experiencias y vuestras observaciones no van más allá de ese cadáver...

¡Vaya! ¡que es muy consolador vuestro «¡Yo no sé! ¡yo no puedo saber!» y que vuestras doctrinas se adaptan admirablemente al pobre corazón desgarrado del hombre! ¿Y qué más tenéis?

Vamos, vamos, vosotros que ridiculizáis la

Fe, vosotros los espíritus fuertes y los grandes corazones, hablad. ¿Qué otra cosa tenéis?

«Oh madres que lloráis, les diría la Fe, no os contristéis como los que no tienen esperanza! Vuestro hijo tan querido os será devuelto. ¡Su alma pura ha volado hacia la patria de los ángeles! en lo alto del celestial paraíso continúa amándoos como aquí os amaba. Allí tenéis señalado vuestro sitio, oh madre desolada; ¡allí os espera vuestro hijo! ¡valor! ¡no tardaréis en volver á verle!... cada día que pasa aproxima la hora; y allí, reunida con él, no experimentaréis ya separación, ni ausencia, ni muerte. ¡Allí se enjugan todas las lágrimas, se extinguen todos los dolores, se olvida todo sufrimiento, porque es la mansión de la paz, de la dicha y del eterno amor!»

¡He ahí las verdaderas palabras vivificantes, el verdadero bálsamo para curar nuestras heridas, la dulce almohada en que se adormece el dolor!

Ya lo veis, pues, Señores, al rechazar la Fe bajo los fútiles pretextos que habéis visto, el hombre no solamente renuncia á la vida feliz ulterior, sino que también arroja al viento las únicas fuerzas sustentadoras de la vida presente. Al cerrar su oído á la Fe, cierra simultáneamente su corazón á la Esperanza.

Y no es esto todo.

Seré breve sobre este último punto; no intento profundizarlo, sino deslizarme á flor de agua.

El hombre no está solo en este mundo; vive con los demás hombres en esa gran familia que se llama la sociedad. Mucho se ha soñado y seguirá soñándose sobre el estado social; se han forjado y se forjarán todavía teorías y sistemas varios; todas esas concepciones importan poco. El hecho es que en la sociedad humana siempre ha habido y habrá siempre gobernantes y gobernados, fuertes y débiles, grandes y pequeños, ricos y pobres. La paz en este fatal estado de cosas sólo es posible con la condición siguiente: que el gobernante, el fuerte, el grande, el rico sepa respetar, socorrer y amar al gobernado, al débil, al pequeño, al pobre; y con esta otra condición, más necesaria todavía: que el gobernado, el débil, el pequeño, el pobre, se resigne.

Resignarse, Señores, resignarse á obedecer y á servir, resignarse á vivir pequeño y humilde, resignarse á sufrir el frío y el hambre, ¡es cosa dura! Resignarse á sufrir de esa suerte por sí solo, pase aún; pero, cuando uno es padre, resignarse á ver á sus pobres hijitos destinados á vivir la misma vida, á dar vueltas á la misma rueda, á resignarse también ellos, los

pequeños... permitidme que os lo diga, ¡eso es cruel!

«Y ¿por qué, después de todo, por qué yo he de ser pobre y mi vecino rico?... ¿Por qué mis hijos han de llevar harapos, y los suyos han de vestir seda y terciopelo?... ¿Por qué?... ¿Por qué yo y los míos nos hemos de ver obligados á llorar de hambre y miseria, mientras que él y los suyos rebosan de satisfacción y delicias? ¿Por ventura no valgo yo tanto como el rico? ¿acaso no valen mis hijos tanto como los suyos?»

La Fe responderá á ese pobre, á ese pequeño, á ese humilde que sufre; ella le infundirá resignación y valor; ella le mostrará en la vida futura las compensaciones á los dolores presentes.

Pero vosotros, incrédulos, ¿qué le diréis? Veamos, ¿qué tenéis vosotros que decirle? ¡Ah! ya oigo; le diréis aquellas palabras de los filántropos:

«Trabaja, pues tienes buenos brazos; trabaja y llegarás á ser rico á tu vez.»

Pero bien sabéis que ¡eso no es verdad! ¡Sabéis perfectamente que no basta ser trabajador para llegar á ser rico y gozar!...

¡Cómo!...

¿No habéis encontrado multitud de infelices

que con lágrimas en los ojos buscan trabajo, le imploran... y no le hallan?

¿No habéis encontrado alguna vez padres de familia que durante veinte, treinta años han trabajado con el sudor de su frente, animosos y esforzados, y no han podido jamás subir más allá de su pobre taller ó mezquina tienda?...

¿No habéis encontrado nunca á esos arruinados, que llegaron un día á estar en buena posición, y luego, confiados, depositaron en vuestros bancos el fruto de sus sudores, y de repente han visto desaparecer su fortuna y sus esperanzas en una catástrofe?...

¿No habéis jamás encontrado á esos perseguidos del infortunio, que han tentado todas las empresas, ensayado todos los caminos, tocado todos los registros, y á quienes nada ha salido bien?...

¿Y les diréis: «Trabaja, pues tienes buenos brazos, y llegarás á ser rico, poderoso, fuerte?»

¡Eso es una irrisión!

¿Y no tenéis otra cosa que decirle?

Pues bien, si el infeliz no tiene Fe, comprendo que se apodere de él la rabia... La vida presente se le escapa; no tiene esperanza más que en ella; es preciso que se apresure, porque la vida vuela; si quiere gozar, que se dé prisa... «¡Á mí! ¡á mí! ¡los pobres, los pequeños, los

humildes! ¡Es preciso que esto acabe! ¡Á ellos!
¡á los fuertes, á los ricos, á los soberbios y po-
derosos! ¡Ha llegado nuestra vez!»

Es el pueblo en revolución... Vosotros que no
tenéis Fe, ¿qué vais á decir á esos revoltosos?

Vais á sacar las tropas de los cuarteles, y si
avanza la ola revolucionaria, hechas las tres
intimaciones y toques de costumbre, gritaréis:
«¡Fuego! ¡fuego á los pequeños! ¡fuego á los
pobres! ¡fuego á esos miserables!»

¡Quizás triunfaréis! Es cuestión de fusiles y
de buena puntería.

Pero aun triunfando, ¿en qué viene á parar
vuestra vacilante sociedad? ¿qué viene á ser?

¡Qué viene á ser! Fuera del vestido, ¡una tribu
de salvajes!

¡Que sea enhorabuena! ¡vuestra civilización,
vuestra sociedad sin Fe, es muy bonita! Verda-
deramente podéis enorgulleceros, podéis, com-
placidos de vosotros mismos, mirarnos de alto
á abajo á nosotros, los creyentes, y reiros de
nuestras sociedades cristianas; ¡son tan hermo-
sas las vuestras!...

He ahí, Señores, el espectáculo que nos
ofrece el mundo!

Os decía al empezar que la Fe divide en dos campos á la sociedad contemporánea. Ahora podemos contemplar mejor esos dos campos y esos dos ejércitos.

En el uno, donde reina la Fe, el hombre, deseoso de saber, pone en juego todas sus facultades naturales, y se lanza al descubrimiento de la verdad y del bien. Sus sentidos y su razón le guían en esta investigación difícil... avanza lentamente, porque el camino es pedregoso y no bien marcado... Al descubrimiento de su propia razón añade los descubrimientos de la razón de sus hermanos; cree al hombre, como cree en sus propias luces... Mas he aquí que después de recorrer un corto camino, va quedándose á oscuras... apenas ha llegado á tocar el límite de los fenómenos materiales y sensibles, apenas ha dado un paso en el mundo del espíritu... y todo se estremece: diríase que se le echa encima una noche oscura y tenebrosa... ya no ve en aquellas sombras, en vano su razón las sondea, no halla más que el vacío... Entonces se le aparece Dios y le habla; le revela lo que su razón no podía llegar á conocer; le manifiesta las verdades superiores que buscaba y no descubría; le enseña el fin de su vida; le muestra sus deberes; le infunde una esperanza sobrenatural, y tomándole por la mano, como un padre, le conduce á tra-

vés de los caminos iluminados por la Fe, á la conquista de la verdad íntegra, del bien infinito y de la eterna bondad...

¡Y el hombre cree! y, creyendo, marcha y avanza!... ha encontrado aquí abajo la luz, la paz, el consuelo, la resignación y la esperanza.

En el otro campo, Señores, el hombre, deseoso también de saber, busca, y mientras le guían sus sentidos y su razón, sigue adelante... mas en el momento en que llega la noche, no viendo ya, se detiene; siéntase en tierra, cruza los brazos y permanece quieto... También á él le ofrece Dios luces más altas, pero él las rehusa, y vuelve el rostro para no verlas.

Del verdadero fin de su vida, no sabe nada; de sus deberes, acepta lo que bien le parece; esperanzas, no tiene ninguna. Luz, paz, resignación, consuelo, todas esas palabras suenan á huecas en su oído... ¡Infeliz! tu vida pasa y la muerte se acerca... ¡piensa en tu alma, piensa en la eternidad! Se sonríe desdeñoso, y encogiéndose de hombros pregunta: ¿Qué es eso de alma y eternidad?

¡Oh! ante semejante espectáculo de ceguera y rebajamiento, quisiera yo que no hubiera en mis entrañas más que un impulso de compasión afectuosa, pero ¿cómo impedir que estalle la ira?... porque, al fin, ¡pase el que ellos perma-

nezcan acurrucados en la frontera de la razón humana! ¡pase el que ellos cierren su corazón á la Fe! ¡pase! ¡allá se las hayan!

Pero ¿por qué arrancan á los demás esa Fe que ellos desdeñan? ¿Por qué se afanan en arrojar el denso velo de su ignorancia y de sus dudas sobre los ojos de los pequeños, de los pobres del pueblo, que en su candorosa sencillez los miraba sin desconfianza?

¿Qué dan al pueblo á quien ciegan?

¿Qué pueden darle sino la turbación, la rebelión y la desesperación?...

Y se agitan, y van predicando en sus libros, en sus periódicos, en sus cátedras, en sus teatros, en sus clubs, en sus discursos, en su conversación, en sus canciones, repitiendo siempre y en todas partes sus negaciones devastadoras, entenebreciendo las almas, sembrando en los corazones la rebelión... y su obra se extiende como esas obras subterráneas que en el silencio minan sordamente el edificio, hasta que un día la masa cruje y se derrumba con pavoroso estruendo y entre una inmensa nube de polvo, quedando sólo un montón de imponentes ruinas!...

Ignoro, Señores, la suerte que Dios reserva á la Europa; ciertamente la Fe no morirá en el mundo; pero se retira... del suelo que la desco-

noce, se aleja y va á plantar su tienda bajo otros cielos donde corazones nuevos y puros se abran para acogerla y abrigarla... Huye llevando consigo todas las civilizaciones, todas las grandezas y todas las elevaciones morales de que ella es madre. Sobre la tierra que ellá ha abandonado diríase que ha pasado un soplo de muerte; sólo queda la esterilidad, el desierto con sus soledades mudas y vacías. ¿Qué resta de aquella vieja iglesia de África, donde la voz de Agustín, en Hipona y Cartago, recitaba y exponía nuestro Credo?... Ruinas en medio de las cuales el árabe pastorea sus errantes rebaños.

Yo no sé, lo repito, qué suerte ha reservado Dios á la Europa.

¿Quién sabe?... ¡quizás un día, algún hijo del Ganges, desembarcando en nuestras abandonadas costas, excavará este suelo, y bajo sus capas descubrirá el Crucifijo que nosotros hemos dejado caer!

Mas si la Europa ha de librarse de la ruina que le amenaza, si ha de lograr conservarse en la altura á que Dios la ha elevado, si ha de salvarse, en una palabra, sépase bien, ha de ser por nosotros los que creemos!

He concluído, Señores.

Y puedo encerrar en dos palabras mis conclusiones.

¡Seamos celosos de nuestra Fe; mostrémonos orgullosos de ella!

¡Celosos! sí. Guardémosla con solicitud en nuestras almas, como se guarda un tesoro; velemos para que nada la manche ó empañe, para que ninguna de sus joyas caiga en tierra ó se extravíe y para que sea ella siempre el celeste adorno de nuestros espíritus!

¡Orgullosos! sí. ¡Mucho se ha atacado, mucho, á nuestra antigua Fe!... Desde hace diecinueve siglos se han encarnecido sus múltiples enemigos contra ella... todas las fuerzas del cuerpo y del espíritu se han conjurado para derribarla y destruirla... y ella permanece ahí siempre firme, en pie, joven y fuerte, desafiando á los siglos... permanece ahí, guardando sola, en sus labios, la palabra que ilumina y que salva.

¡Pero esto no basta, Señores! El ser celosos y mostrarnos orgullosos de nuestra Fe no es bastante; seamos además generosos de nuestra Fe; hagámonos también sus apóstoles.

Dios no nos exige á nosotros los sacrificios sangrientos que ha exigido á nuestros misioneros, no; Él os deja vuestra patria, vuestros afectos, vuestro hogar, vuestra familia, todas las dul-

zuras de vuestra existencia; no os exige más que la limosna, el apostolado del oro... ¿Se la negaréis? ¿se la disputaréis?

¿Andaréis regateando con Dios? ¡No! ¿no es verdad? Vosotros daréis con largueza, como saben dar las grandes almas.

¡Haréis más! Junto á vosotros ¡quién sabe! viven tal vez almas cerradas á las luces de la Fe.

¡Oh! salvadlas por la predicación muda de la bondad, de la dulzura, de la paciencia, de la caridad, de todas las virtudes que brotan al calor de la Fe, como á los rayos del sol brotan las flores en primavera.

Salvadlas por las solicitudes incesantes de la ternura y del amor, por la abnegación y el sacrificio; diré más, Señores, puesto que sois creyentes: ¡sabad morir por salvarlas!

¡Ah! ¡morir por salvar un alma á quien se ama!

Escuchad la relación de un suceso ocurrido no hace aun medio siglo y que exhala todos los perfumes de los primitivos tiempos de la Fe cristiana.

Alberto de la Ferronnays se había casado con Alejandrina d'Alopeus, ahijada del Emperador Alejandro de Rusia. Él era católico, ella

era protestante. Es preciso leer el *Relato de una hermana*, diario íntimo de su amor y de los dos años tan rápidos de su matrimonio, para tener idea de la belleza y de la elevación moral de aquellos dos grandes corazones. Alberto había hecho todas las diligencias posibles para convencer á Alejandrina; mas ésta no obstante haberse acercado mucho á la verdad, rehusaba dar el paso, el último paso que le separaba de ella. Un día tuvo Alberto una inspiración sublime. En la iglesia, al pie del tabernáculo, de rodillas ante su Dios, ofreció su vida en precio de la conversión de su esposa.

Dios la aceptó.

Como en terreno propio por cesión penetró la enfermedad en el pecho del caritativo consorte y lentamente le fué consumiendo. Alejandrina ignoraba el misterio de aquella muerte que se acercaba, pero la veía avanzar sin piedad. Su corazón desgarrado asíase al último resto de esperanza. Un día, Alberto la vió llorar; y llamándola, le dijo dulcemente: «Querida esposa mía, ¡si Dios me llamara para sí!...» Ella no oyó lo demás, y ocultando la cabeza entre sus manos, prorrumpió en sollozos.

Al día siguiente Alberto tuvo una crisis; asustada ella, mandó á su joven hermano á buscar al médico. Éste llegó luego, examinó al enfer-

mo, habló en secreto con el hermano y se retiró en seguida. Cuando el hermano quedó solo con Alejandrina temblaba, sus labios entorpecidos no acertaban á pronunciar una sola palabra. «¿Qué ha dicho? ¿qué te ha dicho?—le preguntó convulsivamente la pobre mujer.—Ha dicho—respondió el joven—que es preciso llamar á su confesor.—¡Oh Dios mío!—exclamó Alejandrina—¿en tal estado se halla? ¡Oh! ¡entonces, entonces yo soy católica!» Y de repente, como si Dios tomara posesión de su alma, sintió que descendía sobre ella la fuerza y el valor.

Algunos días después, en la cámara de Alberto, enfrente de su lecho, arregló su esposa un altar, y en él puso alrededor de la cruz todas las joyas, todos los encajes y todas las flores de su boda. Un sacerdote celebró allí la Misa, ayudándole el anciano padre del moribundo y asistiendo conmovidos sus hermanos y hermanas que no cesaban de orar y llorar en silencio. Al Evangelio se adelantó Alejandrina vestida de hábito blanco y ceñidor azul, colores de la Inmaculada Virgen... leyó en alta voz su abjuración, la entregó en manos del sacerdote... y después se volvió al lecho del enfermo y se arrojó á su cuello.

Continuó el santo Sacrificio; en medio de

aquel gran silencio se oía el rumor de las lágrimas que corrían y de los suspiros ahogados.

À la comunión el sacerdote se volvió, con la hostia en la mano... la dividió en dos partes... dió la primera á Alberto: era su viático para el gran viaje á la eternidad, y la otra á Alejandrina: era su primera comunión.

La muerte sobrevino al poco tiempo; las últimas palabras de Alberto fueron un himno de acción de gracias: «¡Gracias, Dios mío, gracias!»

Más tarde Alejandrina encontró en la última página del diario de su amado esposo estas sencillas frases:

«Dios mío, mi petición va á cumplirse; siento que me muero; vuestra divina voluntad hará, pues, que mi ángel entre en el seno de la Iglesia... Yo no os pido más que la fuerza de consumir mi sacrificio... ¡Ella y yo nos volveremos á ver dentro de poco cerca de Vos, oh Dios mío, en vuestro inmenso amor!»

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotsmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdones.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*

Conferencias familiares.

(Científicas.)

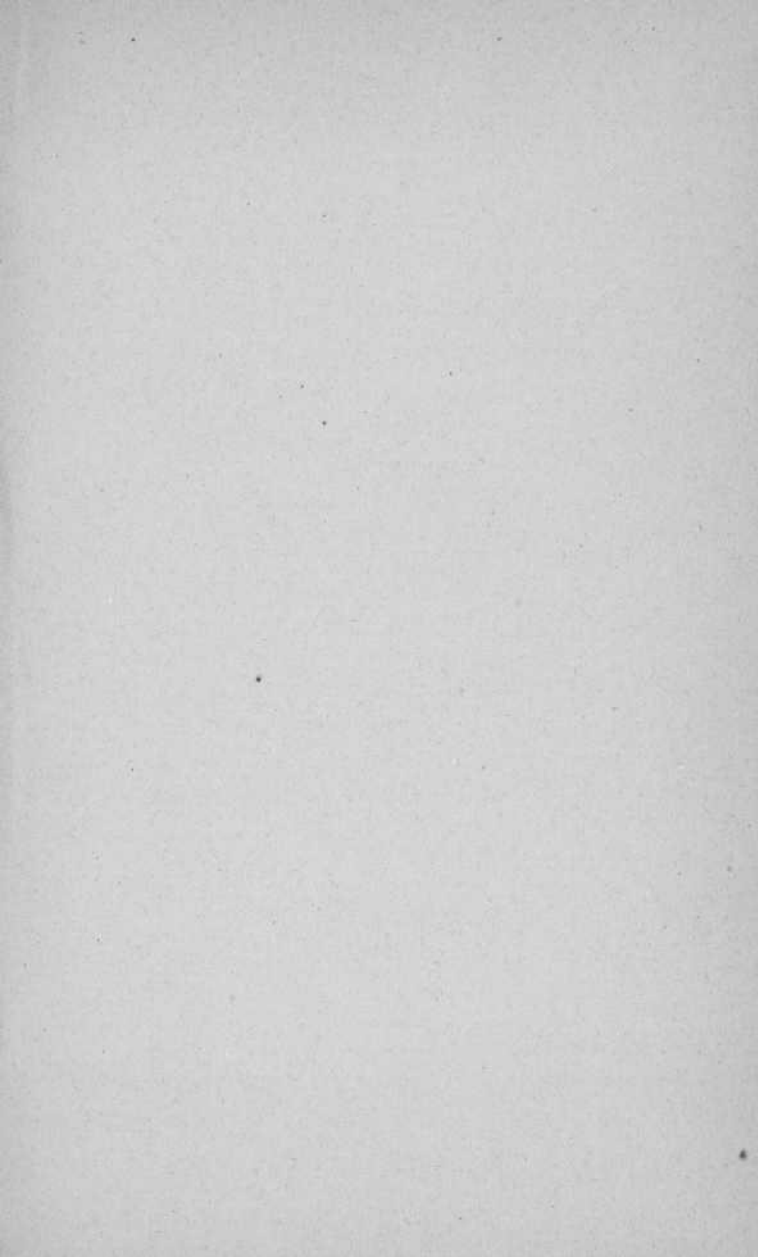
TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

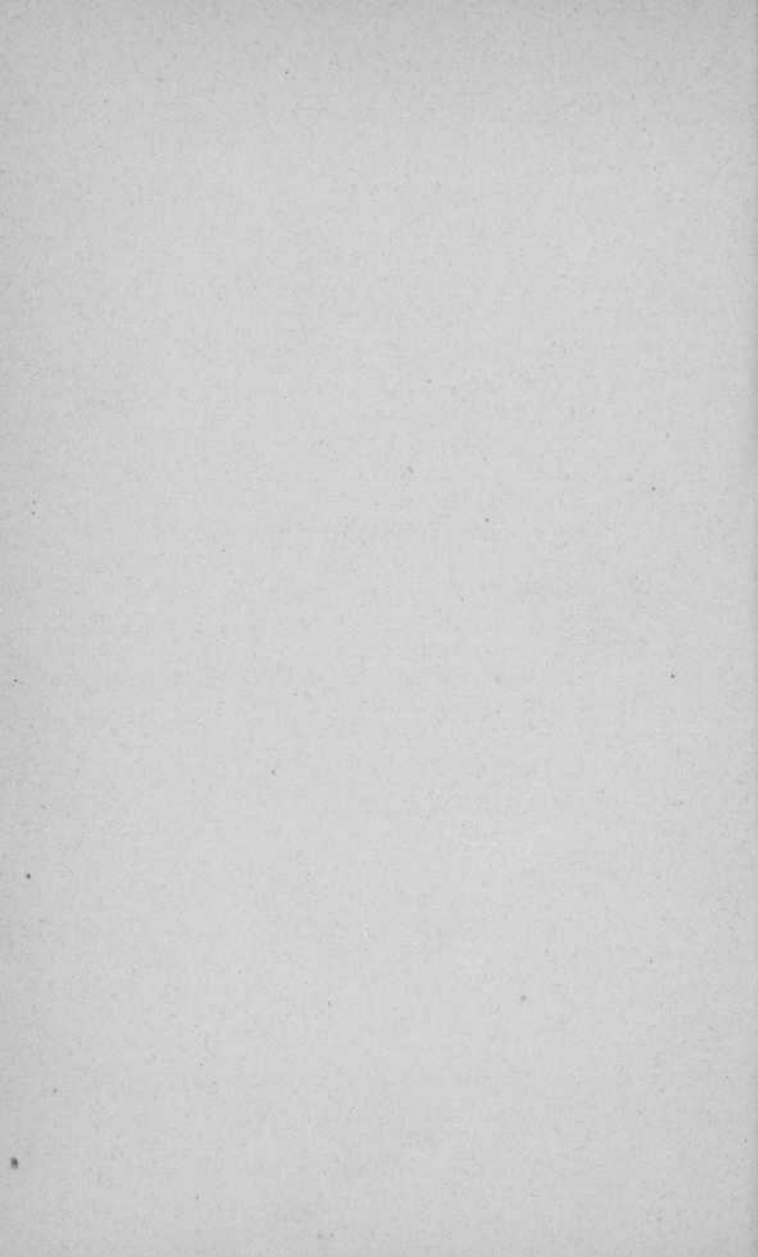
TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

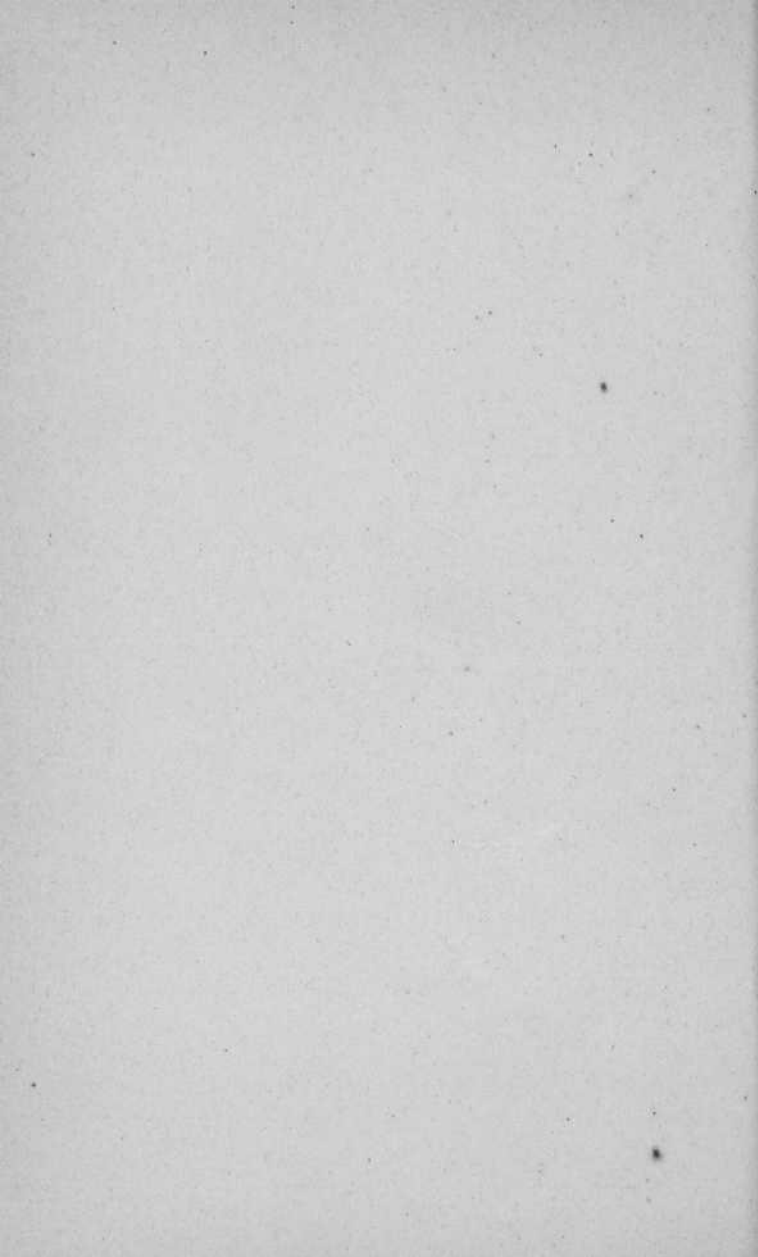
TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*







LA FAMILIA



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA FAMILIA

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:

NO sé si os acordaréis ya de una conferencia que tuve la honra de haceros el año pasado acerca de la grandeza incomparable del oficio que han de cumplir las madres en la sociedad cristiana.

Graves censuras me ha valido. Han encontrado en ella que no tuve ninguna compasión con las madres jóvenes; que les privé de las diversiones, hasta las más inocentes; que las condené á perpetua reclusión dentro de esa fortaleza que se llama «nursery» ó departamento de los niños; que resucité, en fin, para ellas—sin las ventajas paganas—la clausura y los rigores del gineceo de Atenas.

¡Por Dios, no fué tan bárbaro mi pensamiento! Vamos á ver. Cuando sacáis del convento á vuestras hijas ¿no les decís que ya no es tiempo de muñecas? Pues esto es precisamente lo que quise decir á las madres jóvenes del mejor modo que pude, que para ellas ya no era tiempo de jugar con moñas.

En las nupcias romanas, antes de Jesucristo, había una ceremonia que simbolizaba haber dejado los juegos infantiles, y consistía en que la desposada iba arrojando nueces, *nuces relinquere*, y las solteras le ofrecían una rueca, *fusus cum stamine*.

¡Pues la rueca es lo que quise entonces regalar! Confieso francamente haberles dicho que arrojasen las nueces.

Mucho he pensado en esto desde entonces, y, sin embargo, no llego á convencerme de que hubiere pasado la raya. Ahora me ocurre con frecuencia un problema que quisiera poner á vuestra consideración.

En cualquiera de vuestros salones, entre la barahunda del vals, detened á esa señorita... No la preguntéis qué quiere, porque es completamente inútil: quiere una cosa y no quiere más. Quiere... agradar. Pero preguntadle: «¿Á quién?... ¿Por qué?»

Puede contestaros sin rubor, con satisfacción,

con orgullo...: está en camino, busca el fin, contempla el término.

Mas, fijaos, dando también vueltas y más vueltas, pasa por delante de vosotras una esposa joven, una madre joven...

«¿Á quién?... ¿Por qué?»

No quiero que me respondáis... Cuando se ha llegado al término ¿por qué comenzar de nuevo el camino? ¿por qué buscar otra vez? ¿por qué jugar á las muñecas?

Pero en fin, si á pesar de lo dicho encontráis todavía que estuve demasiado severo, dispensadme.

Quien piense seriamente, imposible es que no se sienta solicitado por el problema de lo por venir. ¿Á dónde va la sociedad? ¿Á dónde va el mundo?... Cuando contemplo á ese pobre mundo, á esa pobre sociedad que sin parar van adelante, hacia ese oscuro desconocido que se llama lo por venir, véolos envueltos en sangre que les mana de horrible llaga... la familia perece!... ¡Ah, por Dios, salvémosla! Reformar la familia, es reformar el mundo, es reformar los pueblos.

Mas ¿quién la reformará sino la mujer? Y no me opongáis que se la exige demasiado con esto, porque en sus manos tiene la salvación.

Cuando oyó Juana de Arco las voces que la

mandaban partir y presentarse ante su «gentil Delfín» para salvar el «santo reino de Francia,» partió y le salvó.

¡Quién no hubiese llorado por ella, si, en vez de partir y ceñirse como heroína la espada, se hubiese quedado allá, en los prados de Vaucouleurs, á recoger margaritas y á llamar á las ave-cillas, «que venían como cautivas á comer sobre su regazol!»

¡Madres, madres! ¿iréis vosotras adonde os llaman vuestras voces?... ¿Salvaréis la familia y por la familia el mundo, ó vais á quedaros para coger flores que apenas las cortéis morirán, ó para llamar á no sé yo qué pajarillos que en cuanto pican un granito abren las alas, se echan á volar y os dejan vacías las manos y más vacío aún el corazón?

Con que, no os engañéis en este punto. En la vida no hay para la mujer sino dos puestos de honor: ó matrona ó vestal; y tiene en su mano la elección entre estos dos tronos: el hogar ó el templo. Entre estas dos cumbres habéis elegido ya la vuestra... No bajéis, quedaos sobre esas alturas serenas y gloriosas.

Hace unos veinte años que un autor muy

leído y muy oído en el teatro escribió un librito muy pequeño, pero que produjo una resonancia inmensa. Hacía en él de las mujeres una clasificación que cuadra perfectamente con lo que acabo yo de decir, á saber: «Mujer de templo y mujer de hogar;» pero luego añadía él: mujer de calle.

Entre pensamientos muy prudentes véanse allí algunos muy locos, y, cosa que á nadie debe sorprender dado el carácter propio del talento del autor, se encuentran también otros que son verdaderas paradojas. Era que para ver bien las cosas le faltaba una antorcha, la Fe.

Otro autor también, no tan brillante pero más profundo, que no escribió ni comedias ni novelas, pero que se consagró por entero á estudios filosóficos y del bien público, acaba de publicar en nuestros días un libro sobre «la mujer en el siglo XX,» y lanza en él como yo he lanzado este grito: «La familia se relaja: ahí está el peligro. Yo pido á la mujer del siglo XX que levante la familia!»

Pero, ¡qué desgracia! también le falta la Fe.

Pues yo tengo mejores cosas en mi Sagrado Libro: tengo cosas mejores en mi antiguo Evangelio, porque así para los hombres como para las sociedades encierra, las verdaderas palabras de vida. En él, por consiguiente, es menester

buscar el ideal de la familia, y en el ideal de la familia el ideal de la mujer.

Pues bien, al abrir ese Libro, veo que me muestra á la doncella desprendiéndose de los brazos de su padre y de su madre y caminando con aire juvenil y resuelto... ¿á dónde, Señores?... Adonde os decía antes... Al hogar ó al templo... Al hogar, donde se convertirá en esa reina venerada que se llama esposa y madre... ó al templo, donde será el ángel puesto en oración para desarmar al cielo, la consagrada á derramar sonrisas y contentos en medio del dolor y llanto de la tierra.

Y donde quiera que entre, en el templo ó en el hogar, veo que Dios la bendice y la Iglesia le echa flores; veo subir en su derredor nubes de incienso y oigo himnos de triunfo que saludan su grandeza.

Mas después que se halla dentro no la veo salir, no la veo deslizarse por alguna puerta falsa y atisbando si la ven ó no, para respirar la atmósfera febril de perdida libertad... No la veo por entre senderos cubiertos ni entre brumas, ni tapada, en busca de alguna región desconocida fantaseada en algún sueño... No, no la veo, no la veo... ¿Por qué?

Ah, Señores, aquí tiene su lugar la sentencia del novelista francés... Porque las puertas falsas,

los senderos cubiertos, los caminos desconocidos hacen bajar!... porque siguiéndolos se cae... porque al fin de ellos, allá abajo — muy lejos, si queréis, pero siempre muy cerca — ya no está el templo ni el hogar... está la calle!

Es una verdad hoy trivial, tan sabida y reconocida es ya por todo el mundo, que la mujer debe á Jesucristo toda la honra de que se ve rodeada en las sociedades cristianas. Bien sabéis vosotros lo que era antes de la venida de Jesucristo y lo que es todavía en las tribus salvajes. En Atenas, en la familia griega, la mujer era á lo sumo la primera entre las esclavas; en Roma, donde tenía un puesto algo más elevado, veía incesantemente suspendida de un hilo finísimo sobre su cabeza aquella terrible espada de Damocles, llamada repudio.

En los anales del pueblo judío, el pueblo amado de Dios, se leen escenas familiares de sin igual encanto. Recordad á Tobías y á su esposa cuando estaban esperando la llegada de su hijo; recordad también á Abraham, próximo á morir, cómo pedía á sus hijos que le enterrasen en la cueva de Ephron, en tierra de Mambré, donde descansaba su esposa Sara, á la cual tanto había amado.

Mas á través de tan risueños cuadros, véñese también tristes sombras. Recordad, si no, á Agar arrojada de casa con su hijo Ismael; recordad las pretensiones de Haggith ó las de Bethsabée para colocar cada una á su hijo sobre el trono en que David ya anciano sólo tenía puesta la decrepitud; recordad, por último, la bajeza de aquella poligamia que el Señor parecía tolerar con impaciencia á causa de la dureza de corazón de Israel.

La mujer no estaba sola, ni mucho menos, en aquel hogar, sino que había de sufrir la afrenta de ver junto á sí á sus rivales, ó si reinaba en él, era como ni aun la última mujer del campo quisiera reinar.

Pero viene Jesucristo, y la familia se transforma y con la familia el mundo. Y ¿qué hace para dar estabilidad á este prodigio?... Pues toma del corazón del hombre el amor, que no era más que una pasión, y lo convierte en virtud; toma de las sociedades de los hombres el matrimonio, que no era más que un contrato, y lo convierte en Sacramento, *Sacramentum*... y con el toque de sus divinas manos, estas dos cosas precederas y mortales quedan impregnadas de su eternidad... ¡Nada habrá en el cielo ni en la tierra que separe lo que Dios ha juntado! Ya no son dos sino uno; ya no son dos carnes, sino una carne.

Cuando se dicen dos jóvenes el día de sus desposorios: «Te amo, seré para ti,» se prometen recíproca fidelidad... y ya es algo; pero ¡cuán poco, Señores, es esto para quien conoce el corazón humano!

¿Creéis, por ventura, que esa fidelidad humana sea bastante para poder añadir después: «¡Para siempre!» y hacer santa y permanente á la familia?

¡No! llevamos nuestro amor en un vaso demasiado frágil, y el corazón del hombre se halla á veces tan imposibilitado para amar, que cae en sumo desaliento. Porque el tiempo, la costumbre, yo no sé qué sed de lo infinito que nos lleva por el camino de las fantasías, el hechizo de lo desconocido, de lo nuevo que nos deslumbra y nos ciega... ¡oh! ¡cuánto y cuán presto roe todo esto y desmenuza nuestros amores! ¡No! no basta la fe humana. Es menester la intervención de Dios. Esas manos que habéis atado, las ha de atar Dios también: sobre esa soldadura de vuestros corazones, es menester que Dios plante su marca, su imagen y como sello de esa divinidad á quien jamás tocan los siglos!

Y ved cómo para este amor tan grande transforma á ese esposo y á esa esposa, puestos de hinojos en su divina presencia al pie de su altar. Ese ya no es hombre; esa ya no es mujer, sino

que son dos sacerdotes que por las palabras que van á pronunciar sus labios, van á obrar la virtud del Sacramento divino.

¿Habéis pensado alguna vez, Señores, en esta misteriosa excepción, en la economía de los Sacramentos de la Iglesia? Confía Dios al Obispo, confía Dios al sacerdote la administración del Bautismo, de la Confirmación, de la Eucaristía, del Orden, de la Penitencia y de la Extremaunción, y por sus manos ungidas con el Santo Crisma hace correr los ríos de su gracia hasta á las almas; pero en presencia del matrimonio despoja de su autoridad al sacerdote, le pone á un lado, le hace desaparecer para dejar sitio y abrir paso al nuevo sacerdocio del esposo y de la esposa, y se sirve de él para testigo mudo y respetuoso, y para que bendiga un Sacramento que se hace sin él entre ellos y por ellos.

Se hacen entrega recíproca de sí mismos, diciendo: «¿Queréis recibirme? Yo me entrego.» y responden mutuamente: «Quiero.» Y así como preguntándose ponen la materia del Sacramento, así respondiéndose ponen la forma del mismo, y el Sacramento queda celebrado... La gracia de Dios ha brotado entre ellos.

Desde este momento ya no son dos; no son ya sino uno y por toda la eternidad. Por medio de él ha descendido á ella la gracia santificante de Cristo; por medio de ella ha bajado sobre él la gracia santificante del mismo Cristo.

Ahí tenéis, Señores, cómo ha tapizado Cristo de majestad los tronos de la familia cristiana.

Quitad á Cristo del matrimonio y no os quedará ya sino una ceremonia vulgar, muchas veces extravagante, que nos trae en seguida á la memoria vapores especiales de salas de ayuntamiento ó de juzgado civil, con no sé yo qué tufo triste de sacrificio humano.

Luego vendrá ese desvarío... ¡ah! no puedo expresar con palabras el desprecio que rebosa de mi corazón!... ese desvarío, esa degradación de la carne humana que comienza en el divorcio para acabar en la unión libre, que hace de la familia un hogar alquilado para *tres, seis, nueve* meses con cláusulas de rescisión y de pagar el alquiler por meses ó por semanas. ¡Ah! ¿Qué es entonces ese objeto vil llamado mujer?

Pero en el templo que Dios ha fabricado con sus propias manos para morada de la familia, qué grandeza, qué majestad tan solemne envuelven al esposo y á la esposa!

Y puesto que hoy quiero hablaros principalmente de ésta, ¿sabéis cómo quiere Dios que sea en ese templo amada esa esposa?

¡Ah! Bien sabe Dios las maravillas que acaba de obrar su gracia en ese corazón frágil del hombre!... Sabe, ahora que le ha inundado por completo con las olas de su divina gracia, sabe lo que del hombre puede esperar y lo que le puede exigir. No vacila... Á ese corazón de hombre le va á pedir lo mismo que Él siendo Dios da, es decir, corazón de Dios. «¡Amadla, le dice, amadla como yo Dios amé á mi Iglesia!» ¿Y cómo amó Dios á esta su divina esposa?... Hasta morir por ella. Y no se contentó con esto.

Todos los días la está diciendo: «¡Tomad, comed mi cuerpo, bebed mi sangre! ¡Quiero ser uno con vosotros y en vosotros: no quiero ya que seais vosotros los que vivís, sino yo en vosotros y vosotros en mí!» Y esto sin lagunas, y esto sin desfallecimientos, para siempre jamás en la infinitad de los siglos.

Así quiere Él que sea amada esa mujer, esa reina que Él ha introducido en la majestad de la familia!...

Señores, esta grandeza del amor cristiano trocado en virtud por la gracia, y la eternidad de este matrimonio elevado á Sacramento por la misma divina gracia, hizo tan viva impresión

en el espíritu de los fieles de los primeros siglos de la Iglesia, que les pareció no haber nada, ni aun la muerte, capaz de romper su lazo. Á sus ojos las segundas nupcias eran una deshonra, eran criminales, y los sacerdotes se negaban á autorizarlas con su presencia. Más adelante se suavizó algo la disciplina, pero aún quedan señales del rigor primitivo; porque si bien admite á las sagradas Órdenes al hombre que las solicita después de muerta su esposa, todavía excluye formalmente de ellas al viudo de segundo matrimonio: *Bigamus ne ordinetur*.

Además, mucho antes que la disciplina mudable de la Iglesia había dicho San Pablo en la Sagrada Escritura al señalar las condiciones que habían de exigirse en el Obispo: *Unius uxoris virum*, «varón de una sola mujer,» y hablaba inspirado por Dios. Tal era la grandeza del amor, que se inmola sobre el altar de la familia cristiana.

Resta aún otro florón con que adornar esa reina de la familia: vamos á verla ahora coronada con las glorias de la maternidad.

No volveré á repetir, Señores, no diré por segunda vez lo que he intentado ya decirlos sin haberlo conseguido, á lo menos conforme á lo

que yo deseaba, ni volveré á hacer ese boceto, siempre sin acabar, de la grandeza que encierra y de la majestad con que brilla el corazón de una madre. Por otra parte, ¿quién no lo siente en sus entrañas? Es necesario ó estar loco ó llevar el estigma de maldición para no saltar de gozo al oír ese nombre de madre y para no bajar la frente y no inclinarse de respeto y de amor.

¡No! ¡no! Recogeos en vuestro interior... recordaos de la que fué vuestra madre... y no tengo ya nada que deciros. Á ella le toca hablar dentro de vuestro corazón.

Allá cuando éramos jóvenes y nos sentábamos en aquellos bancos clásicos y tradicionales en que nos enseñaban los preceptos del arte de bien decir, nos citaban aquella famosa romana Cornelia, la cual, siendo rogada que enseñase sus alhajas, se fué á buscar á sus hijos, y mostrándolos exclamó: «Ahí están mis alhajas.»

Antigua es la sentencia pero también magnífica.

¡Madres, corona vuestra son, no os separéis de ellos!

Harto sé, que ya no es moda llevar las coronas y que los que las tienen las dejan con frecuencia descansar y dormir en los secretos de sus cofres.

Y á propósito, como cosa de cuento, se re-

fiere de un rey de Francia que dejando voluntariamente su corona tenía su gusto en andar corriendo las calles de París de levita y con su tradicional paraguas rojo bajo el brazo. Poco respetuosa la gente con rey tan desaliñado, le daba adrede empujones cuando le encontraba, y los chuscos y gente baja, convenidos con los cocheros de alquiler, le echaban grandes pellas de barro y agua de los arroyos.

¡Madres, por Dios, no os separéis de vuestra corona! Porque la gente os pondría en tortura y arrojaría á vuestros vestidos la inmundicia de los lodazales.

¿Queréis perseverar siendo grandes? ¡Pues perseverad siendo madres!

Un poeta griego, Eurípides, ha dicho en verso las siguientes bellísimas sentencias: «Dulce es la luz, dulce el espectáculo del mar tranquilo ó el de un caudaloso río deslizándose por entre verdes riberas ó el de la tierra vestida de flores por la primavera, dulces son también otras mil cosas; pero no hay espectáculo más dulce que ver en torno del hogar crecer hermosos niños.» No hay sentimiento que más espontáneamente brote del corazón del hombre que este amor del padre y de la madre á su hijo y á su sangre. Tocad, tocad á esos parvulillos, saltará como un tigre él; y ella... ya no es mujer, es una leona.

Parece, pues, que Jesucristo no haya tenido nada que hacer para proteger este coronamiento de la familia, que es el hijo. Eh, cuidado, y desengañaos; porque tiene la historia del corazón humano cuadros tan sombríos!... ¿Sabéis qué se hacía entre los paganos de esos niños, de esos seres encantadores y benditos que son la sonrisa de la tierra?... Si eran demasiados, se tiraban; si nacían deformes, se los estrangulaba; si procedían de un esclavo, se vendían, y hasta en los pueblos de mayor civilización conservaba sobre ellos el padre ese horrible derecho de vida y muerte que con sólo pensar en él hace estremecer al alma cristiana.

Tengo muy grabado un hecho atroz que se verificó casi ante mis ojos. Me encontré un día en una carretera con un carricoche de húngaros que iba custodiado por unos gendarmes. El miserable animal que iba tirando de aquella descajada choza de ruedas, no podía ya más y le hacían parar de cuándo en cuándo, y entonces el pobre animal tomaba con ansias aliento. Dentro del carro venían atados con esposas en las manos un hombre y una mujer; él, de mal aspecto y de mirada feroz; ella, joven aún y agraciada con esas formas salvajes de los hún-

garos vagabundos. Y ¿por qué los llevaban maniatados y con guardas?...

Durante el viaje un pobre niño de un año, hijo suyo, habiéndose inclinado demasiado fuera del carro, se había caído al suelo y las ruedas del carro pasaron por encima de las tiernecitas piernas del infante... Ella dió un grito, no de mujer, sino de hembra; él recogió al niño y le extendió sobre sus enormes manos negras, y como viese que se movían las piernecitas magulladas, sacudió la cabeza...

El hombre miró á la mujer; la mujer comprendió y se tapó la cara. Él entonces estrelló contra un árbol la cabeza del niño y le echó luego á la cuneta.

Por eso estaba el hombre allí con la mujer, aturcidos ambos, sin saber qué les haría la justicia. «De todos modos se hubiera muerto, decía él... Además, si hubiese vivido, no hubiese servido para nada.»

Señores; esto es horrible. ¡Y, sin embargo, este hombre estaba exactamente en el mismo caso en que se hallaban los griegos y los romanos antes de la venida de Jesucristo!

Y ¿qué más hace Jesucristo? Pues coge á este tierno infante de la misma manera que había cogido antes vuestro amor y vuestras promesas; y así como consagro éstas, consagra también

al infante. De ese cuerpecito impotente y miserable, de ese bosquejo, de esa larva de hombre, hace su templo, el templo del Espíritu Santo; habita en él y le diviniza. Ya no basta con amar... ¡Oh madres, respetad, respetad á vuestros hijos!...

Y ahora venid á ver conmigo... ¿Veis á la luz rojiza y vacilante de opaca lamparilla, veis esa blanquísima cuna?... Está durmiendo el niño y, al pie, contemplando á su hijo, está orando la madre... De repente, se levanta con tiento, se acerca á pasito, se inclina, con mano prudente aparta un poquito la Holanda y el encaje, y al descubrir con la vista el tiernecito pecho débilmente levantado por la vida que en él late, se inclina más aún y entre excesos de fe y de amor, besa aquel tabernáculo en que descansa su Dios... No me preguntéis por el nombre de esa madre; ¡sois vosotras, oh madres creyentes, sois todas vosotras! es la madre cristiana.

¿Y se acabó con esto? No, Señores. Cristo ha hecho ya del niño un templo para sí. Ved ahora sobre qué trono le va á colocar.

Curiosos un día sus apóstoles por saber cuál fuese aquel reino del cielo de que siempre les estaba hablando el Salvador y del cual se mostraban en gran manera deseosos por habersele ellos imaginado á la manera de los reinos de

este mundo y por esperar ocupar en él buenos y provechosos puestos, un día, digo, le preguntaron: «Maestro, ¿quién tendrá el primer asiento en el reino de los cielos?»

Jesucristo entonces llamó á un niño y, poniéndole en medio de ellos: «En verdad, digo, si no os hicieréis como este niño, no entraréis en mi reino. Sed como él, puros como él, sinceros como él, ingenuos, sencillos y buenos como él, y seréis los primeros en mi reino.

»¡Oh, no los retiréis de mí!... ¡Quien acoge con amor á uno de estos pequeñuelos, es como si me acogiese á mí mismo!»

Y en seguida, como acordándose de la flaqueza de estas almas sin defensa y sin auxilio y expuestas á todos los desprecios y abusos de los fuertes:

«¡Tened cuidado! ¡Desgraciado aquel que induzca al mal á uno de estos pequeñuelos!... ¡Ah! ¡mejor sería para él que le pusieran al cuello una piedra de molino y con ella le arrojasen al mar!»

En todo el Evangelio no he visto yo palabras más fuertes.

Con Judas el traidor está más suave: «Más le valdría no haber nacido,» le dice, y eso que Judas tocaba á Dios y le vendía; pero aquel que toca á un niño: «¡Ay de él!, dice, ¡ay de él!

¡Mejor le sería que le pusiesen al cuello una rueda de molino y con ella le arrojasen al mar!»

¡Ah! Señores, cuando pienso en lo que ha hecho Jesucristo por el niño y en lo que le ama, y veo á algunas madres dejar olvidados á esos angelitos que tan necesitados de ellas se ven, y dejarlos allá en sus casas confiados á manos asalariadas y á personas extrañas, para poder ir más sueltas á bailar un vals, ó á aplaudir en el circo á alguna acróbata ó á algún domador, ó á llorar en el teatro por lo que representa alguna actriz, ya podéis comprender cuánto sufrirá mi corazón de sacerdote. ¿Por ventura las ha hecho Dios madres para esto?

Mas no quiero salirme de mi materia, y resumiendo digo:

Jesucristo ha santificado la familia, ha hecho santa á esa trinidad de la tierra, que se llama padre, madre é hijo. Lo que era amor, instinto y pasión, lo ha hecho virtud, deber y honra.

Lo que era frágil, efímero y mortal, lo ha hecho fuerte, indisoluble é inmortal, y, transformando así las cosas, ha puesto de una vez fundamento á todo, á estas tres columnas de la humanidad, á saber: la familia, la raza y la patria.

Acabo de mostraros, aunque muy rápidamente y á grandes rasgos, qué cosa sea el matrimonio y la familia en sentido cristiano.

Partiendo ahora de esta concepción sublime de la familia, vamos á ver de un lado á la joven cristiana y del otro á la mundana, llamadas ambas á la honra del hogar, de qué manera se preparan para su cargo y cómo van subiendo á tan elevadas alturas.

Veamos primeramente á la cristiana.

Sabiendo que va á entregar para siempre su corazón, busca... ¿qué buscará?... un alma cristiana, ante todo, y que adore al mismo Dios que ella adora y que se comuniquen con ella en la misma fe y en la misma esperanza y en el mismo amor. Busca además... un espíritu de buen temple, un corazón honrado, una voluntad fuerte y adiestrada para la virtud... Más todavía, busca sangre generosa y limpia que corra por buenas venas y debajo de carnes sin tacha... Y aún más lejos iré... busca también fortuna, á lo menos aquella dorada medianía del poeta que mira sin miedo al día de mañana y quita los cuñados atormentadores de las cosas materiales y de la indigencia, el gran gusano roedor del amor.

Busca, en una palabra, ese matrimonio mitad de amor y mitad de razón, que es la fórmula

correcta y verdadera, deseable en el matrimonio.

Bien veis que no exagero, y que si me ha ocurrido decir ser menester para abrazar ese estado buena provisión de amor, porque se pierde en gran cantidad á lo largo del camino, también reconozco que es menester no menor provisión de razón, porque desde el primer momento hay que hacer mucho gasto de ella.

Por otra parte, la joven cristiana no se engaña acerca del género de vida. Sabe que esta vida no es sino un encadenamiento largo de obligaciones, y que toda obligación supone abnegación y sacrificio. ¡Por eso se prepara para dominarse y para sacrificarse, y no para gozar! Si espera ser feliz... (¿quién no lo espera á esa edad?) lo espera no como gracia, sino como recompensa, aunque pudiera ocurrir que ésta no llegase á este mundo de acá abajo, en el cual solamente tienen puesto fijo el dolor y el sufrimiento.

Semejante joven se halla en lo cierto, está en lo justo y ve las cosas tales como son, es decir, en la verdad. Ella podrá encontrar lo que busca, pero también puede no encontrarlo; mas sucedala lo que la suceda, se quedará satisfecha y honrada; porque ella ha seguido derecha su camino por la vía bendecida por Dios y que la lleva al hogar.

¿Es así como se procede por regla general en esta materia entre la gente mundana? Veámoslo.

Sale del colegio la joven: trae ciertas ignorancias que estoy muy lejos de censurar, pero que á veces han llegado al extremo; mas juntamente con esas ignorancias trae también algunos presentimientos tan sutiles que ni con mucho pudieron nunca sospechar las buenas de las Hermanas del convento. ¡Ya se ve! ¡Nunca jamás se cerrarán tanto las puertas y ventanas del convento que no pueda entrar por alguna de sus aberturas ó resquicios algún rayo del mundo! Ella ha entrevisto algo y algo adivina...

Sin embargo, todavía se puede decir en honor de la verdad que la pobre joven apenas sabe algo de la vida, y lo poco que sabe lo sabe como de refilón, y lo poco que ha podido ver de mundo lo ha visto colado por la tupida gasa sonrosada y hechizada de sus ilusiones y sueños.

Lo que la salvará será que están con ella su padre y su madre para guiarla á lo largo del camino. Por un lado la aman, por otro tienen ya ellos la experiencia y la prudencia que el caso requiere, y por tanto la llevarán por buen camino, ¿no es verdad?

Efectivamente.

«Don N.... y doña N.... celebrarán fiestas este invierno.»

¿Con qué motivo?

«Su hija—en la antigua canción de marqués y marquesa se llamaba Isabel—sale del convento.»

¡Está bien!

«Y para ellos ha llegado la ocasión de colocarla.»

«Colocarla,» palabra verdaderamente singular... ¿no es así?... Notad que ya está recibida y admitida por todos; pero convenid también conmigo en que, desgraciadamente, nos recuerda á un viajante de comercio que sale á «colocar» los géneros de las fábricas atestadas de productos.

¿Y sirve el baile para estas colocaciones?

«Vaya si sirve; en él hay encuentros, en él se conocen las personas...»

Encuentros... Convengo en ello.

Efectivamente, al primer anuncio de un baile llueven cartas y tarjetas en el buzón y los invitados corresponden á ellas... Vaya si habrá encuentros... es decir, que Isabel escribirá en su cartera una lista de nombres, que se escribirán también en la cartera de sus compañeras. Luego, á la mañana siguiente del baile podrá decir: he encontrado á don N., don P., don O., y así su-

cesivamente. Es verdad que los ha encontrado, y hasta ha hablado con ellos.

¿Y con esto los conoce ya? me diréis... ¡Alto!... ¡Aquí es donde os detengo!...

Esa joven ha encontrado á esos señores. ¿Dónde? En el baile... mas como el baile es la excepción en la vida, los ha conocido fuera de las condiciones normales de la vida; porque esas mil y mil luces, esas flores que ahogan, esa música que embriaga, ese lujo que deslumbra, ese movimiento que enloquece... ¿es por ventura ese el marco en que han de aparecer esos caballeros durante la vida que lleve, si llega á ser esposa de alguno?

Y en ese marco el joven que se proponía agradar se ha adornado cuanto le ha sido posible, ha presentado en público lo mejor de su ingenio, lo mejor de sus talentos, lo mejor de su corazón, de su voz y de sus gracias, reservando y ocultando allá en lo más hondo, muy en las tinieblas de su interior, todas las horrras de una naturaleza que pudiera mancillar, pero que está allí, encadenada ahora, impaciente y dispuesta á saltar al primer momento ó descuido!

¡Y ella le conocería!...

Seamos justos; él no tiene tampoco de ella mayores conocimientos... ¡Porque ella cabal-

mente ha hecho lo mismísimo que él, quizás con mayor comodidad por tener menos que ocultar, pero con una habilidad tan coquetona que el hombre jamás puede obtener!... y en este marco, mucho más fascinador que el otro, es donde ha colocado ella su retrato, adornándole con todos los hechizos de su tocador, en el cual no puede el señorito sino, á lo sumo, abrocharse bien el consabido traje negro y estirarse las almidonadas tiesuras que le llevan engomado.

Me diréis que en este linaje de fiestas os divertís y recreáis; no diré yo que no, pero que en ellas se aprenda á conocer!... Eso, ¡no!

Replicaréis que pronto llegará el tiempo de conocerse... ¡Veámoslo!

Supongamos que el joven, después de haber tomado informes, solicita la honra de comenzar las relaciones, y que habiendo recibido de él informes favorables es admitido á la honra solicitada. Pues continúa exactamente el mismo juego de antes, sólo que es menos brillante la escena y menos en número los actores. Pero tanto el uno como la otra se hacen agradables, se hacen buenos, virtuosos, condescendientes... uno y otra se ponen siempre y aparecen de ese lado que los fotógrafos duchos descubren al momento y que en su arte llaman el lado favorecido.

En el entretanto van los padres preparando

la dote y el equipo de boda; dan asaltos á este Ministerio, á aquella administración, á fin de obtener para el futuro hijo político el puesto ó el empleo conveniente... Esto dura dos meses, tres meses, ó así; mas como las horas mortales empleadas en tantos preparativos enervan mucho y pronto, se da el grito de «¡Adelante! ¡Á la boda!»

No os confundáis, Señores, acerca de mi pensamiento. Estoy muy lejos de decir que haya en todo esto el plan preconcebido de pasar el tiempo ni de engañarse uno á otro. ¡No! Cuando se aman de veras dos corazones hay así en uno como en otro, á lo menos en los primeros albores, una lucha magnífica de generosidad. Él es franco, cuando por agradarla á ella, se vence en sus defectos, en sus malas costumbres, en su carácter; cuando sacrifica por ella sus propios gustos, sus deseos, su arrojo y sus arrebatos. Ella es franca también, cuando se presenta como buena, dulce, sencilla, modesta, resignada, grave y amante del trabajo y del hogar... Sí, ambos á dos son excelentes jóvenes y generosos en sacrificios... y en estos sacrificios hallan el secreto de la felicidad, porque son felices, y deliciosamente felices entonces.

Y de aquí sin duda, á mi juicio, viene ese dicho tristemente cierto, que la época más feliz del matrimonio es la de los amores.

¡La desgracia está en que no dura siempre! Ah, Señores, ¡qué descubrimiento!... ¿Qué sería menester para que siempre continuasen siendo felices?... ¡Que esa época durase siempre!... ó lo que equivale á decir que para ser felices en el matrimonio hay que vivir siempre en amor... acomodarse siempre el uno con el otro, desvivirse y sacrificarse siempre el uno por el otro!, que esto es verdaderamente amarse siempre. No ha mucho, Señores, leía yo en un autor contemporáneo unas palabras de gran verdad. «Escuchad, decía: el amor verdadero vive de los sacrificios que se impone él mismo... el falso de los que exige.» ¡Oh! ¡qué verdad tan profunda!... Mas volvamos al hilo de mi discurso.

Concluyo pues, Señores, que por la práctica generalmente admitida... entran en el matrimonio sin conocerse.

Y añadido al mismo tiempo, para mostraros cuán lejos de los extremos quiero colocarme, que no se halla más favorecido el matrimonio de puro amor... nunca se conocen dos menos, que cuando se aman con esta clase de amor. Porque es tan gran poeta el amor que no ve las cosas tales como son ellas, sino tales cuales

las crea en su fantasía; él es quien las hace tan bellas, y en ellas emplea toda la magia de sus hechizos.

¿No habéis visto cómo de una Maritornes de venta hace Dulcineas y Princesas del Toboso? Sí, pero eso lo hacía D. Quijote.

¡Pues, Señores, en ese estado todos los hombres tienen mucho de Quijote!

À lo cual hay que añadir cierta singular disposición en las mujeres á obrar en estos casos, tanto por sencillez como por yo no sé qué natural instinto, de modo que satisfagan además del amor puro y sencillo el amor propio.

Cuando va la joven ya á decidir, no piensa en sí sola, sino también en sus amigas, en sus compañeras; en una palabra, en todas aquellas personas que ella llama su mundo.

No se entrega á él solamente por sí misma, sino además por sus conocidos.

No se pregunta solamente si la hará feliz, pero además, y con ansiedad igual ó mayor, se dice á sí misma: «¿Qué figura hará ese joven en medio de mi gente?»

Oí un día á cierta joven que estaba ya resuelta y en vísperas de admitir el corazón mejor, al joven más perfecto y al más cumplido galán, pero de no muy agraciado rostro, lo diré todo, bastante feo, vamos; oí, digo, á una joven

que me decía con un suspiro inexplicable: «¡Ah, si pudiese prescindir nada más que de la obligación de presentarle!» Pues no tuvo valor para pasar adelante y rompió las relaciones.

Esto me hizo lamentar que en un siglo en que todo se encuentra por alquiler, hasta joyas y adornos para todos los gustos, no se pueda alquilar también, á tanto por hora, á algún joven que sólo sirviera para las presentaciones y al cual después de ellas se despachase.

Si os acontece en vuestra vida tropezar con alguna esposa desgraciada, preguntadla, así que la hayáis dejado llorar su suerte: «¿Y por qué os casasteis con él?» «¿Lo sé yo acaso?» os contestará desde luego, pero después os dará varias razones, las verdaderas, y con sinceridad; y entonces, ó mucho me engaño ó se descubrirá el amor propio en todas ellas.

«Mis amigas de colegio estaban ya casadas, ¿me iba yo á quedar sola?...

»Otro me había hecho un desprecio, y á mí me faltó tiempo para probarle que me podía pasar muy bien sin él.

»Todas le querían para sí, y yo estaba orgullosa con él. ¡Era tan bueno! ¡tan elegante! ¡Era hijo del alcalde ó del gobernador!... y yo contaba con que en la boda vestiría uniforme de algún ministerio ó la espada de agregado á

alguna embajada.» Todo lo cual traduciría una aldeana por: «Era el gallito del pueblo...»

Señores, en una palabra, porque yo lo puedo decir todo: buscad el género y la naturaleza de los pesos que se ponen en la balanza; examinad cuál es el que hace inclinar el platillo del *sí*... ¡Cuántas veces veréis que os trastorna las ideas que os habíais formado de la prudencia de los hombres y de las mujeres!...

¿Y la parte que se debe dar á Dios en estas consideraciones? ¿Se piensa en Él?... ¿Se piensa que es Él quien va á disponer para lo venidero de esas dos vidas juntas para siempre... y que será por consiguiente bueno consultar con Él en la oración?

¡Ah, cuántas veces, aun tratando entre cristianos, no viene de arriba, no viene de Dios el soplo que lleva hacia el matrimonio!... ¡Qué de veces viene de abajo, de esas regiones pestilentes en que soplan las pasiones, en que se fundan los cálculos y en que se ensanchan todas las ambiciones de la veleidad humana!

Mirad también hacia adelante y veréis aparecer con luz meridiana lo que podría yo llamar ley general del matrimonio.

Cuando se llama á Dios por tercero entre dos corazones que se aman, no viene solo á ellos... sino que lleva consigo la felicidad. La felicidad,

sí—no digo el placer, sino la felicidad—se pone en medio del amor, cuando entra Dios en él. Y mora en él tanto cuanto en él mora Dios, reina en él tanto cuanto en ese amor reine Dios; y cuando Dios se retira, se retira juntamente con Él la felicidad. Echad al uno y con él desterraréis la otra.

¡Si está Dios presente, presente está la felicidad!

¡Si está Dios ausente, ausente está la felicidad!

¿Queréis saber ahora en qué se convierte el matrimonio y en qué se convierte la familia, así que Dios sale de los corazones?

Pues vedlo aquí pintado por un escritor que no me recusaréis por clerical, Alejandro Dumas, hijo; y traed á la memoria, si os place, el matrimonio glorioso y la familia gloriosa de mi Evangelio.

¡Veamos primeramente el matrimonio en el pueblo y sin Dios!

«Cásanse, escribe el dicho autor, uno y otro sin saber por qué, es menester confesarlo ingenuamente. Los más honrados siguen las prácticas de costumbre y en presencia del alcalde y del sacerdote prestan el juramento de amarse

y de vivir juntos siempre hasta la muerte, y por lo general le cumplen. Se uncen entonces y van tirando ambos del carro de la vida como van tirando del arado dos bueyes, por entre piedras ó barro, al sol y á la lluvia, abriendo un surco y otro surco con trabajo, con paciencia, en silencio, sin preguntarse qué siembran detrás de ellos ni qué nacerá allí con el tiempo. La necesidad los agujonea si se quieren detener y les permite tomar aliento de cuándo en cuándo al fin del surco; un día de descanso les hace el efecto de la felicidad.

»Mucho instinto, mucha ignorancia y costumbre, algo de resignación, algo de sentimiento y algo de esperanza: ahí está lo principal...»

Esto, cuanto á los pequeños y á los pobres.

«Cuanto á los ricos y á los grandes, prosigue el autor, es el mismísimo caso, sólo que están un poco más arriba en la escala, comen mejor, digieren peor y no tienen que hacer sino llevar sus pasiones, sus vicios, sus penas y sus pesares personales, voluntarios casi siempre. Tal es el movimiento general, visible de las sociedades, inmensos rebaños de hombres que se agitan, saltan, corren... luchan, pasan, desaparecen y se renuevan sin que por eso se vuelva ninguna tempestad por donde vino, ni suba á su manantial ninguna gota de agua, á través de la

indiferencia más completa de la naturaleza que los cuida y los devora con una sangre fría que desespera.»

Ciertamente, Señores, no hay que generalizar cuadro tan desconsolador, ni dejar de tener en cuenta el efecto que el autor quería causar y que exigía tan negras tintas; pero no por eso vayáis á iluminarle demasiado. Porque vamos á ver, ¿no os habéis vosotros mismos encontrado por vuestro camino con una pareja de estas en que el uno tira por Flandes y el otro por Aragón?... ¡Ay, ay, y lo peor, que entre el uno y el otro van los pobrecitos hijos!

¿No habéis visto nunca una pareja en que el caballo de la derecha, rompiendo de un esfuerzo las riendas, se escapa y deja al otro pobre de la izquierda tirando solo?

¿Y cuando se escapan los dos?... ¡Ah! ¡pobrecitos niños! ¡Pobrecitos... abandonados, por el desierto solitario!

Por supuesto, Señores, que entre el matrimonio cristiano que primeramente os pinté y este otro triste y desconsolador que describe Dumas, hay otros mil, de los cuales unos se acercan más al primero, otros al segundo y muchos oscilan en las penumbras de uno y otro. Podríamos colocarlos por orden decreciente de felicidad... y veríais cómo á la vez quedaban colocados por

orden decreciente de fe y de virtudes cristianas...
¡Esa es la ley, y ley fatal!...

Yo ya veis que no puedo detenerme á describiros esos intermedios, sino que he de dejarlos á vuestra consideración individual, porque apenas tengo tiempo para estudiar los extremos.

Quiero por tanto mostraros, considerando siempre de un lado á la joven cristiana y del otro á la mundana, cómo ésta va fatalmente camino del sufrimiento y tortura del alma, mientras que aquélla va, si no camino de la felicidad, á lo menos hacia el contento y hacia la paz, que son, después de bien visto todo, las únicas formas algo duraderas bajo las cuales es dado al hombre gustar en este mundo la felicidad.

¿Y pensáis, Señores, que voy á deciros yo que la joven cristiana, al entender cristianamente su matrimonio y aparejarse cristianamente para él, va á quedar exenta de desengaños, ó que tiene ya en su prudencia, en su corazón y en su talento asegurada la felicidad y garantía de la paz?

No, no voy tan allá, sino que me limito á afirmar por de pronto: que en el cuidado puesto para informarse llevando por guías la razón y

la fe... muestra haber pensado seriamente sobre las verdaderas cualidades y dado á cada una de ellas su verdadero valor y, por consiguiente, haber usado de todos los medios para lo que se propone.

Además añaado: que después del hecho, sea que se encuentre dichosa, sea que se considere desgraciada, tiene en su fe los divinos recursos que ha menester para conservar ese tesoro frágil llamado felicidad, ó para llevar sus tristezas con esa grandeza de alma y esa generosidad para el sacrificio que las ennoblece y saca dulcedumbre de su amargura. La mundana no tiene nada de esto.

Supongamos que ambas son felices.

¡Qué cuadro, Señores, tan encantador el de una familia feliz! Para mí, en ese trato continuo y cotidiano de todas las miserias humanas que forma la vida normal del sacerdote, no hay nada tan dulce, ni tan consolador, ni tan confortante, ni que haga tanto subir el alma á Dios y bendecirle, como las horas deliciosas pasadas en el seno de uno de esos hogares risueños en que mora con la bendición de lo alto, la felicidad. Quizás descargue contra él sus golpes el infortunio ó huya de él la riqueza para dejar paso á la ruina, ¡qué importa!... Se miran los esposos, se entienden y exclaman: «No por

eso nos hemos de amar menos,» y luego se sonríen... les ha sido fiel la felicidad... ¡Sólo la muerte es capaz de echar un manto sobre su frente y ocultar esta sonrisa, porque al pasar por ellos les ha arrebatado un pedazo de su amor!... Mas saben que allá arriba encontrarán, y para siempre, los seres queridísimos que han perdido.

Y ved, Señores, esas familias, porque también vosotros las encontráis, tienen una señal particular: viven aisladas del mundo... huyen de él y se encierran en ese dulce nido de todos sus amores, llamado el hogar *home, sweet home*... Tienen miedo fuera de él y temen esa tierra extraña en que nada hay que los llame, nada que no los espante. Diríase que barruntan que en ella se les va á evaporar su felicidad, y por eso se retiran inquietos y se encierran echando todos los cerrojos porque no se les escape.

¡Ah, Señores, qué instinto tan divino de las cosas!

¡Hogares dichosos, cerrad vuestras puertas, cerrad vuestras ventanas... que la felicidad es un huésped inconstante y huiría... y no vuelve dos veces á las mismas riberas!

Á esta vida interior, algo claustal, fácilmente se resigna la cristiana, porque está hecha á ella por educación y por deseo. Se destierra á ella,

se oculta y se guarda así, porque no se ausente la felicidad que Dios le ha dado en herencia.

Pero la mundana tiene más dificultad para hacerse á esta vida de encierro. Porque habituadas sus alas á vuelos más lejanos, sienten estremecimientos como las aves viajeras, aun hallándose enjauladas, los sienten á la llegada del otoño ó de las emigraciones á Ultramar!... Y aun si se hallan domesticadas, como algún alambre de la jaula se doble y se rompa, ¿retendréis á esa avecilla veleidosa? Algún tiempo sí, os lo concedo; pero después le tornará la costumbre de la felicidad y le vendrá la tentación como al pichón de la fábula:

... s'ennuyant au logis
 d'entreprendre
 Un voyage en lointain pays.

... se irá... y sin tardar

Tirant l'aile et traînant le pied
 Demi-morte et demi-boiteuse

volverá... ¡ay! para tornarse á marchar después, porque en esta ausencia, abandonada la felicidad á sí sola, habrá dado también su vuelo. Y ahí la tenéis ya desgraciada por culpa propia, ¡ay! por no haber sabido guardar el don que Dios le hacía.

Esta es la hipótesis risueña, es decir, el caso de haber recibido la felicidad y de haberla conservado una y de haberla perdido la otra.

Pero supongámoslas, Señores, ahora, desde el primer día desgraciadas en su hogar, sin entenderse con sus respectivos esposos y hasta abandonadas y solas en él. Supongámoslas gobernando solas aquel hogar incompleto.

¿Qué hará la joven del mundo?

¿Qué es lo que ha buscado en la familia? Lo voy á repetir: ¡la alegría y la felicidad!... ¿Y qué ha encontrado? ¡Desengaños, y de los más amargos!... ¡Cuántas lágrimas ha vertido!... Un día, cansada de gemir y de llorar, aburrida de tanto esperar y esperar en vano, y rendida ya sobre todo por el sufrimiento, se levanta y va... ¿á dónde, á dónde irá? ¡Oh! en busca de esa alegría y de esa felicidad de que tanta sed tiene y de que tan cruelmente ha sido privada. ¿Y dónde las va á buscar? ¡Al mundo!...

Bien sé que es honrada, y que la idea de faltar la horripila, y que quiere vivir y morir sin mancha. Sí, bien sé todo esto. La forma bajo la cual pretende buscar la alegría y la felicidad perdida tiene un nombre muy hermoso, sublime y muy noble... Amistad...

Se la sirven á porfía, y ella goza y se harta de tan fino licor; torna á ella cien y cien veces,

sólo que, yo no sé, ese licor tan generoso que corre un día y otro día y todos los días con la misma etiqueta... «Amistad, amistad,» toma á la larga ciertos saborcillos y sube tanto en la escala alcohólica, que, en verdad, la inspira temores... pero ¿por qué temer? la etiqueta está clara... «¡Amistad!» Y continúa bebiendo, y la van echando una copa, y cien, y sus labios se van haciendo á ese nuevo sabor áspero y que abraza, y el paladar se acostumbra á sólo él... Ella no mira ya la etiqueta; lo paladea sin mirarlo...

Un día se abren sus ojos... lee... Ya es otro nombre lo que allí lee y lo que la llena de rubor!... «¡Ah, Dios mío! ¿Yo aquí?» Le da un sobresalto de horror al verse sorprendida; duda un momento, quiere huir... pero ¿á dónde?... ¿Á aquella fría soledad de antes?... ¿Á aquel desierto del corazón y del alma?... ¡La hace estremecer! Oh, Dios mío! ¿Qué hacer?... «¡Adelante, la suerte ya está echada!... ¡Va á buscar la nueva etiqueta!... Él se lo quiso...» Y cubriéndose el rostro con las manos se lanza... ¿Á dónde, Señores?... Ya he dicho la palabra, y no tengo otra: «¡Á la calle!» ¿Encontrará á lo menos la felicidad?... ¡Encontrará la embriaguez de los placeres, la pasión febril y salvaje, el loco aturdimiento de los apetitos bajos!, pero la felicidad ¡no! ¡no! ¡y mil veces no! ¡Ah!... ¡Tened bien

presente esta ley fatal que pesa fuerte como la voluntad de Dios sobre los corazones de los hombres! En los amores que Dios bendice, derrama de tiempo en tiempo felicidades, mas en los que maldice... ¡jamás!

¿Sabéis lo que encontrará, en efecto, esa mujer? Precisamente aquello mismo que quería evitar: ¡abandono, desamparo, traición, soledad! ¡Porque yo no he de enseñaros á vosotras, ¿no es verdad? de qué manera se da fin á esas aventuras, ni cuánto tiempo andan en ellas!

Abandonada y oculta, Dios sabe dónde; pasará un poco tiempo llorando y se pondrá otra vez á buscar...; volverá á encontrar, ya no tan presto, y será abandonada otra vez, y más pronto que antes. Llorará de nuevo y buscará de nuevo... pero el encontrar será cada vez más difícil y el perder cada vez más fácil.

Con ese ir y venir sin cesar se irá gastando su vida hasta que venga la edad, ¡y la edad viene tan de prisal... y entonces buscará todavía y ya no encontrará... Viéndose ahora definitivamente despreciada, sentirá caer sobre su frente un frío más glacial que el frío de su soledad; el frío del desprecio, y en su primitivo desierto se habrá hecho mayor el vacío, porque de aquel sitio real en que la había colocado, habrá desaparecido hasta la honra!...

Y sola, sola con sus remordimientos y con algo más cruel que sus remordimientos, con su desamparo; y con algo más cruel todavía que su desamparo, con su vejez, con esa vejez sin entrañas que la va royendo, con esa vejez que va poco á poco grabando con su buril por entre los surcos de su frente esta terrible inscripción: «Pasó...»

Con todo esto, ¿á dónde huirá?

¡Ah! ¡Á la vejez! ¡á la vejez!... Verse abandonada en la vejez y sin auxilio, despreciada y sin esperanza... ¡y siempre hacia la vejez! ¡Oh! ¡oh! más valdría morir.

¿Y la cristiana?

La mujer cristiana, Señores, no ha buscado en el matrimonio la alegría ni la comodidad, sino que ha ido á él en busca del deber y de la virtud ante todo, y si han cruzado por su mente la alegría y la comodidad, ha sido como recompensa del uno y de la otra, del deber y de la virtud.

Cuando se han desvanecido como el humo sus esperanzas; cuando ha visto al dolor posarse sobre su hogar; cuando ha conocido que aquel amor que ella había considerado como delicia y encanto de su vida, se iba poco á poco como

flor sin riego secando y muriendo; cuando, finalmente, su corazón se ha hecho añicos, ¡ah!... ha sufrido, es verdad; su alma, igual que la otra, se ha desgarrado y ha elevado al Señor este grito de desolación y angustia: «¡Señor, si es posible, pase de mí este cáliz, este cáliz amargo de desamparo!»

Pero no; era menester apurar hasta las heces esa horrible hiel de los corazones traicionados. Pues bien, dice: «¡Señor! ¡que se haga vuestra voluntad!» y entonces, de esta universal devastación de su felicidad, una cosa sola, pero sublime, grandiosa, ¡ah!... divina, diría yo de buena gana, ha quedado en pie ante sus ojos, como quedó de pie la cruz en el Calvario: ¡el deber!

Ha visto enclavado sobre esta cruz á Cristo y como él se ha enclavado en ella; y ahora está allí ella, crucificada por el deber, de pie sobre su propio calvario, abiertos los brazos y extendidos hacia Dios!

¡Ah! Señores, por algo quiso Jesucristo que fuese traspasado su Corazón... Era menester que los corazones bañados en sangre encontrasen en la llaga viva de su costado el refugio divino.

Anda, pobre mujer, coge tu cruz y clava en ella tus pies, clava en ella tus manos y aplica tu corazón desgarrado al Corazón desgarrado

de tu Maestro: Él te ama, sí, y no caerá á tierra ni una gota de tu sangre sin encontrar en ella la sangre sonrosada aún y viva que por ti derramó.

Vedlas, pues, Señores... ved ahora á esas dos mujeres, frente la una de la otra, cara á cara, la una la abandonada de la calle; la otra la gloriosa del Calvario... y decidme: ¿Dónde está la fuerza? ¿dónde la grandeza? ¿dónde la energía varonil? ¿dónde, finalmente, la honra?

Notad, me atrevo á rogaros, que todo este heroísmo que acabo de describir sale de la noción misma del deber.

El deber es inmortal, ni depende de las circunstancias mudables de los tiempos, sino que siempre está de pie; comenzó allá en el altar de las nupcias y sigue á través de la vida, sin lagunas y sin eclipses hasta la muerte.

Si el otro falta á él, le hace traición y rompe sus lazos y le hace jirones y pasa por encima de todo, allá él: él lo verá. Dios está allí esperándole... Pero no por eso dejará de estar menos eternamente firme el deber, clamando: ¡Sé fiel! ¡Sé fiel!

Y ahí tenéis, Señores, porque razón, porque ya es hora de acabar, ahí tenéis porque razón

quisiera yo que juntamente con la leche de sus madres cayese gota á gota sobre el alma de los niños el vino generoso de la fuerza, que á la primera mirada de sus ojos se les apareciese el deber, como el fin único y divino de la vida.

Quisiera que según van creciendo, estuviese siempre su alma contemplando ese glorioso faro.

Quisiera, finalmente, que se les mostrase con resolución y franqueza la vida tal cual es, no como un juego de diversión en que se va á caza de plumitas que se lleva el viento y se llaman placer, sino el áspero y duro ejercicio del deber.

Quisiera que el joven y la joven al entrar en el mundo supiesen lo que van á encontrar en él y lo que en él tienen que hacer. Claro está que no censuro la prudencia, antes digo que será bueno dejar á estas almas en cierta utilísima ignorancia...: sin embargo, en esto hay un límite, y quizás en algunos casos se le traspasa. Yo no veo ninguna ventaja en presentar el mundo á las personas que le hacen rostro del modo que se presenta una medicina á los niños, cuando se les dice: «¡Cierra los ojos y tapa las narices, querido, que es azúcar!»

Pero ¿quién les ha de enseñar sus obligaciones si no es la madre?

¿Quién les hará abrazarse con los trabajos y sacrificios, sino... la madre?

Y ¿dónde les ha de predicar este evangelio de la felicidad sino en ese divino templo que se llama la familia?

Y ¿cómo lo ha de hacer ella, si no es ella la primera en abrazarse con el deber... si ella misma huye de los trabajos y de los sacrificios, si ese hogar que ella debe hacer amable, le encuentra ella misma pesado y le deja ella la primera y es la primera en huirse de él?

¿Cómo enseñará á los hijos estas obligaciones la madre si los deja abandonados en manos de niñeras primero, de ayas y de *institutrices* después, para irse ella más suelta y alegre á mezclarse con la compañía bulliciosa é inquieta de las jóvenes, y para agradar todavía más?...

«¿Á quién?... ¿Para qué?»

Yo, Señores, me callo; y no porque no tenga ya que decir, sino porque para vosotros y para mí es mejor que me calle!

En la Sagrada Biblia hay una historia que desearía yo leeros... Traduzco y compendio.

El hijo de Tobías iba guiado por un ángel á lo largo del camino por la tierra de Nephtali á la tierra de Raguel y llegó por fin á casa de éste. El cual le reconoció como pariente, se echó

sobre su cuello y entre lágrimas le abrazó. Ana, su esposa, y Sara, su hija, le acompañaron también con su llanto. Habiendo sido invitado á comer con sus huéspedes, Tobías dijo: «Oh, no; no beberé ni comeré cosa sin que hayáis oído mi petición. Dadme por esposa á vuestra hija Sara...»

Raguel entonces cogió la mano derecha de su hija y la puso sobre la mano derecha de Tobías, diciendo: «¡Que el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob sea con vosotros y que Él mismo os junte y que se cumplan en vosotros sus bendiciones!»

Y Tobías dijo luego á Sara: «Venid y oremos delante de Dios, porque somos hijos de los santos, y no nos podemos juntar como lo hacen los gentiles que no tienen Dios.»

Y ambos hicieron oración.

Tobías dijo: «Señor, Dios de nuestros padres, bendígante los cielos y las tierras y los océanos y las fuentes y los ríos y todas tus criaturas que en ellos hay. Tú hiciste á Adán del barro de la tierra y le diste en ayuda á Eva.

»Y ahora, Señor, en tu presencia tomo á esta mi hermana por esposa... á fin de que por nuestros hijos sea bendito tu nombre por los siglos de los siglos!»

Y Sara dijo también: «Ten misericordia de

nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros y envejecamos juntos con salud!»

Y Raguel y Ana dijeron: «Te alabamos, Señor, Dios de Israel... que te has apiadado de estos dos unigénitos. Conozcan por ellos todas las gentes que tú sólo eres Dios en toda la tierra.»

En entrando Gabelo, vió á Tobías, le abrazó, lloró y bendijo á Dios.

Y dijo: «Bendígate el Dios de Israel, porque eres hijo de un hombre justo, temeroso de Dios y que hace limosnas.

»Y sea dicha bendición sobre Sara, tu mujer... y sea vuestra descendencia bendita del Dios que reina por los siglos de los siglos.»

Y todos respondieron: «¡Así sea. Amén!»

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdones.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-Maria Ampère.*

Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

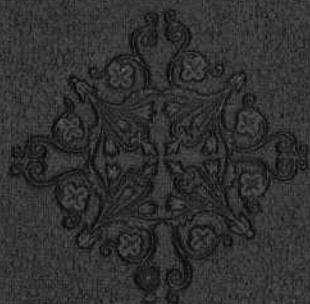
TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*













D-2

23610